

CAMILA WINTER

A woman is seen from behind, standing on a wide stone staircase in a garden. She is wearing a long, flowing purple dress with a black belt and white gloves. Her hair is styled in an updo with a gold-colored accessory. To her left is a stone balustrade with a large, ornate urn on top. The background shows a blurred garden with trees and other stone structures.

Misterio en Winston Manor

©Camila Winter-Misterio en Winston Manor

©Todos los derechos reservados. ©María Noel Marozzi Dutrenit. Mayo de 2016. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora. Ampara en la ley 17.616 de derechos de autor de la República Oriental del Uruguay. Nueva edición completa junio de 2018.

INFORMACIÓN DE REGISTRO

SAFE CREATIVE

Identificador: 1605067447707

Fecha de registro: 06-may-2016 13:47 UTC

Licencia: [Todos los derechos reservados](#)

Autor: [Maria Noel Marozzi Dutrenit](#)

Nota de la autora.

La presente forma parte de una saga llamada Historias góticas de Nueva Inglaterra colonial, siendo la primera de la serie La bruja de Willows house, La esposa cautiva y Misterio en Winston Manor.

Tres historias de romance y suspenso ambientadas en Nueva Inglaterra (Estados Unidos) en la época colonial que pueden leerse de forma independiente.

ÍNDICE GENERAL

TABLA DE CONTENIDOS

[Misterio en Winston Manor](#)

[Camila Winter](#)

[1. Nueva Inglaterra colonial](#)

[Año 1702](#)

[La niña fantasma](#)

[El poseído](#)

[Winston Manor.](#)

[Sombras](#)

[El fuego de tus ojos](#)

[La canción de la bruja](#)

Misterio en Winston Manor

Camila Winter

1. Los elegidos

Nueva Inglaterra –Estados Unidos

Año 1702

El reverendo Roberts, un hombre gordo y gigantesco se aclaró la garganta para vociferar:

—Sean todos bienvenidos a la casa del señor, porque vosotros sois los elegidos.

Uno a uno, los puritanos se quedaron inmóviles oyendo el sermón del líder de la congregación y este aprovechó la ocasión para recordarles que a pesar de ser los elegidos eran todos unos pecadores. OH, contradicción.

—Hijos míos, el diablo os acecha, el demonio aguarda en cada rincón para tentaros de mil formas—insistió para explicarse mejor.

—Pero vosotros debéis luchar, luchar con todas vuestras fuerzas para vencer a la bestia... —los ojos del reverendo eran dos huevos duros, los ojos de un loco, de un fanático que asomaban en esa cara vieja rodeada de una melena gris y una barba blanca decadente por completo.

¡Pero qué vitalidad había en su voz, en sus juicios y de qué manera lograba fervorizar a sus fieles! Enloquecerles y hacerles sentir grandes y miserables a la vez. Porque por un lado eran los elegidos, su vida de sacrificios y austeridad así lo probaban, de trabajo laborioso fiel y constante, día tras día, y por esa razón el diablo los odiaba y buscaba tentarlos de todas formas.

Cuando se habló de pecado la matrona Philipps pensó en esa chica inglesa que había llegado hacía un año con su familia y que siempre era el centro de miradas. Amber Green. Ella y su remilgado acento inglés, no había nada modesto en esa joven, era una coqueta escondida... oh, tenía las mejillas rosadas y sus labios temblaban... ¿A quién había visto la jovencita para

ponerse así o temblaba al sentirse admirada?

Completamente ajena a las maquinaciones de la matrona Philips, la joven puritana avanzó escoltada por sus tres hermanos pensando que ese pueblo del nuevo mundo era un lugar espantoso. Siempre que podía escapaba al bosque de Briston con sus hermanos y jugaban carreras, pero cuando debía asistir al oficio o reunirse en la plaza con los pobladores se sentía mal. No hacía un año que habían llegado y no había dejado de echar de menos Nottingham, ese señorío de su padre en New Forest. Allí sí tenían una existencia cómoda y holgada, pero al parecer su padre se había enloquecido con la vida sencilla y sacrificada de los colonos, sin persecuciones ni intrigas políticas. Viviendo como el pueblo elegido...

Los ojos de espesas pestañas de la joven miraron con disimulo a su alrededor con inquietud y cierto disgusto. Estaba cansada y tenía las manos heladas y lastimadas de tanto cocinar, fregar, zurcir para tener la casa bonita y decente. Lo que menos pensaba era en coquetear con nadie, su padre habría sido el primero en darle una paliza si lo hacía. Amber estaba cansada y tenía frío, quería comer algo, estaba en ayunas y no sabía cómo esos colonos soportaban esa vida tan dura. Tantos sacrificios: despertarse temprano para hornear pan, alimentar a los animales, ordeñar a la vaca, fregar los pisos... Nunca tenía descanso, trabajaba como una burra desde que su llegada a Maine. Y su padre se negaba a pagarle una fregona, decía que eran pocos, la casa pequeña... por supuesto él no tenía que fregar trastos y pisos todo el día. “El trabajo purifica el alma mi querida niña” solía decirle.

Amber suspiró mientras aguardaba inquieta el sermón del reverendo Elliot Thomas, ese hombre gordo y gigante de poblada barba pelirroja. Pero sus pensamientos volvieron a su antiguo hogar preguntándose en esta ocasión cómo habría sido su vida si su padre no hubiera recibido esas cartas de Maine que lo volvieron loco con la perspectiva de vivir en una tierra nueva poblada sólo por los defensores de la verdadera fe. Los elegidos. Los puritanos...

Porque en Inglaterra habían sido perseguidos y su padre sufrió la confiscación de sus bienes por ser un puritano y así, casi sin nada apenas pudieron pagar los pasajes y viajar a Nueva Inglaterra, dónde estaba esa colonia perfecta de puritanos exiliados hacía más de cincuenta años.

Estaban a salvo, en un país nuevo, pero... echaba mucho de menos su país, sus costumbres... Allí todo era tan rústico, tan precario y además notaba las miradas de los pobladores sobre ellos. Las mujeres eran raras, calladas, y siempre le echaban miradas torvas como si desconfiaran de ella por ser inglesa y los hombres... Pues estaba harta de tener que esconderse cada vez que se bañaba en el río, cuando salía de la cabaña a realizar la faena en la granja porque siempre había uno de esos mozos de la colonia mirándola a hurtadillas. Estaba harta de esos fisgones, no la dejaban en paz y ninguno era de su agrado. Pensó que en ese pueblo todos los hombres eran feos, tontos y de modales deplorables. Barbudos y poco aseados, olían como chivos, ¿cómo podía pensar en casarse con uno de ellos?

En ocasiones sentía deseos de regresar a Inglaterra, no dejaba de soñar que estaba de nuevo en Nottingham recorriendo la pradera a sus anchas, pero rayos, no les quedaba nada allí pues su padre lo había perdido todo por desobedecer al arzobispo.

Suspiró hondamente. Sabía que no era más que un sueño, jamás podría volver a Nottingham, debían quedarse y temblaba de pensar que su padre quisiera casarla con alguno de esos jóvenes imberbes de la colonia. Lo había escuchado conversar con el reverendo Thomas, su hijo era un pelirrojo tonto encorvado que también le había echado el ojo y cada vez que se lo cruzaba la miraba con expresión boba.

Mientras se esforzaba por oír el sermón del reverendo tiritó preguntándose si padre sería tan cruel de casarla con un palurdo.

El sermón no la reconfortó demasiado, al contrario, no hizo más que hablarles de los horrores que soportarían en el infierno si se apartaban del camino de Dios. Porque ellos eran los elegidos, los escogidos para tener vida eterna, el Señor los salvaría sí, pero para ello debían temer las acechanzas del diablo y resistir las tentaciones de la carne, la avaricia, la pereza... Porque el trabajo incesante mantenía la mente y el alma ocupada en tareas laboriosas y...

De nuevo los tormentos del infierno.

La joven tuvo la sensación de que la voz y la mirada brillante del orador no hacían más que atraer la desgracia porque en todo el recinto se respiraba miedo como si todos pudieran sentir

en carne propia los horrores que padecerían si llegaban a caer en el infierno.

Las normas de esa congregación eran muy estrictas. Cualquier pecado o delito era castigado con severidad, los reos eran juzgados y condenados a la picota, a perder sus orejas o a recibir azotes a la vista de todos.

Pero ese día el reverendo aprovechó la reunión de la congregación para dar un mensaje importante.

—El hermano Thomas Preston tiene algo que decirles... por favor escuchad.

Thomas Preston era un granjero de aspecto rudo, él y sus hijos portaban barbas pobladas y se mostraban soberbios, con un marcado aire de superioridad. Amber se preparó para oír alguna historia de brujas o demonios pues parecían ser las predilectas de ese hombre feo barbudo y de vientre prominente.

—Hermanos de la comunidad... hoy debo darles una noticia terrible—comenzó en tono afectado mientras sus ojillos miraban a su alrededor esperando las exclamaciones de sorpresa.

Y mientras hablaba de la llegada inminente del demonio a la santa comunidad puritana de Maine entre gritos, manos al cielo y ojos de loco, a la joven le recordó un actor de teatro circense de Londres que relataba historias escalofriantes por unos pocos peniques. Había algo teatral en ese hombre y sin embargo todos creyeron sus siniestros vaticinios.

—El otro día la vaca de la señora Bean no dio leche y estuvo así una semana y luego, una niña apareció en la granja del hermano John... una criatura de cabello negro y ojos amarillos, misteriosa y extraña, no dijo una palabra y sólo señaló hacia el norte con una sonrisa perversa en su rostro.

Ante la mención de la niña fantasma se hizo un silencio sepulcral que reflejaba el terror en sus corazones, porque no era la primera vez que veían a la bruja del bosque de Briston. Los puritanos de esas tierras eran supersticiosos y asustadizos, parecían obsesionados con el diablo, pero no los culpaba, ese lugar estaba rodeado por tierras y tierras, y por momentos el paisaje resultaba desolador. Los indios ya no eran una amenaza como había temido, los demonios sí.

—El demonio llegará, acabamos de recibir una nueva señal. La niña anuncia la llegada

del eterno enemigo— continuó el señor Preston.

La congregación entera comenzó a murmurar, a orar en silencio pues era necesario para espantar al diablo y a los seres impíos que anunciaban su llegada. La niña bruja, con su vestido oscuro y ojos negros como el azabache, se aparecía en el bosque de Briston a media tarde y llevaba un vestido oscuro. Se acercaba, aterrorizaba a sus víctimas con su sonrisa maligna, con su silencio, señalaba hacia al sur y luego se esfumaba.

Las historias eran similares, la niña había regresado, era lo que decían. Otros aseguraban que era la maligna bruja tomando forma de una inocente niña para embaucar.

—Orad hermanos, orad ahora. El señor protegerá a los puros y condenará a los pecadores. Todos hemos nacido en el pecado, pero sólo Dios podrá salvar nuestras almas cuando no estemos en este mundo, sólo él decidirá quién se salvará. ¡Vuestras obras os redimirán! — gritaba el reverendo alzando las manos al cielo.

Todos rezaron y se unieron en una cadena para pedir protección divina. Su padre también, sus tres hermanos y ella...

Uno de los granjeros intervino diciendo que su esposa había visto a la niña cerca de la mansión Winston, una mansión siniestra propiedad de un caballero viudo apodado el irlandés.

—Pues no me extraña Peter, en esa mansión mora el diablo—dijo alguien.

El reverendo intervino para calmar a los presentes.

—Pues yo os digo que nunca os acerquéis a ese lugar hermanos o podréis contaminaros con la ignominia, la perversidad que mora en esas tierras.

Amber se preguntó por qué siempre la emprendían contra el caballero dueño de esas tierras, para ella todo era nuevo, no le tenía encono a nadie y sin embargo sentía una intrusa, una forastera inglesa a la que toleraban, pero jamás invitaban a sus fiestas. Había esperado más alegría y menos rigor en la tierra prometida como le llamaba su padre, había esperado algo parecido a su hogar, había creído tontamente que en el nuevo continente las personas eran buenas, de noble corazón, así le habían parecido al comienzo, pero tenía la sensación de que eran como en Inglaterra, o tal vez peor...

Allí estaba reverendo hablando pestes de ese caballero, pero tal vez no estuviera tan errado. Ella recordó al caballero que solía visitar el pueblo con su caballo negro veloz y maligno, mirando a los puritanos con desdén como si fueran pequeños insectos. Sus ojos oscuros, la piel muy blanca y las facciones duras, su sola presencia hacían que la tierra se estremeciera a sus pies como si realmente fuera el demonio en persona. Ella lo había visto llegar a caballo y en su carruaje con una dama de mala reputación muy rubia de atrevido escote riendo sin parar.

Se estremeció al evocar ese encuentro en el bosque, cuando lo vio espiándola escondido en el matorral. Aterrada se envolvió en su capa y se vistió de prisa fingiendo que no lo había visto mientras llamaba a sus hermanos pues lo peor habría sido quedarse sola. Demonios, ¿es que nunca estaba segura de los fisgones? Bueno, él no era cualquier fisgón, era el diablo en persona y no entendía qué hacía en ese bosque pues las tierras pertenecían a su padre y de no haberle visto en su caballo negro no habría dado crédito a sus ojos pues en realidad habría sido desafortunado tener semejante pretendiente.

—¡Amber, ve a la cocina a preparar algo decente para cocinar! —la voz de su padre la despertó y ella abrió los ojos y lo miró espantada.

—¿En qué estáis pensando, muchacha?

La joven se sonrojó y dijo que pensaba en la historia de la niña fantasma, cosa que no era del todo falsa. Si no puedes decir la verdad di una media mentira decía su tía Anne.

Su padre sonrió.

—Esos son cuentos de viejas, niña. No creas esas tonterías, en este pueblo abundan historias de brujas y demonios. Tienen demasiada imaginación y tiempo ocioso para inventar tonterías—se quejó su padre.

Sus hermanos se burlaron de ella.

—Por favor, ¿una niña fantasma que anuncia la llegada del demonio?

Pero Amber no se sentía tan segura de que fuera una fábula creada por la superstición y el ocio de esos puritanos. ¿Y si era cierto? ¿Si acaso existía una niña fantasma que anunciaba la llegada del ángel de la oscuridad?

La joven decidió pensar en otra cosa y con paso rápido fue a la cocina para preparar el almuerzo, tenía mucho trabajo que hacer su padre se ocupaba de que jamás tuviera demasiado tiempo para el ocio. Cocinar, fregar, zurcir, coser mientras sus dos hermanos se encargaban de la granja.

El invierno comenzaba a sentirse en Maine: duro y helado, obligándolos a permanecer encerrados y reunidos frente a la lumbre de una estufa de leña rudimentaria pero eficaz para calentar la pequeña casa de campo mientras el patriarca les leía un ensayo moral edificante de sir Lewis Hamilton con voz pausada y serena.

Entonces, recibieron la visita del granjero Hamilton con su hijo mayor, ese horrible oso pelirrojo y barbudo y mirada lasciva que no le perdía pisada a Amber.

Entraron sin avisar, como dos zorros, con sendos caballos escoltados por algunos mozos y ella tembló al ver a George porque ese joven no dejaba de perseguirla, de buscarla... y era más feo que el diablo con esa espesa barba colorada y olía a caballo, a estiércol, como todos los demás.

—Hermano Green—dijo luego granjero con gesto solemne—deseo hablaros en privado.

El puritano la miró con fijeza y luego ordenó a su hija que saliera a buscar leña con sus hermanos sin miramientos.

Amber se alejó nerviosa, con la mirada baja preguntándose por qué ese granjero había ido con su hijo. ¿Acaso sería capaz de pedir su mano?

Cuando llegaba al bosque vio a sus hermanos cortando leña y se sentó en un tronco tiritando, observando ese cielo plumizo. Rayos, no quería casarse con ese joven, era feo y gordo y olía a heno, no le importaba que su padre fuera un personaje importante en ese lugar, si llegaba a pedir su mano moriría de espanto.

Louis, su hermano mayor cortaba leña mientras los otros dos: John y Henry la juntaban en una carreta para llevarla a la casa, ella se acercó tiritando, estaba helado y el cielo encapotado no vaticinaba nada bueno.

—Amber, ¿qué haces aquí? Regresa a la cabaña—le ordenó Louis con gesto ceñudo.

—No puedo... padre me dijo que saliera. El granjero William está aquí.

Sus hermanos se miraron como si supieran un secreto, pero Louis insistió en que regresara a la casa, parecía molesto, nervioso.

—¿Qué sucede? —se vio obligada a preguntarle.

—Hace frío y te enfermarás, eso es todo. No hagas preguntas—le respondió.

Amber pensó que su hermano exageraba, siempre estaba cuidándola como si la considerara una niña. Ya no lo era, acababa de cumplir dieciocho años y empezaba a cansarse que la trataran como si fuera una cría.

Se alejó molesta antes de que la obligaran a entrar en la casa.

Casi podía adivinar lo que pasaría, no era tonta, su padre había estado hablando con sus hermanos en secreto. Debían casarla para frenar las habladurías... Porque esas comadres decían que era demasiado bonita para no causar problemas, para no ser tentada por el mal. Eso pensaban esos lugareños de ella, no la querían, a ninguno en realidad, eran extranjeros, ingleses, foráneos...

—Amber, ¿a dónde vas? ¡Amber!

Corrió para que no la alcanzaran, le divertía hacerlo y no se detendría hasta que la atraparan, lo que le daba una excusa para alejarse de la cabaña. No le llevó mucho tiempo perderles de vista.

—¡Amber, ven aquí! Le diré a padre—le gritó Henry, su hermano menor.

Una vez en el bosque tenía mucho sitio donde esconderse además lograba entrar en calor, pero hacía frío, el viento helado soplaba a su alrededor y debía permanecer en movimiento para no congelarse.

De pronto dejó de oír los gritos de sus hermanos, diablos, lo había conseguido, se había librado de ese trío de apestosos, pero se había alejado demasiado y a la distancia podía vislumbrar Winston Manor, la mansión del caballero irlandés llamado Patrick Winston, maligno y misterioso. Una inmensa construcción de piedra y madera con un montón de habitaciones con

un diseño Tudor como había en Inglaterra. Le recordó a Nottingham su hogar sin embargo esa propiedad estaba rodeada de espesos jardines y portones de hierro.

Se detuvo en seco, no quería invadir las tierras de ese hombre, las historias que se contaban sobre él eran tétricas. En esa mansión moraba el diablo con sus amantes, sus hijos ilegítimos y todo aquel que entraba en ese lugar perdía el alma y la entregaba al demonio.

Y aun consciente del peligro Amber se acercó y atisbó entre la maleza para mirar la casa del diablo como si la maldad que se desprendía de sus muros la atrajera de manera irresistible. Se acercó casi sin darse cuenta y de pronto tuvo la sensación de que una sombra siniestra la observaba a la distancia. Un algo oscuro, una figura llena de oscuridad y malicia. Sin embargo, allí no había nadie, debió imaginarlo.

Retrocedió espantada ante la visión y quiso regresar, pero entonces vio a ese hombre que siempre vestía de negro mirándola desde escasos metros montado en su brioso semental negro.

Estaba aterrada, el irlandés acababa de descubrirla ¿y cómo explicaría su intromisión? Los ojos del desconocido la miraron con expresión alerta pero antes de murmurar una disculpa él se le adelantó, se le acercó con su caballo y le cerró el paso.

—Buenos días señorita puritana, ¿a qué debo el honor de su visita? —preguntó.

La joven se vio obligada a mirarle la cara, él esperaba una disculpa, sus ojos oscuros brillaban llenos de burla y malicia. Era la primera vez que veía su rostro de cerca en realidad y cuando saltó del caballo tuvo terror de que quisiera hacerle daño pues la miraba de una forma tan intensa mientras avanzaba con gesto rapaz que se vio obligada a retroceder despacio.

—Lo siento señor... es que jugaba con mis hermanos y me extravié.

Esa respuesta hizo que su boca perdiera la tensión y sonriera haciendo que la mandíbula ancha se relajara mientras parte del cabello oscuro que cubría su frente volaba al viento. No parecía inglés, no había nada blancuzco ni anodino en ese caballero, al contrario, exudaba fuerza, maldad y algo que ella desconocía por completo a pesar de sentir que sí había algo más.

—¿Jugabas con tus hermanos, señorita puritana? ¿Qué edad tienes, muchacha? —insistió él.

La pregunta era una impertinencia, pero se vio obligada a responder para que la dejara en paz.

—Dieciocho, señor.

—¿De veras? Una edad interesante para tener un marido, ¿no crees?

Ella se sonrojó por la forma en que la miró mientras le decía eso.

—Y dime, ¿vuestro padre puritano ya os escogió esposo, Amber?

Abrió los labios desconcertada al tiempo que se envolvía con la capa negra como si se sintiera desnuda frente a ese hombre.

—¿Cómo sabe mi nombre, señor? —dijo la joven agitada.

Él sonrió.

—Amber Green, la hermosa señorita inglesa—le respondió al tiempo que se detenía a milímetros de ella.

Su respuesta aumentó su incomodidad y terror.

—Debo regresar, mis hermanos están cerca—dijo para advertirle que no estaba sola.

—¿Me temes, pequeña inglesa? ¿Acaso te has creído las historias sobre mí que cuentan los pueblerinos de Maine? —parecía disfrutar ese momento de poder y maldad, sabía que estaba temblando, lo notaba y eso le daba placer.

—Yo no creo nada señor, jamás hablo con los aldeanos—respondió inquieta.

Se preparaba para escapar, pero él tomó su mano en un ademán rápido.

—Aguarde... ¿puedo invitarla a tomar una taza de té caliente? Tiene las manos heladas señorita Amber.

—No, gracias...—la joven temblaba ante el gesto rapaz de ese caballero. Sin embargo, no gritó cuando se acercó y la rodeó con sus brazos, quiso hacerlo, pero el terror era superior a todo en esos momentos y se quedó mirándole inmóvil como un pajarillo indefenso. “¡No!” murmuró aterrada pensando que ese hombre pretendía hacerle algún daño. No era usual que un caballero se tomara esas libertades a menos que pensara que una era una mujerzuela, algo que ella no era por supuesto.

Entonces él la miró con esa sonrisa extraña y le dijo:

—Tranquila puritana, no voy a hacerte daño, ¿me crees un rufián? —preguntó él sin dejar de mirarla. Sus ojos parecían hechizarla, esa mirada oscura y maligna ejercía no sé qué poder sobre ella y se preguntó si no sería un demonio encarnado como decían los lugareños.

Pero entonces llegaron sus hermanos en su rescate y el mayor se enfrentó al caballero de Winston Manor sin vacilar, se acercó y lo increpó de malas maneras.

—¿Cómo se atreve? Deje en paz a mi hermana—Louis estaba tan asustado como enojado, Amber lo vio con claridad.

El caballero en cambio se lo tomó con mucha calma.

—Sólo conversaba con la señorita Green.

—Pues no creo que eso sea buena idea que haga amistad con usted, señor Wallace—le respondió Louis mientras la apartaba despacio.

La joven tembló al notar que el caballero se enfrentaba a su hermano.

—¿Y por qué no podría tener amistad con su hermana? ¿Cree que no soy digno de ella?

Louis le respondió que no era digno con un gesto de desdén. Orgullosa, desafiante y loca por enfrentarse a ese hombre llamado el demonio de Winston.

—No, no es digno de acercarse a mi hermana y le ruego que deje de espiarla y seguir sus pasos—replicó.

El caballero se le acercó con expresión maligna.

—Y tú, un simple granjero de la colonia, ¿acaso pretendes dar órdenes al señor de estas tierras? Podría encerrarte y azotarte por insolente.

Louis sostuvo su mirada sin moverse un ápice, demostrándole que no le tenía ningún miedo.

—¿Cree que porque es rico y dueño de estas tierras puede tomar lo que desee? Pues le aseguro que no tocaré a mi hermana. ¿No tiene usted esposa, señor Wallace? Deje en paz a mi hermana porque pronto se desposará con el hijo del granjero William.

Amber ahogó un gemido al oír eso, vaya, ¿entonces era verdad? ¿Iban a casarla con ese

sujeto y ella era la última en enterarse?

De pronto notó que el caballero miró con odio a su hermano.

—Te recuerdo puritano que estás en mis tierras y aquí no tendréis impunidad. Marchaos de inmediato y no volváis a hablarme con esa insolencia porque os haré pagar muy cara vuestra osadía. Malditos puritanos hipócritas todos vosotros, no sois más que una fachada de locura y perdición, obsesionados con el pecado y el diablo yo podría enumerar vuestros pecados uno a uno, no sois más que un estúpido rebaño que se cree virtuoso, pero en vuestras filas hay muchas ovejas enfermas y corrompidas.

Louis no respondió a semejante palabras pues de todas formas habían salido de un alma negra que vivía en esa mansión de vicio y lujuria, rodeado de amantes, de mujerzuelas que traía de Boston para entretenerle mientras su pobre esposa yacía confinada en algún lugar de la mansión del bosque. Pero no tendría a su hermana, jamás osaría tocarle un solo cabello. Hacía demasiado tiempo que ese demonio seguía sus pasos y la miraba con deseo lujurioso.

—Vamos Amber, nuestro padre os busca—dijo entonces.

Su hermana parecía asustada por ese hombre y cuando estuvieron lejos del alcance del caballero le preguntó si este le había hecho algo.

—¿Qué os dijo? —quiso saber Louis.

—Nada... no lo recuerdo.

—¿Os besó? ¿Acaso se atrevió a tocaros?

Amber se sonrojó.

—No—replicó indignada.

—Pero os tenía abrazada de forma indecorosa.

Ella no respondió, ¿qué podía decirle? Mejor cambiar de tema.

—Entonces es cierto, ¿padre me casará con el hijo del granjero William?

Louis asintió con gesto grave.

—Es lo mejor para ti, ya hubo un incidente hace tiempo entre los hijos del reverendo Thomas. No dejan de asediarte como moscas a la miel y lo más peligroso es que una de esas

moscas es el caballero de Winston. Ha estado espiándote y sabes la razón, ¿no es así?

Su hermana se sonrojó incómoda y Louis continuó:

—Está casado y nadie ha visto a su esposa en meses, en cambio lo han visto con esas mujerzuelas vestidas como pavos reales, siempre con una distinta visitando la ciudad, mostrándose altivo y desafiante. Los Winston están condenados hermanita, todos ellos, el demonio los quiere para su infierno.

Había oído historias tan tétricas de esa familia, los lugareños sabían vida y obra de todos los Winston y también de Patrick, el último caballero dueño del feudo. Espíritus impíos merodeaban la mansión, muertes, raptos y suicidios, ninguna dama de Winston vivía demasiado y sin embargo siempre había un Winston en la mansión llevando una vida libertina de placeres y excesos. Como lo hizo el primero Frank apodado el irlandés.

Eran acérrimos católicos y sentían un gran desprecio por la vida puritana, por lo que ninguno era bienvenido en Winston.

—Mírame Amber, ese caballero nunca se casará contigo y si os seduce os llenará de deshonor y vergüenza—le dijo su hermano con rudeza.

—No me seducirá, ¿creéis que soy tan tonta? No me ha hecho nada, por favor, deja de decir esas cosas—le respondió nerviosa.

Su mente era un torbellino de miedo y algo más que no lograba entender, pero no podía sacarse de la cabeza esos ojos, esa mirada dura y viril que había sido una caricia atrevida recorriendo su cuerpo, atrapándola con suavidad y firmeza.

—Escucha Amber, no necesita seducirte, podría someterte a sus deseos si te niegas a él. Así que te ruego que no vuelvas a andar sola por el bosque ni te acerques a su propiedad—insistió su hermano.

La presencia de sus otros hermanos hizo que ambos guardaran silencio.

Tuvieron que caminar un buen trecho hasta llegar a la cabaña. La jovencita miró a su alrededor preguntándose si ese invierno caería nieve. Había oído que el clima en el nuevo mundo era mucho más riguroso y helado. Odiaba ese frío que le provocaba grietas en los dedos y la

hacía vivir tiritando.

Entonces su padre dijo que quería hablarle en privado.

Su suerte estaba echada, la casarían con el hijo del granjero William. No esperaban que ella se revelara o discutiera su suerte.

—Siéntate, Amber—le pidió su padre.

Ella obedeció, ¿qué más podía hacer?

—Acaba de irse el granjero Williams y su hijo George. Vino a pedir tu mano, hija.

La puritana contuvo la respiración y permaneció con la mirada baja esperando su sentencia.

Tuvo que escuchar un sermón sobre el matrimonio antes de oír lo que tanto temía.

—El granjero Williams se marchó recién de mal talante. Es que su hijo no me agrada, es un gordo holgazán sinvergüenza que se come los mocos y... No es digno de ti. He oído que... Al parecer le han visto perseguir golfas en Boston.

Al oír eso último el corazón de Amber palpitó esperanzado al mirar a su padre.

—Es un buen partido sí, eso dirían las comadres, pero yo no quiero que te conviertas en una holgazana—insistió él—Tuve que darle mi parecer. No es digno de ti, así que deberá buscarse otra esposa. Es mi decisión. Tú no estás lista para el matrimonio, estás verde hija. Y esta es la tercera petición que debo rechazar lo que no es bueno para ti ni para mí... Somos foráneos, ingleses y ellos no sienten mucha simpatía por los ingleses y a pesar de que han sido amable con nosotros todavía somos extranjeros en tierras puritanas y el señor Williams es un hombre influyente. Muchos critican su forma de vida apartada de la sencillez de la congregación, acumulando tierras, cosechas e impuestos, enriqueciéndose con el trabajo de sus campesinos. El dinero y el lujo corrompen, hija, vuelven soberbia a la gente, malvada y soberbia sí.

Oh, ¿cómo agradecerle a su padre? Habría deseado correr a sus brazos y besarle, pero en esa casa nunca había habido esas demostraciones de afecto tan vehementes. Se sentía tan feliz de haber escapado de ese joven gordo y vulgar que habría deseado correr, cantar y bailar si hubiera sabido hacer algo de esas cosas que no eran bien vistas en la aldea.

—Gracias padre—dijo ella con cautela.

—No tienes qué agradecer. Bueno, ahora ve a la cocina a preparar la cena. Hay mucho para hacer y no me agrada que pases tanto tiempo jugando en ese bosque.

Amber sonrió y corrió a preparar el estofado, feliz de haberse escapado de un matrimonio que la había hecho muy desdichada.

Pero en el comedor no había tanta alegría luego de que Louis pusiera al corriente a su padre de lo que había ocurrido en el bosque ese día.

—Padre, ese caballero intentó besar a Amber, no deja de acecharla y temo por mi hermana. ¿Qué será de ella si la atrapa y le hace un bastardo? Nadie la querrá por esposa.

Su padre estaba tan furioso que no decía palabra hasta que dio un golpe seco en la mesa de duro roble ahogando una maldición de sus labios.

—Lamento que no haya boda ahora padre, tal vez el hijo del granjero no fuera un marido ejemplar, pero al menos mi hermana estaría a salvo de la seducción y el deshonor.

—Louis, hijo, habéis tardado demasiado en alertarme sobre esta situación, ¿cuánto hace que ese malnacido persigue a tu hermana?

El joven miró a su padre boquiabierto.

—Os lo dije hace tiempo padre, en la primavera luego de nuestra llegada descubrí a ese caballero espionando a Amber en la pradera. Y no es el único que lo hace.

Por momentos su padre parecía perder la memoria, olvidar pequeñas cosas durante el día y luego enfadarse si alguien se lo recordaba.

—No, jamás me habéis hablado de Winston. ¿Creéis que habría olvidado algo tan nefasto como eso, hijo? Lo que dices es terrible.

Louis suspiró cansado. De nuevo su padre olvidaba cosas y luego se mostraba enojado y perplejo.

—Padre, debéis buscarle marido a Amber ahora. Hablad con el granjero William, decidle que lo habéis pensado mejor y que...

—No, no haré eso. ¿Me tomas por estúpido, Louis? ¿Creéis que me arrastraría por

conseguirle un marido a tu hermana, mocoso insolente?

Se hizo un silencio tan tenso entre ambos que el ambiente se caldeó de repente y no era sólo porque sus dos hermanos encendían la estufa del comedor con ramas y hojas secas.

De pronto le patriarca miró a su primogénito y bufó.

—Todo esto es tú culpa; grandísimo holgazán, no has sabido cuidar a tu hermana como debías. No me miréis con esa cara de pánfilo, lo que digo es verdad. Vosotros tres, ¿es que no sois suficientes para apartar a Amber del peligro, de esos miserables libertinos que merodean el bosque?

Ante semejante reprimenda Louis no pudo menos que soportarlo todo estoico y mudo, siempre era así, cuando su padre no podía resolver algo la emprendía contra ellos. Pero lo cierto es que no quería casar a su hermana porque pensaba que era muy joven, que no estaba apta para el matrimonio, eso dijo después.

—Amber no puede casarse, no está preparada, tiene la cabeza y el corazón de una niña, el médico lo dijo una vez.

¿El médico?

—Sí, eso dijo el médico. Además ¿quién cuidará de nosotros si tu hermana se va? ¿Quién preparará la comida, lavará la ropa y mantendrá la casa en orden? ¿Acaso tú? somos pobres hijo, no podemos pagar una fregona ni a una cocinera... es muy costoso eso. ¿Cómo esperas que case a tu hermana con ese palurdo? Es una niña. Es monstruoso. Aún no tiene los dieciséis.

De pronto su padre palideció y se dejó caer en la silla.

—Padre, Amber acaba de cumplir dieciocho años—le recordó Louis.

Él lo miró aturdido.

—¿Dieciocho? ¿Estás loco? tu hermana tiene quince, ¿pretendes engañarme bribón sinvergüenza? ¿Acaso esperas tener algún beneficio con el matrimonio de tu hermana?

Cuando su padre se ponía en ese trece lo mejor era cambiar de tema. Empezaba a desvariar, a confundir edades y situaciones, no sabía por qué, tal vez la edad o... Por otra parte, él no era ningún holgazán, no lo era.

—Padre, iré por la medicina que te recetó el doctor Sanders.

Era lo mejor. Siempre protestaba, pero finalmente se lo bebía, pero lo único que conseguía ese oscuro brebaje era domeñar sus nervios alterados y dormirlo, nada más, al despertar volvía a confundir fechas y nombres de personas. Cada vez era peor. Y todo había comenzado al llegar a esa tierra, su padre había estado encerrado en una prisión por ser un puritano, sus bienes habían sido confiscados y de la noche a la mañana se vio en la miseria. Cuando logró ser liberado luego de pagar un importante soborno estuvo días sin hablar, hasta que anunció que viajarían al Nuevo Mundo, a la tierra de los elegidos donde otros puritanos habían fundado varios pueblos en tierra americana. Allí estarían a salvo, allí podrían tener tierras y recomenzar.

Pero al poco tiempo de llegar comenzó a sufrir esas confusiones como si perdiera la memoria lentamente, el doctor dijo que eran cosas de la edad y le recetó un tónico sin darle mayor importancia, pero él temía que fuera algo más grave. En ocasiones se volvía muy agresivo y vivía ajeno a todo, enfrascado con la lectura de la biblia o de esos tratados morales edificantes mientras sus hermanos y él hacían todo lo demás.

En vano le advirtió que buscara marido a su hermana, no sólo ignoró sus consejos, sino que lo acusó de querer aprovechar la situación.

Pero si padre chocheaba él debería actuar, no dejaría que ese caballero deshonrara a Amber, era un enemigo paciente y silencioso y no se detendría hasta conseguir lo que deseaba, pero Louis estaba dispuesto a desafiarle si era necesario, pero no se saldría con la suya y sabía cómo podría detenerlo. Sólo había una manera y era poniendo a salvo a su hermana arreglando una boda. ¿Pero podría hacerlo a espaldas de su padre?

Louis pensó que no era correcto, pero durante la cena se preguntó qué otra cosa podría hacer. No podría pasarse la vida cuidando a su hermana pequeña.

La niña fantasma

Siguieron días de frío intenso, la nieve comenzó a cubrirlo todo y se vieron aislados sin poder salir al exterior. El invierno llegó rápido y al parecer sería un invierno muy duro.

El patriarca no desperdició esa oportunidad para leer la biblia a sus hijos, sentados frente a la única lumbre del hogar. Fueron días de paz, pero Louis no olvidó su cometido y apenas pudo se reunió en secreto con sus dos hermanos con el fin de hablarles del mal que aquejaba a su padre y también decidir qué marido escogerían para Amber.

Henry el menor de los varones, que contaba con veintiún años se rascó pensativo la cabeza.

—Es muy raro. ¿Por qué no avisamos al doctor Sanders?

Louis lo miró.

—Porque dijo que son cosas de la edad, chocheras... Además, creo que ese médico sabe tanto como un gitano del Bow Street.

—Pero podríamos conseguir un doctor que sepa de esto, Louis, ir a Boston y...

—No tenemos dinero para pagar ese viaje, tonto. Además, no servirá de nada. Lo que debemos hacer ahora es casar a nuestra hermana y ponerla a salvo de la lujuria de ese caballero de la mansión embrujada.

—Hablas como si pudiéramos conseguir un marido, así como así, padre rechazó a tres pretendientes en menos de un año. Dudo que alguno se atreva a venir aquí para casarse con nuestra hermana.

—Lo harían si ella no se mostrara tan arisca, Louis.

—Amber no es arisca, es tímida, pero eso no debería importarles si sus intenciones fueran honorables.

—Sabes que hay un joven que viene a verla casi a diario y se esconde en la pradera. Es el hijo tonto del granjero Mills.

—Por las barbas de Cristo, no podemos desposar a Amber con ese imbécil—opinó

Henry.

Louis era de la misma idea.

—Tiene que haber alguien mejor.

—Tal vez si le preguntas a nuestra hermana... ella os dirá con quién le agradaría casarse.

—¿Amber? No, ella jamás nos ayudará en eso—opinó Louis—la idea de casarse no es de su agrado. Es que los granjeros no tienen buenos modales, son muy brutos.

—Eso es verdad, pero creo que debe haber alguno que sea educado.

La joven, que había estado oyendo la conversación escondida tras la puerta se alejó nerviosa. Así que había escapado del hijo de Williams, pero sus hermanos planeaban buscarle marido en la aldea... Pero eso no era lo más grave, lo peor era enterarse de que su padre sufría olvidos y se estaba quedando lelo. Por eso sus arranques de mal genio cuando no recordaba nada y sin embargo cuando les leía la biblia o una fábula moral edificante, lo veía muy atento y jamás erraba palabra o nombre.

Se alejó inquieta, ¿qué sería de ellos si su padre perdía la razón o moría en una tierra extraña? A pesar del tiempo transcurrido se sentía una intrusa, una extranjera en Nueva Inglaterra, todos lo eran, los aldeanos los miraba con cierta desconfianza y los mantenían aislados. Se acercaban a veces sí, a conversar o comprar alguna cosa de la granja, pero “el nuevo mundo” no había sido como las historias que les contaba el reverendo Anderson, amigo de su padre, esas cartas eran una farsa, al menos ellos no fueron recibidos ni tratados como señores, sólo recibieron esa granja y unas tierras para cosechar, pero la tierra era estéril y yerma, el frío quemaba las cosechas. Pero ese no era el peor de sus males, si su padre enfermaba o perdía la cabeza... Allí no había casi médicos ni eran muy competentes, en cambio en Inglaterra sí.

Amber se detuvo al llegar al bosque, estaba tiritando pues un viento gélido la envolvía. Otro día helado de invierno que soportar, que padecer de penurias, de no poder plantar sus legumbres como en Nothingham. La tierra de Maine era árida por su cercanía a la costa y costaba mucho plantar y ella echaba de menos su hogar, los viejos tiempos cuando su padre era concejal real y vivía como reina en su mansión de Nothingham hall. ¿Por qué negarlo? Nada les faltaba

entonces, tenían todas las comodidades y hasta tuvo un pretendiente de la realeza que le prestaba mucha atención y habría pedido su mano si su padre no hubiera decidido pelear con esos hombres cercanos al rey. Entonces todo fue de mal en peor. Todo comenzó por su odio a los católicos y estos eran un sector muy influyente, todavía lo eran en la sociedad inglesa especialmente los allegados al rey. Allí siempre había disputas e intrigas, pero además había una conspiración de los antiguos protestantes puritanos en el parlamento para tener el poder y ahora su rey veía su trono severamente amenazado por una serie de malas decisiones, o eso decía su padre. La antigua lucha de católicos y protestantes y las intrigas cortesanas de las que su padre nunca había podido permanecer apartado. Hasta ese nefasto día en el que un acta real los despojó de sus bienes y lo declaró traidor al rey por conspiración...

Su padre fue enviado a prisión y condenado a muerte.

Pero como las detenciones eran casi a diario y muchas eran injustificadas, los amigos puritanos de su padre lo ayudaron a escapar en esos turbulentos años en que el país se llenaba de disturbios y guerras por el trono.

Su padre les pidió que le consiguieran pasajes para huir al nuevo mundo para escapar de la horca. Los días en prisión lo hicieron envejecer deprisa, sólo estuvo seis meses, pero nunca volvió a ser el mismo, hasta que llegó a Nueva Inglaterra, la tierra prometida, el paraíso de los puritanos, de los elegidos...

Ella también pensó que comenzarían una nueva vida, que nadie podría condenarles por ser puritanos, que tendrían tierras y una bonita casa, pero eran pobres y debían trabajar todo el día. Tenía las manos ásperas por el frío y las faenas domésticas, trabajaba más que una fregona de su mansión y a cambio recibía migajas, mientras su padre no dejaba de decir que todo estaba bien.

No, nada estaba bien, no quería pasarse la vida enterrada en esa aldea y ser como esas pobres mujeres pariendo hijos todo el tiempo trabajando la tierra, fregando sus casas para luego morir en el parto de su sexto o séptimo hijo como ocurría con frecuencia. No sería la esposa del granjero se dijo resuelta pero luego se preguntó cómo podría evitarlo. En su casa las cosas no

iban mucho mejor, no hacía más que trabajar todo el santo día, estaba cansada y harta de pasar penurias y eso no tenía pinta de mejorar...

De pronto la vio, a la niña fantasma del bosque y sintió que su corazón latía acelerado. No podía ser.

Se detuvo aterrada pensando que sus ojos la engañaban y los cerró un instante, pero al abrirlos la vio: a la niña vestida de negro que solía aparecerse a los pobladores.

No podía ser, tal vez fuera la hija de algún granjero que...

No, era la niña fantasma, la niña del demonio porque podía sentir su mirada maligna a la distancia, sus ojos oscuros clavados en ella. Inmóvil y rodeada de sombras, su presencia presagiaba ruina y rayos, era la segunda vez que la veía por eso sabía que era ella.

Cerró los ojos y aguardó que se marchara como la última vez, que ya no estuviera en ese bosque porque su presencia aterraba su corazón.

Pero al abrirlos de nuevo la vio más cerca que antes porque caminaba hacia ella lentamente y lo hacía de forma torcida como si algo muerto se arrastrara por la tierra sin armonía.

Amber gritó con todas sus fuerzas y corrió de regreso a la cabaña como si la siguiera el diablo, pero de pronto tropezó con un hombre y cayó en sus brazos.

—Señorita puritana, ¿qué le pasa? Está temblando—dijo el caballero Winston.

Ella lo miró desconcertada, ¿qué hacía ese hombre en el bosque? ¿Por qué parecía seguir sus pasos?

—La niña fantasma, está allí—dijo señalando hacia el lugar dónde la había visto hacía instantes.

Pero no había nadie, el bosque estaba vacío y silencioso.

—¿Niña fantasma? Yo no veo a nadie, sólo a una bella puritana con cara de ángel corriendo como si la persiguieran mil demonios—respondió él.

La joven frunció el ceño y lo miró. Ese fisgón no dejaba de espiarla y seguir sus pasos ¿por qué motivo? Estaba casado con una señorita de Boston y ella era una joven decente, jamás

se prestaría para sus juegos, ¿qué se había creído?

—Sé bien lo que vi, caballero Winston—le respondió muy seria mientras se apartaba de él.

Lo vio sonreír y mirarla con intensidad hasta que dijo:

—¿Dijo haber visto el fantasma de una niña?

—Sí, es la segunda vez que la veo. No estoy loca, además... Otras personas de Maine han visto a la niña.

—¿Una niña fantasma? Qué extraño. Hace años que vivo en la aldea y jamás la he visto.

Dudaba de ella por supuesto, no le creía una palabra.

—Yo no miento, señor Wallace, sé lo que vi, estaba allí y tal vez sea un espíritu maligno del bosque.

—Espíritu maligno, demonios, hadas y brujas. Patrañas. Yo no creo en esas tonterías ni tampoco temo a los fantasmas. Tal vez alguien quiso hacerle una broma.

Amber se apartó despacio.

—¿Una broma? ¿Y quién haría una broma como esa?

—Alguna joven tonta de Maine que desea llamar la atención, hay demasiadas jovencitas así en la aldea, tontera hereditaria y cierto gusto extravagante por lo sobrenatural. Ellos adoran contar historias de brujas y como no existen, las recrean con su mente y acusan a una pobre vieja solitaria de elaborar filtros amorosos e invocar al demonio.

Esas palabras la asustaron, nombrar al diablo estaba prohibido y no podía creer que ese caballero fuera tan atrevido y desafiante.

—Debo regresar, está muy oscuro...

—Aguarde, yo la acompaño, señorita.

—No, no es necesario, gracias...—le respondió alejándose.

—Tenga cuidado puritana, ver fantasmas no es de buen augurio y aquí han ocurrido cosas muy extrañas últimamente. Algo se está gestando en las mentes de esos puritanos—le advirtió—se siente en el aire. Algo traman.

Amber se detuvo y lo miró, ¿qué habría querido decirle? ¿Por qué dijo que tuviera cuidado? Ella no era una bruja sino una puritana pobre y desdichada.

Apuró el paso sin volverse atrás, intuyendo que tal vez el caballero estuviera observándola siguiendo sus pasos. No deseaba que su hermano la viera conversar con él y quisiera golpearlo de nuevo.

Cuando regresaba a su casa notó que su padre estaba esperándola con expresión airada.

—¿Y tú qué hacías hablando con ese caballero? ¿Acaso no sabes que lo llaman el demonio de Winston?

Amber palideció, la había visto, esta vez no fue Louis sino su padre, en vano podría engañarle o decirle que no estaba hablando con él su padre montó en cólera y la llamó ramera.

—Eres una ramera como lo fue tu tía Mildred, casada con ese aristócrata...” declaró.

La jovencita lo miró espantada, nunca le había dicho eso, su padre jamás le había hablado así, al contrario, siempre la había cuidado y mimado.

—Papá, ¿qué tienes? —Amber notó que algo no estaba bien, los ojos de su padre parecían inyectados en sangre y había en ellos una mirada loca y maligna.

—Grandísima tonta, yo os vi coqueteando con ese caballero. Volved a vuestra habitación antes de que os dé una paliza por atrevida.

Amber fue rápida y esquivó el primer golpe, pero no tuvo tanta suerte cuando la siguió y la jaló del cabello y la arrastró por el suelo, mientras la acusaba de ser como tía Mildred.

Sus gritos se oyeron a la distancia y de pronto Amber vio al caballero de la mansión Winston emprendiéndola a golpes con su padre para que la liberara.

—¡Suelte a la joven, malvado puritano loco! —estalló.

Su padre lo miró furioso y lo golpeó a su vez y entonces llegaron sus hermanos y los separaron.

La puritana contó entre lágrimas lo que había pasado para que no juzgaran mal al caballero, sabía que le tenían encono por ser rico y distinguido.

Este la miró con fijeza mientras le preguntaba si estaba bien.

Ella asintió mientras secaba sus lágrimas y se frotaba con fuerza los cardenales en sus brazos.

Entonces apareció Louis con expresión airada y sin dudarlo expulsó al caballero Winston.

—Esto no le incumbe señor, nosotros cuidaremos de Amber.

—Y lo hacíais muy bien, de no haber visto lo que ocurría vuestro padre la habría matado —le respondió él, irónico.

Sus hermanos se miraron, dos de ellos llevaron a su padre al cuarto y lo encerraron mientras Louis se quedaba para enfrentar al intruso con expresión airada.

—Aléjese de mi hermana caballero Winston. No necesita sus cuidados ni atenciones. Es usted un hombre casado, ¿no es así? Pues vaya a cuidar a su esposa y olvídense de Amber.

Ante semejante discurso Patrick debió marcharse, sin embargo, no lo hizo, sino que se quedó mirándole con fijeza.

—Mi esposa murió la pasada primavera, falleció en la paz del señor durante un mal parto, soy un hombre viudo—dijo de pronto.

No le respondía sólo a Louis sino a Amber pues no podría conquistar a la muchacha si todos creían que aún estaba casado, era menester que todos supieran la verdad.

—Lo lamento... pero es un poco prematuro buscar esposa, ¿no lo cree? Si lleva viudo hace tan poco tiempo—le respondió Louis—Sé lo que planea, pero le aseguro que no nos embaucará, señor Wallace. Todos saben que tiene una amante instalada en su mansión y que lleva una vida licenciosa—hizo una pausa y le pidió a su hermana que regresara a su habitación y se quedara allí tras cerciorarse de que no estuviera muy lastimada.

La jovencita se marchó de mala gana. Odiaba quedar excluida de todas las conversaciones importantes sólo por ser una chica.

Cuando la puerta se cerró, Winston invitó a Louis a dar un paseo para conversar con más privacidad y este accedió con expresión alerta y muy desconfiado de los resultados de esa conversación.

—Señor Green, la gente de aquí es muy traicionera y fanática. No os miran con buenos

ojos porque sois ingleses y porque vuestra hermana es hermosa. Las comadres odian ver cómo sus maridos miran a las chicas guapas.

—¿Y por qué dice eso, señor Wallace?

—Porque ustedes vinieron aquí como tantos otros ingleses y holandeses, en busca del paraíso perdido. Maine no es un paraíso y quiero que sepa que hace tres años quemaron a tres mujeres por brujería, allí, en ese bosque lindero. Invocaban demonios y hacían maleficios, eso dijeron, pero la verdad es que una de ellas era la amante del reverendo Elliot Thomas. Sí, ese hombre tan piadoso que dice la liturgia todos los domingos. Una era su amante, la otra era su hermana y la tercera... era una pobre anciana que se ganaba la vida haciendo algún embuste de poca monta: filtros de amor y esas tonterías.

—¿Y esto en qué podría afectarnos? Mi hermana no es una bruja y todos nosotros profesamos la fe verdadera—dijo Louis nervioso.

—¿La fe verdadera? Vuestra fe es una maldita herejía para los católicos y para los ingleses y cerca de aquí, en Boston, hay una colonia de ingleses muy poderosa y muy leal a la corona británica. ¿Pensáis que estáis a salvo ahora? Sí, tal vez. Mi abuelo huyó de Irlanda y vino aquí pensando que encontraría una tierra de paz, pero se equivocó. Esto no es un paraíso, lo fue al comienzo cuando la miseria, los indios y las inclemencias de la naturaleza salvaje los obligó a unirse, a pelear por sobrevivir, pero en esta aldea no todos son buenos puritanos como aparentan y la puja del poder termina corrompiendo la sociedad más pacífica, muchacho. Y si algo se tuerce, si descubren que vuestro padre ha perdido el juicio no creerán que son chocheras de la edad, no, pensarán que alguien le hizo una brujería porque el demonio es el causante de todas sus desgracias. Pero lo más increíble es que en ocasiones tienen razón pues en estas tierras mora algo maligno escondido en el corazón de ese bosque.

—¿Se refiere a su mansión, señor Wallace?

El caballero lo miró con fijeza.

—Bueno, eso dicen los puritanos. La fatalidad parece haberse ensañado con mi familia, pero no soy un demonio como dicen, sólo que me harté de que esos malagradecidos conspiran a

mis espaldas. Mi abuelo y mi padre ayudaron mucho a los pobladores y lograron vencer la pobreza que amenazaba con instalarse aquí y durante mucho tiempo, todos tuvieron lo necesario y tal vez más de lo que merecían. Luego comenzaron los problemas, la intolerancia y la justicia por su mano, quemaron a esas mujeres durante mi ausencia sin haber esperado mi regreso. Soy algo más que el caballero Winston, soy dueño de la mitad de estas tierras y tengo el título de Alcaide y encargado de avisar al sheriff de Boston y lo que hicieron fue un crimen espantoso contra tres mujeres inocentes instigados por la esposa del reverendo. Y lo que quiero decir con esto es que ninguno de vosotros está a salvo especialmente Amber... Vuestra hermana es hermosa y sé que desde su llegada han estado siguiendo sus pasos y disputándosela en su afán de tener su mano. Son moscas rodeando la miel y no descansarán hasta conseguir su objetivo.

Louis lo interrumpió.

—¿Y a qué se debe tanta preocupación por nuestra suerte caballero? ¿A dónde esperarías llegar con vuestros consejos?

—¿No lo imagináis, muchacho? Quiero convertir a Amber en mi esposa, he venido a pedir su mano.

Louis palideció. ¿Acaso se estaba burlando? ¿Su hermana convertida en la esposa de ese caballero viviendo en esa mansión encantada llena de lujos y perversiones? ¿Pero sería su esposa o su concubina? Muchos decían que todavía tenía esposa a pesar de que nunca la veían.

No, jamás daría su aprobación.

—Señor Wallace, su pedido me honra profundamente, pero temo que se ha equivocado, mi hermana no puede ser su esposa, no está preparada para casarse. Usted debería buscar esposa en Boston, una señorita que sea católica y distinguida—dijo Louis mirándole con fijeza.

Se había puesto colorado, era pelirrojo como sus hermanos y esto hacía que cada vez que se sonrojaba al verse contrariado se notara más.

Bueno, algo tuvo que inventar para salir del paso pues sabiendo que ese hombre era muy influyente en la aldea no habría sido buena idea ofenderle en esos momentos.

—¿Entonces rechazáis mi ofrecimiento honesto y sincero?

—El matrimonio es algo muy serio y no puede decidirse con prisas, caballero Winston.

Los ojos del caballero relampaguearon.

—¿Y creéis que no lo he meditado con calma? ¿O acaso pensáis que no soy digno de desposarla?

—Por supuesto que no he insinuado eso señor Wallace, pero... Somos puritanos y nuestro padre nos enseñó el verdadero valor de la sencillez, el trabajo y la humildad. Condenaría el alma de mi hermana si aceptara este matrimonio pues vos querríais convertirla en una dama vanidosa, la obligaríais a llevar vestidos lujosos y una vida que ella despreciaría. No os haría feliz, es que no tenéis nada en común. Amber debe ser la esposa de un puritano, de un granjero que la ame y respete y jamás intente cambiarla. Usted es católico y nosotros no compartimos sus creencias ni ella podría ser feliz llevando una existencia llena de lujos y frivolidades. Mi padre no nos educó así, ¿comprende? Mi hermana jamás sería feliz con una vida cómoda ni tampoco podría hacerla renunciar a la fe verdadera.

—¿No cree que primero debería preguntarle a su hermana lo que piensa al respecto antes de precipitarse a tomar esa decisión?

—Amber no quiere casarse todavía señor Wallace, es muy joven, y acaba de cumplir dieciocho años. Pero le aseguro que el día que lo haga deberá ser con el hijo de un puritano respetable.

Esa respuesta no fue lo que el caballero esperaba y se fue de mal talante, sintiendo tal vez que había sido ofendido y despreciado por esa familia de puritanos ingleses.

El poseído

Louis Green regresó a la casa y tuvo que enfrentarse con una triste verdad: su padre había perdido el juicio y se había vuelto loco y muy agresivo. Ahora la emprendía contra sus hermanos llamándolos enviados del demonio. No los reconocía, no sabía quiénes eran y tuvieron que atarlo y llamar al doctor del pueblo.

El joven doctor Oliver Sanders, escocés y de aspecto algo rudo acudió a la cabaña de los Green poco antes de las dos de la tarde portando un largo abrigo y una pesada maleta. Preguntó qué había pasado antes de pasar a ver el enfermo. Fue Amber quien lo recibió y explicó lo que pasaba.

—Comprendo, entonces ha tenido otra crisis de nervios—murmuró.

Bueno, era más complicado que eso.

—Bien, iré a verle.

La visita fue breve y salió poco después algo asustado por lo que había oído, apenado por el viejo puritano, pidió una taza de té caliente porque estaba temblando.

Cuando Amber le alcanzó la taza él la miró con fijeza.

—Mi padre... ¿cómo está él? —preguntó la jovencita.

—No puedo hacer nada, está en manos de Dios señorita Green—le respondió.

Louis exigió saber la verdad. ¿Qué quería decir con eso?

—Creo que deberán internarlo en el pueblo, hay un lugar dónde lo atenderán y... ha perdido la razón joven Louis, su padre está loco y temo que este mal que lo aqueja sea irreversible. No hay nada que hacer, deberá llevarlo al hogar del reverendo Edwards ahora. Es un asilo para personas dementes, allí recibirá los cuidados necesarios por alguna donación mensual en especies. Debo decirles la verdad, temo que su padre no podrá recuperarse y no puede quedarse aquí, es peligroso, puede hacerles daño, nunca había visto algo así, una transformación tan horrible en un ser humano. Es locura por supuesto, sin embargo, tengo la sensación rara de que, es como si algo lo poseyera. Algo muy maligno corroyerá su alma. Si no fuera doctor diría

que es como una posesión demoníaca.

Esas últimas palabras provocaron un grito ahogado de Amber al ver a su padre entrando en la habitación con los ojos inyectados en sangre blandiendo una cuchilla de faenar. Miró a uno y a otro, pero su odio se concentró en su hijo Louis y en el doctor Sanders.

—Malditos traidores seréis castigados por la justicia del señor. Os mataré por haberme traicionado con el diablo de Winston. Yo os vi con mis ojos. Quieres entregar a tu hermana a ese hombre y venderla como una vulgar ramera, antes os mataré Louis Green, no mancharás mi nombre con tu crimen, no harás de Amber una ramera católica.

Su padre sabía que Louis había hablado con el señor Wallace y lo amenazaba con esa cuchilla, pero la jovencita intervino intentando apaciguarle.

—Padre, por favor, nada de eso es verdad, bajé ese cuchillo usted no pude hacer eso, somos sus hijos.

El viejo la miró con ojos vidriosos como si no la reconociera.

—¿Hijos míos? Yo sólo veo a una ramera disfrazada de puritana y a un bandido que intenta vender a su propia hermana.

El doctor Sanders apartó a Amber lentamente y le rogó que se mantuviera alejada en un susurro.

—Señor Green por favor, tranquilícese, sus hijos están muy preocupados por usted—dijo el médico.

El anciano lo miró con desconfianza.

—¿Y usted quién es, por favor? No lo conozco. ¿Qué está haciendo en mi casa?

Armado con un cuchillo y de un humor de los mil diablos el anciano era potencialmente peligroso y el doctor escocés supo que ocurriría una desgracia de un momento a otro si no lo detenían. ¿Cómo rayos se había quitado las cuerdas que lo ataban a la cama?

—Corred todos, pedir ayuda ahora—gritó mientras corría.

Amber miró aterrada la escena y poco después vio a su hermano Henry caer herido mientras Louis se agarraba a golpes con su padre y llegaban campesinos para ayudarle, vecinos

cercanos.

En un instante todo fue confusión gritos y sangre, su padre gritaba que mataría a esos herejes del demonio. Que los mataría a todos. A sus propios hijos. Era una horrible pesadilla y nadie estaba a salvo, la jovencita observó todo aterrada sin atreverse a intervenir ni a correr.

—Toda esta aldea será condenada, todos vosotros moriréis, traidores de la fe verdadera, malditos puritanos. Yo os maldigo a todos, os maldigo...—dijo su padre señalándoles uno a uno mientras los aldeanos lo amordazaban y el médico atendía a su hermano Henry.

Se había vuelto loco y no hacía más que proferir maldiciones. Amber observó la escena horrorizada, jamás lo había visto así, no parecía él sino poseído por una fuerza maligna y horrible.

Los horrores de ese día quedarían grabados en su mente durante mucho tiempo y también sus consecuencias pues mientras su padre maldecía y rabiaba y mordía a quién se le acercara. Para colmo de males el reverendo Thomas y su hijo se acercaron para decir que estaba poseído.

—Todos vosotros, alejaos de ese hombre. Está poseído—dijeron.

Tuvieron que amarrarlo y llevarlo a una carreta como si fuera un animal, pero entonces logró quitarse las cuerdas con una fuerza sobrehumana y atacó a quienes intentaron apresarle pues su meta era atraparla, a ella, su propia hija.

—Tú grandísima ramera, tú no eres mi hija, eres hija del demonio—gritó su padre señalándola con el dedo índice—Y voy a matarte antes de que enlodes mi nombre. Eres como tu madre, hermosa y capaz de volver loco a un hombre. Ella lo hizo... maldita sea, debí dejarte en ese hospicio de huérfanos. Tú no eres mi hija, eres hija de ese caballero malnacido de Londres. Ese aristócrata que perseguía a tu madre como perro en celo. Andrew Bradbourgh.

—Padre no, no digas esas cosas horribles a mi hermana. Estás loco, has perdido el juicio —grito Louis en un vano intento de frenar su locura se interpuso entre los dos.

Él los miró a ambos con fría calma.

—Es verdad, los locos no mienten hijo. Amaba tanto a tu madre que no me importó soportar esa horrible duda, y esa niña es igual, coqueta y artera, capaz de volver loco a cualquier

hombre como su madre lo hizo conmigo. Tuve que matar al desgraciado, tuve que hacerlo, quería robarse a mi esposa, iba a llevársela luego de llenarle el vientre con un bebé que era suyo. Estuve un año ausente de casa, obligaciones de la corona me mantuvieron en Londres y al regresar mi esposa estaba encinta. Ese malnacido de Bradbrough lo había conseguido, ese aristócrata guapo y libertino siempre había estado enamorado de Anna, siempre... y cuando quiso robarme a la mujer que amaba con toda mi alma lo maté, lo maté a golpes esa noche y escondí su cuerpo en Nottingham. Ahora el fantasma de ese desgraciado me persigue en sueños, me atormenta... —hizo una pausa y respiró hondo. —Entonces naciste tú, pequeña bastarda y desde el comienzo eras tan pequeñita y adorable. Sé que debí sacarte de mi casa, pero era tan parecida a su madre... Mírenla, es igual... y ahora ella también quiere deshonrarme enloqueciendo a ese tonto aristócrata de Winston. Un católico irlandés—escupió al suelo con desprecio.

Toda su locura había desaparecido, ahora sólo quedaba la rabia y el dolor al pensar en su pobre esposa muerta durante la epidemia de peste que asoló el condado poco antes de caer en desgracia con su rey y ser acusado de traidor.

—Amé a tu madre, maldita niña, la amé tanto que prometí en su tumba que cuidaría de ti a pesar de que sabía que no eras mi hija, no podías ser mi hija y verte tan parecida me reconfortó... Quise criarte con la verdadera fe, convertirte en una joven decente y temerosa de Dios, pero fallé. Eres como tu padre, una pequeña aristócrata altanera que desprecia la vida sencilla, pero eres hija de la mujer que más amé en este mundo y por eso cumpliré mi promesa de educarte como si fueras mi hija, pero no lo eres.

Amber sintió que todo su mundo se venía abajo en esos momentos al comprender que su padre no mentía, estaba loco sí, pero no sería tan malvado de negarla como su hija, de inventarse toda esa historia.

Era el fin, sabía que era el fin, lo sentía en su corazón. Fue un golpe tan duro para ella que deseó que la tierra la tragara. Al comienzo pensó que era una horrible calumnia, que su madre jamás habría cometido un pecado semejante y, sin embargo, en lo más hondo de su

corazón sabía que había algo distinto en ella, que ese hombre no la amaba. Nunca había recibido un gesto de cariño, un abrazo, al contrario, era ella quién lo amaba como a un padre, pero él solía apartarla con frialdad y disfrutar la compañía de sus otros hijos.

Ahora sabía la verdad. Era una bastarda concebida en una infidelidad. Sólo su madre la había amado desde el principio, su dulce y amorosa madre con quién pasaba gran parte del día, la que encubría de sus travesuras...

Aturdida observó a Louis discutir con su padre mientras sus otros vecinos permanecían alertas por algún nuevo ataque de locura. Qué vergüenza sintió entonces, quería que la tierra la tragara, ahora todos sabían que ese hombre no era su padre y que su madre había sido adúltera. En menos de lo que cantara un gallo toda la aldea lo sabría y la señalarían con el dedo. No, no podría soportarlo...

Buscó su abrigo y salió de la cabaña mientras su padre gritaba y caía al suelo preso de un nuevo ataque de ira.

—Señorita Green, aguarde... ¿A dónde va? —preguntó el doctor Sanders.

No le respondió.

—Señorita, aguarde por favor... No se vaya.

El doctor la detuvo poco después.

—Cálmese por favor, no se vaya, esto no es más que locura senil, los enfermos de demencia dicen cosas atroces como esta, no le crea por favor. Tranquilícese.

Amber no dijo palabra.

—Aguarde aquí, iré a hablar con sus hermanos.

Ella no le hizo caso y cuando sintió que la seguían, que Louis, alertado por el doctor Sanders pretendía llevarla de regreso a la acabaña corrió con todas sus fuerzas. No regresaría a ese pueblo para que todos la llamaran bastarda ni ramera como había dicho su padre. Ahora ningún granjero la querría de esposa y eso le daba alivio en parte pues esos puritanos eran feos como demonios, pero... ¿Qué destino le aguardaba? ¿Quedarse sola y ser una carga para sus hermanos? Algún día debía encontrarse un esposo que cuidara de ella.

Amber lloró al comprender que todo había terminado.

No tenía forma de escapar de ese pueblo y recomenzar, no había esperanzas para ella, no era más que una oveja negra y sarnosa apartada del rebaño para siempre.

La oscuridad y el frío del bosque la envolvieron como una manta sombría y amenazante. Caminó sin detenerse pensando que lo único que quería era esconderse de ese bosque y de sus hermanos que la seguían como sabuesos. Podía oír sus gritos a la distancia. ¡Maldición! No la obligarían a regresar. A fin de cuentas, no era más que una sirvienta que vivía para atenderles, para mantener los pisos limpios y relucientes, la ropa aseada y cepillada y la comida caliente en la mesa. Nadie la amaba, sólo la necesitaban, pero eso tampoco importaba ya, nada importaba en realidad... Todo había terminado para ella. No tenía a dónde ir, pero sabía que debía dejar atrás ese pueblo y alejarse para siempre, necesitaba hacerlo pues no soportaba la idea de quedarse en la cabaña junto a sus hermanos, aunque su padre ya no estuviera, no habría soportado mirarles la cara. Era una bastarda, una hija ilegítima concebida en el pecado de una relación adúltera, su padre estaba loco sí, pero había oído que ni los niños ni los locos mentían.

Corrió para alejarse y ocultarse en el bosque no quería que la encontraran y juntó todas las fuerzas que le quedaban para dejar atrás las voces diciendo su nombre, llamándola a la distancia. No regresaría, no lo haría.

Desesperada siguió avanzando mientras apartaba la maleza y se internaba en lo más profundo del bosque como si ya nada le importara, ni siquiera vivir. Hasta quedar sin fuerzas, sintiendo que el frío y la oscuridad la envolvían sin pensar en la niña fantasma ni en las criaturas impías que moraban en ese lugar, en esos momentos nada la angustiaba más que escapar, huir muy lejos y que nadie la encontrara.

Hasta que las fuerzas comenzaron a abandonarla y tuvo que detenerse para respirar hondo y envolverse con su capa mientras buscaba un refugio para esconderse pues en unas horas llegaría la noche y no deseaba deambular sola en ese lugar.

De pronto escuchó el relincho de unos caballos y tembló al tiempo que veía a la distancia la mansión tenebrosa de Winston, esa casa de piedra gris que se erguía en lo alto de un

promontorio, soberbia y desafiante y tembló. No, no quería pedirle ayuda a ese caballero, sabía lo que tramaba, no era boba. Si acudía a su casa pensaría que podría convertirla en su amante, algo mucho peor que morir en ese bosque.

Buscó refugio en la espesura y se cubrió con su pelliza oscura para que nadie la viera. Estaba exhausta de tanto correr y le dolían los pies, las piernas, todo el cuerpo, el alma entera, tanto que habría deseado morir, dormir y no despertar jamás. Una bastarda, el fruto de un desliz, su pobre madre ella jamás habría hecho eso, no...

Los pensamientos se arremolinaron confusos.

Su madre había sido muy hermosa y buena.

Su padre la adoraba, todos la adoraban porque era dulce y abnegada, tan bella, su madre era un ángel. Y lo que había dicho su padre era una obscena y horrible calumnia. No era verdad, no lo era. Su madre habría sido incapaz... Su padre estaba loco, perdió el juicio y por eso se lo había inventado todo. Tal vez poseído por un demonio. ¿Acaso no había dicho eso el doctor Sanders?

Tuvo la sensación de haber dormido durante horas, días, y al despertar con las voces ahogó un grito al ver que la habían atrapado y la tenían rodeada. Era una pesadilla, no podía estar pasando...

—Al fin ha despertado la bella inglesa—dijo uno.

Sabía quiénes eran por supuesto, eran hijos de los puritanos de la aldea: muchachos imberbes y pícaros que solían espiarla en ese bosque. Sólo la miraban y luego se iban, nunca fueron más allá.

Eran más de cinco, eran un montón y no podría escapar pues no todos eran tan jovencitos, había uno muy alto que debía tener más de veinte y su hermano era un robusto pelirrojo que no le sacaba los ojos de encima. George Williams, el hijo del granjero que había pedido su mano días atrás. No podía ser.

—Así que, escapando de casa preciosa, pequeña desobediente, todos están buscándote—

dijo uno de ellos mirándola con fijeza.

Ella los miró aterrada, incapaz de decir palabra, estaba demasiado débil para correr así que sólo podía intentar convencerles de que la dejaran en paz.

Se levantó del piso como pudo y procuró mantener la calma, pero estaba asustada, podrían ser jóvenes puritanos, pero no eran tan inocentes como parecían. ¿Qué harían con ella en ese bosque? ¿Intentarían llevarla de regreso a la aldea o algo peor?

—¿Qué tienes, muchacha? ¿Por qué huiste de casa? Habla, ¿qué te pasa? —insistieron— Todos están buscándote, primor.

El pelirrojo la acorraló contra el árbol con aviesas intenciones, quiso tocarla y Amber gritó cuando el muy villano quiso robarle un beso.

Pensó que no serían tan atrevidos de tocarla, pero en ese lugar nadie podía verlos, estaban lejos de sus padres puritanos y de esa comunidad que se creía santa. Sintió terror de pensar que podrían abusar de ella al saber que era una bastarda.

—No te atrevas pecoso, te golpearé si me tocas—chilló furiosa, pero estaba más asustada que enojada en esos momentos.

El joven sonrió.

—Yo te encontré inglesa y merezco una recompensa por llevarte sana y salva de regreso con tu familia. Todos están buscándote, ¿por qué te escapaste?

No le respondió suspirando aliviada de que esos tontos no supieran la verdad, mejor así... Pero la jovencita gritó cuando el pelirrojo la atrapó y le robó un beso mientras los demás aplaudían y reían. Un beso torpe y salvaje, mientras ella luchaba por apartarlo con todas sus fuerzas. Nunca antes uno de sus admiradores había llegado tan lejos, jamás uno de esos mozalbetes puritanos había osado a faltarle así el respeto y tuvo miedo, tal vez sí supieran que su padre la había llamado bastarda y por eso...

Logró apartó furiosa y gritó, gritó con todas fuerzas pidiendo ayuda como si alguien pudiera oírla en ese bosque sombrío y silencioso. Sus gritos retumbaron a la distancia mientras se oían las risas de esos tontos que la rodeaban como si quisieran repetir la hazaña de su amigo.

—Tranquila, no voy a hacerte nada, deja de gritar—dijo entonces el pelirrojo.

—No te me acerques, aléjate de mí, no me toques... Juro que te golpearé si lo haces—
estalló Amber

George Williams dejó de sonreír.

—No puedes escapar, esto es como el juego del escondite preciosa y nosotros te encontramos. Yo te encontré—dijo como si ella fuera un juguete o una especie de trofeo para presumir.

Ella lo miró con frialdad.

—No regresaré al pueblo, George Williams.

Esas palabras lo desencajaron.

—¿Sabes mi nombre, hermosa? —preguntó sorprendido.

—Sí, os conozco y sé que vuestro padre os dará una zorra si me hacéis daño—balbuceó
Amber al notar que ese otro mozo el malvado Samuel Dickens se le acercaba por detrás
mirándola de manera desagradable.

—Aléjate de la inglesa, es mía, Samuel. ¿Es que no has visto que sabe mi nombre? —dijo
el hijo del granjero Williams.

Samuel Dickens lo enfrentó. Era un joven alto de cabello oscuro y fornido y Amber
tembló al sentir que la disputaban como una cosa que deseaban tener.

—¿Tuya? ¿Y crees que te acompañé hasta el bosque del demonio para que tú te la
quedes? No... Amber Green será mi esposa y si vuelves a besarla te mataré.

Tras decir eso la atrapó, la rodeó con sus brazos mientras enfrentaba a su amigo pelirrojo
con un cuchillo largo y filoso.

El grupo se alejó mientras George se quedaba inmóvil sin poder creerlo.

—Maldito traidor, el señor te castigará, eso no es decente. No puedes llevarte a la inglesa
por la fuerza—dijo sin dejar de mirarla.

Amber lloró al sentirse rodeada y disputada por esos tontos, uno de ellos llevaba un
cuchillo y podía herirla.

—No llores preciosa, yo cuidaré de ti, en bonito lugar te has metido ¿eh? Hemos venido al infierno a buscarte—le susurró ese joven—y tú aléjate, yo la llevaré, no me obligues a usarlo George.

El pelirrojo se apartó furioso mientras pateaba el suelo.

—Yo la vi primero.

—Sí, pero sólo yo la vi bañarse con ese vestido blanco pegado al cuerpo en el lago el pasado verano. Pedí su mano primero y su padre, ese anciano loco me despreció porque dijo que era un tonto imberbe.

—Pues tenía razón, eres un estúpido Samuel. Tu padre no te dejará casarte con ella, no quiere a la inglesa en su familia, ya te lo dijo—le respondió el pelirrojo.

—No me importa, me casaré igual. La llevaré a la iglesia y le pediré a mi tío que nos case —Samuel parecía muy confiado.

—Ella no quiere casarse contigo, mírala, está aterrada. Déjala en paz, puedes herirla con ese cuchillo, tonto—insistió George.

Amber comprendió que tenía razón y les habló a los dos.

—Por favor, déjenme en paz, no quiero regresar al pueblo, mi padre ha enloquecido—su voz se quebró y lloró—Ni me casaré con ninguno de ustedes.

Él la abrazó con fuerza y besó su cabeza mirándola con adoración. Era un mozalbete, sus ojos muy oscuros despistaban, pero no debía tener más de dieciocho años, tal vez menos. Y ese George también, y ambos hablaban de casarse con total frescura.

—Yo cuidaré de ti rosa inglesa, preciosa, nadie te hará daño. Pero debemos salir de este bosque, todos nosotros corremos un serio peligro y tú también. Ven...—le susurró Samuel.

Amber se vio obligada a seguirlos, estaba demasiado cansada y débil para correr, llevaba horas sin comer, huyendo de esa aldea, agotando sus pocas fuerzas en la huida.

Pero esta vez fue Samuel quién encabezó la marcha llevándola agarrada pese a las protestas de su amigo pelirrojo. Ella los siguió resignada pensando que buscaría la primera oportunidad de escapar.

—Por aquí preciosa, ven... no tengas miedo, no voy a hacerte daño—le susurró el joven puritano.

Santo cielos, no era más que un mocoso imberbe hablando de bodas, su padre le daría una paliza cuando supieran toda la verdad, jamás permitirían que desposaran a una joven que había sido llamada bastarda por su padre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar que esos jovencitos estaban jugando al escondite con ella, un tonto juego de infancia que nada tenía que ver con la vida real. Allí estaba ese horrible bosque envolviéndolos con su oscuridad, tal vez estuviera la niña fantasma escondida siguiendo sus pasos... El sol empezaba a ocultarse y pronto sería noche cerrada. Rayos, ¿cómo la habían encontrado tan pronto? De haberse escondido mejor tal vez....

Entonces sintió que temblaba por el frío y el hambre y que las fuerzas la abandonaban. No, no podría dar un paso más, no podría hacerlo.

—Esperen por favor, no puedo... no puedo seguir, necesito descansar.

George se acercó preocupado.

—¿Qué tienes? Te ves pálida preciosa...

Samuel lo apartó de un empujón.

—No te acerques a mi prometida o te daré una paliza. Voy a golpearte por haberle robado un beso infeliz, luego ajustaremos cuentas tú y yo.

Pero no quiso alejarse de ella y regresó a su lado.

—Necesito descansar, no tengo fuerzas, me duele todo, pero no os quedéis conmigo. Estoy bien. Regresad a vuestra casa ahora—la joven puritana cerró los ojos y respiró hondo.

—No, no me iré. ¿Cómo crees que te dejaré ahora que al fin te he encontrado? —protestó Samuel.

Amber sintió que perdía la paciencia, a pesar del cansancio ese par la sacaba de las casillas.

—Deja de decir tonterías Sam, por favor—estalló la joven—Esto no es un juego de niños, la bruja está aquí y os matará si os encuentra. Todos conocen la historia de la niña fantasma, he

oído que es una bruja. No estaréis a salvo.

Los jovencitos se miraron espantados. Al parecer conocían bien la leyenda y no era para menos, el reverendo Thomas no hablaba de otra cosa durante la liturgia.

—Yo no le temo a la bruja preciosa—dijo Sam.

George murmuró que él tampoco le temía.

—No es más que una leyenda para mantener a los jóvenes apartados de este bosque porque el verdadero mal mora tras esos brezales, inglesa—dijo Samuel entonces señalando hacia la mansión Winston.

La jovencita pensó que eso era falso y sin embargo se estremeció al pensar que el caballero de Winston podía descubrirla en ese bosque pues era de su propiedad y no tomaba bien que estuviera lleno de puritanos intrusos. No, debía evitarlo... Cuando fuera capaz de correr, lo haría y se desharía de ese grupo de revoltosos. Eran un completo estorbo y no sabía cómo le haría para librarse de Sam, al parecer se quedaría a cuidarla pues se había tomado el asunto de desposarla muy en serio.

—Me quedaré aquí—dijo para reforzar sus pensamientos—yo no temo a los demonios del bosque ni a niña bruja. Esas historias son puro embuste. Tú no las crees ¿verdad? Imagino que en tu país las habrá mejores.

—No hay historias de brujas en Nothingham. Me gustaría estar allí otra vez, regresar a mi país—Amber calló al comprender que estaba hablando demasiado.

El joven la miró pensativo.

—¿Regresar a Inglaterra? Vaya, eso queda muy lejos. ¿Por qué dices eso? ¿No eres feliz aquí?

La joven lo miró con expresión cansada. No, no lo era, pero ¿qué importaba? No le daría explicaciones, había hablado demasiado y por fortuna él no sabía por qué había huido de su casa.

—Fue muy imprudente escaparte de casa preciosa, peligroso. Este bosque está lleno de animales salvajes y sospechan que algunos indios, aunque nunca hemos visto ninguno.

—¿indios aquí, en Maine? —repitió Amber.

Él asintió.

—Tal vez, todavía no se han ido—murmuró—Pero descansa ahora, yo montaré guardia.

Al decir eso uno de los jovencitos que lo acompañaba se opuso.

—No podemos quedarnos, debemos regresar por nuestros caballos y volver a casa. No me quedaré a pasar la noche aquí—protestó.

—Tiene razón, este no es un lugar seguro cuando baja el sol, no veremos nada y las lámparas que traemos no durarán toda la noche—dijo otro. Se veía nervioso, asustado y los otros también.

George los hizo callar.

—Cobardes, no os mováis de aquí, porque si la niña fantasma viene, pues será mejor que nos encuentre a todos juntos.

La perspectiva de encontrarse a la bruja del bosque era aterradora.

—No podemos quedarnos aquí ni dormir a la intemperie, hace mucho frío y es peligroso —insistió otro de los jovencitos.

Estaban asustados, no eran más que críos. ¿Por qué habían ido a ese bosque? ¿Por qué fueron a buscarla? tuvo la sensación de que no tenían más de quince o dieciséis excepto George y Samuel. Eran seis en total, cuatro de los cuales estaba protestando por regresar.

—¿Quién os envió a buscarme? ¿Por qué habéis venido? —les preguntó entonces.

Ellos la miraron sorprendidos.

—Vuestro hermano Louis pidió ayuda a mi padre—dijo Tobías.

—Y al mío—intervino Sam.

—Pues no debisteis venir solos. Además, no quiero regresar a mi casa, no lo haré—les respondió ella.

—No puedes quedarte aquí. Pero no temas, me casaré contigo cuando regresemos y ya no tendrás que salir de Maine—le dijo Sam.

El pelirrojo lo miró furioso.

—Deja de decir tonterías, tu padre no te dejará desposarla.

Samuel lo miró.

—Calla tú, tonto.

Mientras peleaban se escucharon los ruidos, ruidos de maleza como si alguien corriera por el bosque y estuviera acercándose.

—Enciende tu candil—dijo uno de los jovencitos.

Él buscó con desesperación yescas y el candil que había llevado en una bolsa de cuero.

—La he perdido, no la tengo... ¿alguno ha traído una linterna?

—No. Pensé que tú traías linterna y candil, George, tú debías tener una.

—Estúpido—dijo George—tenemos que iluminar el camino, como sea, no puedo creer que ninguno trajera algo para alumbrar si nos pescaba la noche. ¿Acaso no oyen sus pasos? Alguien se acerca.

Los jovencitos se miraron espantados.

Se oía un sonido de pasos y ramas crujir a su paso.

—¿Oyeron eso? —murmuró George.

Todos temblaron al oír las pisadas y de pronto oyeron el relincho de varios caballos a la distancia.

—Tal vez han venido a buscarnos—dijo Sam, pero nadie le creyó.

Algo se acercaba y era terrible, podían sentirlo en sus corazones.

“Es ella, la niña fantasma del bosque y todos moriremos” murmuró uno de ellos.

—No, no es la niña fantasma, es algo mucho peor, mirad...—respondió George Williams señalando a la espesura.

La visión era difusa, pero había algo o alguien agazapado entre los árboles no muy lejos de allí.

—Es la bruja del bosque, corred, nos matará, ¡corred! —gritó George.

Amber miró a Sam aturdida, fue el único que se quedó a su lado, los demás corrieron a campo traviesa en distintas direcciones.

—No temas, yo te cuidaré preciosa—dijo y le robó un beso fugaz. En otras circunstancias

habría protestado, pero tenía miedo, no quería quedarse sola en ese bosque en esos momentos. Sintió que la miraba embobado mientras la apretaba rodeándola con sus brazos.

La joven pestañeó inquieta y de pronto olvidó su terror a la bruja del bosque al ver que estaban tan cerca el uno del otro.

—No... déjame—balbuceó inquieta.

Él la retuvo entre sus brazos.

—Calla, no temas, no te haré nada, lo prometo. Pero no grites, porque si lo haces vendrá —le dijo en un susurro.

Ella obedeció temblando y cerró los ojos al oír los gritos a la distancia. Esos jóvenes que fueron a buscarla, no, no podía ser...

—Calma, no grites, no digas nada por favor, quédate así.

Ella obedeció y se escondió en su pecho temblando pensando que de todas formas iban a morir y casi no tenía tiempo de arrepentirse de sus pecados, de rezar...

—Tranquila, no morirás, yo cuidaré de ti—le susurró mientras besaba su cabello y la apretaba un poco más.

De pronto comprendió que ese joven se estaba pasando de listo y que quería aprovechar su terror para propasarse y se resistió.

—Quieta, no grites, si lo haces nos encontrarán y moriremos.

—Entonces deja de apretarme, ¿crees que soy tonta? Quieres tocarme.

Lo vio sonreír en la oscuridad.

—No temas preciosa, me casaré contigo, lo prometo—le susurró antes de robarle un beso y tenderla en la hierba aprisionándola con el peso de su cuerpo.

Nunca había estado tan asustada en su vida como en esos momentos, sabía por qué había hecho eso y lo que planeaba: no era tonta, lo había visto en los campos de su mansión a los campesinos tenderse en la pradera, en lugares escondidos para fornicar con las mozas ligeras que luego quedaban preñadas. Los niños no venían solos a este mundo y si ese mozo atrevido lograba su objetivo luego se vería obligada a casarse con él pues nadie más la querría por esposa si perdía

su virginidad. Y la frase luego me casaré contigo no fue ningún consuelo pues luego de tener lo que querían muchos campesinos perdían interés en las mozas que yacían con ellos en los campos. Lo había visto con frecuencia. Además, no quería ser la esposa de ese muchachito puritano que no haría más que llenarla de hijos en su granja rústica, sin ninguna comodidad.

Y con todas sus fuerzas se resistió y lo pateó y gritó sin importarle que sus gritos atrajeran a la bruja del bosque.

—No grites, no te haré nada, pero deja de gritar por favor—le dijo él cubriendo su boca desesperado olvidando el loco deseo que lo había impulsado a comportarse de forma tan ruin.

Amber obedeció, pero de pronto miró hacia un costado y tembló. Algo oscuro y maligno los observaba desde las sombras, un ser sin rostro, una presencia siniestra estaba a escasos metros de ellos. Y esa cosa los había visto, o tal vez oyó sus gritos y ese ser oscuro se acercaba a ambos con paso rápido...

Miró a Sam y lloró, era el fin, morirían...

De pronto una luz incandescente los cegó y entonces oyeron una voz familiar decir:

—Miren esto amigos, el tonto Sam y sus amigos de la aldea. Pero ¿a quién escondes allí, Samuel Dickens?

Sam miró al intruso y lo enfrentó.

—Es la señorita inglesa Amber Green, pero ella es mi prometida. No se atreva a hacerle daño.

—¿La señorita inglesa? Oh vaya, ¿entonces es verdad la historia de que se había fugado de la aldea?

—Eso no le incumbe. Es mi prometida hora y nos casaremos cuando regresemos a casa—le respondió el joven desafiante.

No le temía a ese caballero y en realidad al ver que se trataba de un hombre de carne y hueso se había vuelto atrevido y brabucón. Había temido a la niña fantasma, a la bruja del bosque, pero el caballero de Winston no era más que un hombre común.

—¿De veras piensas desposar a la señorita Amber? —dijo Patrick Winston sin dejar de

mirar a la joven puritana con expresión aviesa. No le quitaba los ojos de encima—Vaya, se ve asustada.

De pronto avanzó hacia ambos y empujó a Sam para iluminar a la joven puritana con su linterna. Su ira aumentó al ver que su vestido estaba ajado y sucio y lo miraba con desesperación.

—¿Qué le has hecho maldito aldeano? ¿Acaso has seducido a una joven indefensa? Os rebanaré el cuello.

Sam palideció.

—No señor, no le he hecho ningún daño, sólo la escoltaba de regreso porque huyó de su casa y aquí había muchos peligros—se apuró a responder el joven al ver que el caballero le apuntaba con una pistola.

Amber pensó que iba a matarlos a ambos y gritó, suplicó que no lo hiciera.

—Samuel no me ha hecho daño, señor Wallace.

Él la miró con fijeza.

—¿Y por qué estáis temblando preciosa? ¿Por qué lloráis?

—Es que pensábamos que era la bruja del bosque que venía hacia aquí y me asusté.

—¿La bruja del bosque? —el caballero sonrió levemente mirando a la jovencita con creciente interés—No hay ninguna bruja aquí sólo un grupo de mozos atrevidos invadiendo mis dominios. Este bosque me pertenece señorita Amber y todo lo que hay en él: cada árbol, cada ardilla y también aquellos que se atreven a irrumpir aquí sin autorización.

—Lo siento señor, pero debíamos encontrar a la señorita inglesa antes de que sufriera algún daño—intervino Samuel poniéndose de escudo para proteger a Amber. No era tonto, había visto cómo la miraba el caballero y no le gustó nada.

—Pero ella vino aquí de forma voluntaria y no desea regresar contigo—le respondió el caballero hostil.

Sam la miró con desesperación como si esperara que ella desmintiera tal cosa, pero la joven no entendió el mensaje ni tampoco imaginó lo que planeaba Winston.

—Lo lamento señor Wallace, pero me vi obligada a atravesar su bosque para escapar de

la aldea y estos jóvenes me encontraron y me forzaron a regresar. No deseaba hacerlo, no quiero volver a casa.

Sam la miró asustado y furioso, ¿por qué demonios había dicho eso? Ese hombre era peligroso, era inmoral y además católico y ella era un bocado más que tentador. Además, no estaba solo, un grupo de mozos lo rodeaban y sabía que los hombres que trabajaban para él eran tan temibles y peligrosos como su amo.

El caballero avanzó un poco más alentado tal vez por las palabras de la joven.

—Entonces no deseas regresar a esa aldea de puritanos. Bueno, yo podría ayudarla, señorita Green.

De pronto ella comprendió que estaba atrapada entre el deseo de no regresar y la inquietante posibilidad de aceptar la ayuda de Winston. No era prudente hacerlo, lo sabía, pero si regresaba a la aldea sería señalada como una bastarda. Sam Dickens lo ignoraba como los demás, pero pronto todo el pueblo estaría al corriente de que su padre la había repudiado e insultado, nadie más volvería a respetarla y ni siquiera podría casarse con ese joven que parecía tan embobado con ella. Estaba segura de ello.

—No, no quiero regresar, pero tampoco puedo aceptar su ayuda señor Wallace—le respondió Amber.

—Pero señorita Green, por favor, no debe tener miedo de mí. No son más que habladerías de personas simples. Soy un caballero y jamás le haría daño a una damita en apuros como usted.

Sam estaba desesperado, no podía creer que la hermosa joven se dejara embaucar por ese diablo.

—No puede llevarse a la señorita inglesa señor Wallace, si lo hace todos sabrán que se robó a mi prometida y la aldea completa lo acusará de robo. Todos lo odiarán—dijo.

El caballero lo miró con quién mira un insecto molesto.

—Apártate muchacho y nunca más te atrevas a llamar a la señorita Amber tu prometida y mucho menos a decir que soy un ladrón. La señorita Green no es tu prometida ni nunca pensó en

casarse con un palurdo como tú, además te has metido en mis tierras y podría rebanarte el cuello si se me diera la gana. Pero no lo haré, no quiero disgustar a la señorita, está muy asustada... pero les diré a mis hombres que te acompañen a la aldea de Maine de regreso, no querrás encontrarte con la malvada bruja del bosque, ¿verdad?

Amber vio espantada cómo se llevaban a Samuel pese a sus protestas, rápidamente lo llevaron en uno de los caballos.

—Volveré Winston, eso no se quedará así—gritó Samuel antes de perderse en la distancia.

La puritana pensó que debía esconderse, huir antes de que ese hombre la atrapara pues no se fiaba de sus “atenciones caballerosas”, había estado siguiendo sus pasos durante mucho tiempo y sabía que planeaba convertirla en su amante, divertirse con ella hasta saciarse y luego... Luego la devolvería a su casa con un bastardo en la barriga, era la costumbre que tenían caballeros como ese.

No pudo ir muy lejos pues estaba rodeada por sus sirvientes y por el propio caballero irlandés que la miraba con intensidad.

Estaba sola, sola con ese hombre que la miraba con creciente deseo y lujuria. Pero también sonreía triunfal como si disfrutara ese momento de una manera especial y estuviera diciéndole: “os atrapé al fin pequeña puritana”.

—No temas—dijo entonces—te ayudaré a abandonar ese pueblo de locos puritanos, preciosa. Ven conmigo.

Tomó su mano con un gesto casi rapaz mientras la ayudaba a incorporarse.

—No, déjeme, no iré con usted señor. ¿Me cree tan tonta? Sé lo que planea. No me engaña—su voz se quebró y lloró angustiada. No quería ir con él, tampoco regresar con Sam, simplemente quería dejar atrás esa aldea, el problema es que no tenía a dónde ir.

Él sostuvo su mano sin rendirse mientras le hablaba con suavidad y mucha firmeza.

—Tranquila, no temas, no voy a hacerte daño. Es que no puedes quedarte en este bosque, es peligroso y no hablo de espectros ni de brujas. Mañana hablaremos con más calma, necesitas

cambiarte esa ropa y descansar, estás muy pálida muchacha, y te ves cansada.

—No, no quiero ir con usted—protestó.

Winston no la dejó continuar.

—Vendrá conmigo señorita Green, me siento responsable de sus locuras, está en mis tierras y todo lo que hay aquí me pertenece. Al menos hasta que esté a salvo. Tal vez pueda hablar con su familia y saber qué ha pasado.

Ella lo miró espantada. ¿Qué tramaba? ¿La ayudaría a regresar a su casa? No, no quería que hiciera eso, pero...

¿Por qué se sentía tan obligado a ayudarla? Vamos, ni que fuera tan tonta. Sabía lo que tramaba o lo sospechaba y tuvo miedo, pues ¿qué sería de ella cuando entrara en esa mansión?

—Venga conmigo por favor, tengo mi caballo cerca de aquí—el tono era firme—. Bonito jaleo armó ese grupo de jovencitos no hacían más que gritar y correr... Pero creo que del susto no regresarán. Saben que está prohibido entrar aquí.

La ayudó a subir a su caballo negro que estaba a escasas millas de allí y Amber aceptó vencida, estaba demasiado cansada para correr o resistirse y por nada del mundo se habría quedado sola en ese bosque pues quién había prometido cuidarla acababa de abandonarla: tal vez en contra de su voluntad, pero lo había hecho.

Cuando la rodeó con su capa y azuzó a su caballo sintió que estaba haciendo una locura y que nada bueno saldría de eso. Debió correr, resistirse, desafiarle o prohibirle que la llevara a su mansión, pero la joven puritana no hizo ninguna de esas cosas. Estaba paralizada porque casi prefería estar a merced de ese hombre que soportar que en la aldea la llamaran bastarda y la despreciaran, pronto todos lo sabrían y ella no querría estar cerca cuando eso pasara.

La mansión con su oscuridad y misterio le dio la bienvenida y ella pudo ver que era una construcción antigua de piedra muy parecida a Nothingham, pero más lujosa, inmensa. Las luces de araña de la entrada iluminaron esa residencia atestada de muebles, alfombras y el rico mobiliario en fino roble trabajado.

Una mujer vestida de negro la miró con expresión maligna desde la sala. Debía ser una

criada importante pues el caballero le dijo sin reparos que preparara una habitación para la señorita Green.

—¿Acaso la joven se quedará aquí, señor Wallace?

La pregunta era una impertinencia, pero el caballero le dedicó una mirada rápida.

—Temo que se quedará un tiempo, señora Adams—le respondió.

El ama de llaves parpadeó inquieta.

—Por supuesto señor, enseguida.

—Y avísele a las doncellas para que le lleven ropa apropiada y la cena.

Amber se miró en el gran espejo del comedor y pestañeó inquieta. ¿Acaso había algo malo en sus ropas oscuras de puritana? ¿Por qué debía cambiarse ese vestido, el gorro blanco y la capa?

—Por aquí señorita Green, acompáñeme por favor—dijo el caballero.

La joven lo siguió tiritando mientras observaba los inmensos cuadros de la sala de oscuros cortinados. ¿Quién viviría en esa mansión? Había escuchado que el caballero solía llevar amigos de Boston y también mujerzuelas a escondidas de su esposa. A pesar de que él negaba estar casado...

Sus pensamientos se encontraron con la mirada intensa del caballero.

—Por aquí por favor, casi llegamos.

Ella lo siguió y subieron las escaleras, pensando que al menos estaba a salvo de la bruja y los demonios del bosque, pero no del caballero de Winston Manor.

Winston Manor.

El comedor principal estaba casi vacío, sólo el caballero y tres comensales ocupaban la larga mesa de caoba cubierta de reluciente platería, platos de fina porcelana y sendos candelabros llenos de vela que titilaban como si una brisa invisible los obligara a moverse hacia arriba de forma ondulante.

Había estado más de una hora encerrada en la habitación luchando para no usar ese vestido indecente que dejaba sus pechos redondos horriblemente provocadores como si estuvieran a punto de salirse del escote por el ajustado corsé, pero finalmente lo solucionó cubriéndose con un chal de seda.

El baño y la sopa caliente le habían devuelto el alma, pero saber que debía llevar ese vestido le crispó los nervios, ¿por qué debía cambiarse? Ella no era una señorita remilgada y se veía como una ramera. Bueno, al menos agradecía que nadie de la colonia pudiera verla en esos momentos.

Ahora todos la miraban con fijeza y ella sólo quería que la tierra se la tragara. ¿Por qué tuvo que ir a saludar a sus invitados? Se preguntó inquieta.

“El señor ha dado la orden, debe ir ahora y cenar con sus invitados en la mansión de Winston” le había respondido la malhumorada ama de llaves.

Por eso estaba allí, disfrazada de dama frívola, lo único que agradecía era que el vestido fuera de un tono celeste claro de haber sido rojo no se lo habría puesto.

Ahora el caballero irlandés la miraba con intensidad como si quisiera desnudarla.

—Señorita Green, siéntese a mi diestra por favor. Su presencia nos honra esta noche— dijo.

Amber obedeció inquieta luego de saludar a los presentes con una breve inclinación.

Él la presentó como la señorita inglesa que estaría unos días en Winston antes de regresar a su casa.

—Oh vaya, c’est formidable—opinó un caballero de peluca blanca y ojos muy negros. Le

fue presentado como Edmund Van Ryn.

Una dama joven de rizos rubios y vestido color salmón emitió una sonrisita burlona.

Era la hija del holandés llamada Henriette Van Ryn y otra dama de más edad su esposa. Al parecer habían llegado hacía poco a Maine pues estaban de paso para Boston.

—Por favor, señorita Green, hábleme de mi querida Inglaterra—le pidió Van Ryn.

Amber lo miró y dijo que su padre había tenido que dejar Nothingham pues sus propiedades habían sido confiscadas por el rey.

—Oh, ¿de veras? Qué triste asunto. ¿Y por qué el rey haría algo tan descortés con una señorita tan hermosa?

—Es que mi abuelo fue muy amigo de Cromwell y también puritano y luego... católicos y protestantes conspiraron para que perdiera su fortuna. Era un hombre muy rico y...

El teniente le sonrió con cierta ironía.

—Qué bella e ingenua es usted señorita Green. Nadie que fuera amigo de Cromwell sería apoyado por los hijos del rey que él envió a la guillotina. ¿Acaso no sabe que exhumaron sus restos sólo para exhibir la cabeza de Cromwell cuando Eduardo llegó al poder?

No, no lo sabía. En su casa no se hablaba de esas cosas, además en tiempos de ese rey ella no había nacido.

—El rey que usted menciona es el hermano del anterior y un católico acérrimo que buscó refugio en Francia y gracias a los católicos de ese país pudo permanecer oculto y reclamar el trono cuando necesitó hacerlo. Bueno, pero usted no será puritana ¿no es así?

—Sí, lo soy señor Van Ryn—replicó Amber con calor, aunque en esos momentos no se viera tan puritana.

—¿De veras? Oh, qué sorpresa. ¿Dónde está su traje oscuro y el gorro que cubre su bella cabeza? —preguntó el militar.

—Es que mi ropa se estropeó y tuve que usar un vestido prestado—respondió sonrojada mirando de soslayo a su anfitrión.

Henriette Van Dyn intervino.

—Oh por favor no use esa ropa tan poco favorecedora. Parecen haber salido de un funeral: siempre de negro, negro o marrón oscuro.

La jovencita se sonrojó y no supo qué decir pues en realidad nunca se le había ocurrido tal cosa, además acababa de ser expulsada de su casa y no sabía cómo haría para regresar ni a dónde iría el día de mañana.

—Ese vestido es mucho más alegre, ¿no es así, señor Wallace? —insistió la joven pelirroja.

—Por supuesto, siempre he pensado que los puritanos son tan oscuros como la ropa que llevan y, además, he insistido en que mi invitada luzca vestidos que realcen su belleza—respondió su anfitrión.

El holandés intervino.

—Admiro tu entereza y firmeza al no renunciar a la verdadera fe a pesar de la plaga puritana que ha inundado tus dominios—dijo.

Amber observó que el caballero en cuestión lucía una gran cruz de oro y que en la habitación había cuadros de la virgen y el niño y de San Jorge pisando al diablo en su caballo y otra de San Patricio seguramente en honor a Irlanda la tierra del abuelo del primer señor de la mansión.

—Nosotros hicimos cuanto pudimos para evitar la catástrofe señorita Green, mi abuelo quiso impedir que Cromwell se hiciera con el poder, pero nuestro buen rey fue traicionado por los suyos y la era puritana asoló Inglaterra. Fue entonces que mi abuelo hizo un viaje a esta tierra y se quedó fascinado con Nueva Inglaterra. Sabía que mientras viviera Cromwell sería perseguido y vino aquí, conoció a una dama francesa y se enamoró. Un mes después la desposó y nueve meses exactos nació mi padre. Había una comunidad de católicos muy importantes y construyeron una iglesia, pero estos puritanos crecían y se reproducían como conejos. Desconfiaban de nosotros y querían ser dueños de las tierras y trabajar sólo para su propio beneficio. Querían extinguir los privilegios y por supuesto, destruir nuestra Iglesia y expulsar a los católicos de estas tierras. Porque nos odian, siempre nos han odiado. Pero no podrán

extinguirnos, hemos soportado persecuciones desde tiempos inmemoriales. Estamos aquí para perdurar y, además, nos necesitan. Necesitan nuestros cementerios e Iglesias porque sólo en lugares sagrados estarán a salvo de los demonios que caminan por este mundo.

Amber bebió un sorbo de vino y parpadeó.

—Pensé que usted no creía en demonios señor Wallace, ni en espectros—opinó.

Él la miró con fijeza.

—Los fantasmas no me asustan señorita Green, pero las brujas y demonios son otro cantar, llegan cuando los llaman y son algo difíciles de espantar. Lamento informarle que esta no es la tierra prometida que le han dicho ni hay tanta paz y calma como debiera. Pero no hablemos de esos asuntos ahora, necesita descansar, ha hecho un largo viaje—le respondió evasivo mientras bebía una copa de vino tinto.

Ella lo miró inquieta, su mirada tan intensa la ponía tensa, deseaba evitarla pues cada vez que la miraba sentía que la embrujaba, la dominaba y vencía un poco más. Sabía que debía evitarlo, que debía escapar de esa casa cuanto antes, pero...

Se levantó confundida y se disculpó. Sí, quería salir cuanto antes de ese comedor y descansar, recuperar fuerzas pues había sido un día muy largo.

Al día siguiente nevó y Amber pilló un resfriado que la obligó a pasar más de tres días en la cama.

Una doncella iba a verla varias veces al día, se llamaba Molly y era muy atenta.

—Se pondrá bien señorita Green, sólo debe permanecer en cama al abrigo. Y beber este potaje. El señor me ha preguntado cómo está—dijo una mañana luego de entregarle una bandeja de plata con los alimentos, la sola y un té caliente.

La joven le agradeció todo a la doncella pensando que tenía la sensación de estar de nuevo en Nottingham y tener doncellas, criados, caballos y una hermosa pradera para recorrer los días de sol. Pero ese no era su hogar y tenía la sensación de estar abusando de la hospitalidad.

—Estoy mejor, Molly, gracias.

La criada le recordó a un gato curioso con esos ojos brillantes y oscuros y la forma de deslizarse casi sin hacer ruido.

—Pero debe cuidarse señorita—insistió.

—Molly, ¿dónde está mi vestido y mi gorra?

Esa pregunta la puso nerviosa.

—No lo sé, preguntaré a la fregona—dijo evasiva y se marchó.

Amber pensó que mentía, no sabía por qué, pero ella intuía cuando alguien lo hacía y tuvo la certeza de que esa joven sí sabía dónde estaba su ropa. ¿Acaso la habían tirado? Rayos, no se sentía cómoda llevando esos vestidos tan lujosos de terciopelo.

Días después hubo visitas inesperadas en Winston house. Amber se despertó al oír ruidos como si un montón de caballos llegaran a la vez y hubieran irrumpido en las salas. Era absurdo por supuesto, pero como estaba medio dormida no podía entender demasiado lo que estaba pasando.

Así que saltó de la cama y fue a investigar.

Dormía vestida, con una túnica de algodón y franela como lo hacía en la aldea, sólo los varones podían dormir desnudos, pero cuando ella creció su padre obligó a sus hermanos a dormir vestidos también.

No había día que no pensara en ellos, no porque quisiera regresar a la aldea sino porque se preguntaba si aún estarían buscándola. Y en respuesta a sus pensamientos vio a un grupo de puritanos acercarse a caballo hasta la mansión. Nadie pudo detenerles. Aún a la distancia pudo ver que el granjero Williams, su hijo George y el reverendo Thomas encabezaban la procesión. Pero ¿qué hacían en la mansión del caballero Winston? ¿Acaso habían ido a buscarla? La joven tembló, no, no quería regresar, estaba tan cómoda en Winston.

De pronto los perdió de vista, un grupo aguardó en la entrada mientras los mozos se llevaban a los caballos al establo y algunos miembros de la comitiva los ayudaban.

¿Debía ir a investigar o era mejor quedarse encerrada en la habitación? Luego de vacilar pensó que sería mejor vestirse de prisa, hacía tanto frío en esa habitación que tiritó al desnudarse.

Pero esos vestidos eran muy complicados, necesitaría ayuda para ponérselos. Frustrada volvió a ponerse el camisón de gruesa franela y aguardó inquieta en la cama a que una de las criadas fuera a llevarle el desayuno y pudiera ayudarla a vestirse. Qué molesto era depender de la servidumbre para estar aseada y presentable, ella siempre se había vestido sola desde que fue mayor y ahora...

Miró la campana sujeta a un cordel desde lo alto de su cama y estuvo tentada a jalar de ella para que Molly apareciera rápido pero no estaba muy de acuerdo en llamar a los sirvientes de esa manera, como si fueran ganado o algo así, le parecía ciertamente humillante a pesar de que su anfitrión le había dicho que podía llamar siempre que lo deseara.

Y mientras se preguntaba si era correcto o no hacer sonar las campanillas, unos pasos le provocaron otro sobresalto esa mañana, pues la puerta por un instante pensó que era la niña fantasma pero no, era la doncella Molly llevándole el desayuno en una bandeja de plata.

—Buenos días, señorita Green—dijo mientras depositaba la bandeja en la mesa—Se ha levantado temprano hoy.

Sonrió aliviada al verla.

—Al fin habéis venido Molly, os necesitaba tanto. Es que no puedo vestirme sola—se quejó la puritana.

Los ojos oscuros de la mucama se agrandaron de repente.

—Pero señorita Amber, debió jalar del cordel que está junto a la cabecera de su cama, habría venido antes. Es que pensé que todavía dormía—le respondió.

—No quise hacerlo.

—Debe acostumbrarse señorita, esta casa es muy grande y siempre hay mucho que hacer. El ama de llaves no nos permite estar ociosas.

—Sí, lo imagino.

La señora Adams debía ser una perfecta harpía pensó Amber, pero no dijo palabra al respecto, no habría sido cortés.

—Aquí le traigo el desayuno, señorita Green.

—Luego, ahora ayúdame a vestirme—le pidió ella.

—¿Y cuál vestido llevará hoy, señorita?

El baúl contenía más de seis vestidos y la joven se acercó y escogió uno azul con cuello blanco de encaje, era el más discreto y recatado. Había otros que eran francamente indecentes y ella evitaba usarlos. De haber sido más delgada ese corsé no le habría quedado mal pero como era una joven levemente rolliza debía esconder todo lo posible su delantera y no mostrarla. Algo que también la escandalizaba era llevar los brazos desnudos. Siempre se los cubría con el mismo chal o capa de terciopelo para ese fin.

Qué extraña se veía vestida como una dama adinerada y algo frívola, imaginaba que en Boston debía ser habitual vestirse así, pero en esa aldea no lo era. ¿Qué diría su padre si la viera con esa ropa?

De pronto pensó en los visitantes de ese día y le preguntó por qué habían ido.

—No, no lo ajustes tanto—agregó refiriéndose al corsé.

—Está bien, disculpe señorita...

—Los aldeanos, los vi desde la ventana—insistió Amber.

La joven doncella se mostró sorprendida.

—Suelen venir a veces señorita, es natural. Deben pedir permiso para cazar en tierras del señor Wallace.

—¿Y es necesario que vengan tantos para eso?

—No... Es que hoy han venido porque la están buscando, señorita Green. Su padre está muy afligido y eso es lo que pude oír.

Amber se ruborizó intensamente al oír eso, pero estaba asustada.

—¿Entonces me llevarán de regreso a la aldea? —preguntó con un hilo de voz.

Molly cubrió sus brazos desnudos con la capa de terciopelo azul como le pidió.

—No lo creo, el señor ha dicho que no sabe nada de la joven inglesa que huyó de su casa —le respondió Molly haciéndole un guiño a través del espejo.

—¿Entonces él les ha dicho que no estoy aquí?

La doncella sonrió con picardía.

—El señor no desea que usted se marche señorita, desea ayudarla, imagino que por algo huyó de esa aldea dónde todos se creen santos, pero ninguno lo es en realidad.

—¿Tú vivías en la aldea, Molly?

La joven lo negó.

—Mis padres eran de Boston, pero vinieron aquí pues les prometieron unas tierras, se hartaron la miseria y buscaron trabajo en la mansión, aquí nací yo y mis tres hermanos. Nunca nos ha faltado nada señorita, ni ropa, ni calzado nuevo, ni un delicioso plato de ensopado y carne. Pero esa aldea con sus tierras yermas, unos pocos tienen mucho y los demás soportan una vida de sacrificio y penuria sólo para estar con los elegidos y luego de muertos poder ir al cielo. Eso es lo que piensan... Y los pequeños mueren de fiebre, las mujeres envejecen pariendo hijos porque sus maridos no pueden dejar de hacerlos. Puritanos sí... oh puritanos de nombre nada más.

Amber iba a protestar porque todavía se sentía una de ellos, pero luego se dijo que la criada tenía razón. Ella también había visto la pobreza, las carencias de esos aldeanos que a pesar de las penurias seguían al reverendo Thomas y agradecían cada trozo de pan que llevaban a la boca y se aferraban al trabajo, a la tierra yerma cuya cosecha era escasa pues el hielo del invierno lo quemaba todo. Su padre siempre decía que el señor los había enviado a esa tierra para salvarlos del pecado y la maldad que reinaba en Inglaterra. Pues no estaba muy segura de eso. Nunca había podido olvidar su alegre y tranquila infancia en Nothingham house.

—No se preocupe señorita, el señor Wallace no permitirá que la lleven de regreso a la aldea—insistió Molly—Ahora desayune por favor, se enfrían los huevos y el pan.

Amber obedeció pues estaba hambrienta, preguntándose si era correcto quedarse más tiempo en la mansión del caballero Winston. A su esposa no le agradaría, estaba segura de ello y además... Necesitaba alejarse de la aldea para siempre y conseguir una colocación en Boston.

—Molly, aguarda—dijo de pronto al ver que la doncella se retiraba diciendo que regresaría luego por la bandeja.

La joven criada se detuvo y la miró.

—¿Dónde está la esposa del señor Wallace? ¿Por qué nunca almuerza con nosotros?
¿Acaso está enferma?

Molly se puso pálida y muy seria, como si no quisiera hablar de eso, pero de pronto dijo de forma atropellada:

—El señor Wallace no tiene esposa señorita, hace más de un año que enviudó. Su esposa murió al dar a luz un niño débil que murió tres días después. Nunca tuvo mucha salud ni tampoco ...—se interrumpió pensando que estaba hablando de más y no era correcto.

—Oh, lo siento, es que no sabía nada de eso, Molly.

—Bueno, no importa, fue una tragedia, pero, ya pasó. Es que en la aldea creen que el caballero Winston tiene esposa, muchos aseguran haberla visto en los jardines o asomada en una de las ventanas dónde siempre estaba contemplando el bosque. Es triste morir tan joven y ella... amaba mucho al caballero. Lo adoraba y a pesar de que su doctor dijo que no debía casarse porque no tenía salud ella... se enamoró tanto del señor Wallace que se casó y luego de quedar embarazada a los tres meses de su boda comenzó a sentirse mal. No le sentaba el embarazo, sufría muchos mareos y se lo pasó enferma. No tenía salud la pobre. En cambio, usted es una auténtica puritana señorita, de caderas anchas, y hermosa, fuerte como un caballo. Estoy segura de que le dará muchos hijos al señor Wallace.

—Molly, él no me ha pedido matrimonio, ¿qué dices?

La doncella sonrió.

—Oh, temo que he hablado demasiado. Por favor no diga nada de lo que acabo de decirle ni al caballero ni a ella o me despedirás—suplicó la doncella.

Ella era la feroz ama de llaves.

Amber se puso colorada como un tomate. ¿Así que ella era la típica puritana: bella y fuerte como un caballo capaz de engendrar herederos para mi lord Winston? ¿Eso pensaban de ella los sirvientes? ¿O acaso era él quién estaba buscando una esposa robusta y saludable?

A media tarde su anfitrión dijo que quería hablar con ella en privado. Durante el almuerzo lo había notado silencioso y distante y la joven puritana se preguntó si la visita de los aldeanos lo había perturbado. Al menos no lo mencionó en ningún momento y la conversación fue acaparada por esa dama pelirroja que no dejaba de mirarle. Alegre y sofisticada, Henriette Van Ryn debía ser mucho más apropiada para ser la señora de esa mansión, hablaba francés y era ávida lectora, conocía asuntos de política y jamás se quedaba callada. Sus ojos oscuros miraban a su señoría con creciente interés y él era muy amable con su invitada.

Mientras que ella quedaba casi de lado. Se preguntó si el caballero no se casaría con esa guapa pelirroja que además para colmo también era católica.

Pero esa entrevista a la hora en que sus huéspedes se encontraban descansando la sorprendió. Molly llegó de repente, golpeó su puerta y le comunicó los deseos de su señor de hablarle en privado.

Se encontraba leyendo un libro de fábulas y cuentos fantásticos cuando apareció la doncella y de inmediato saltó de la cama y fue a mirarse en el espejo. Llevaba el cabello levemente ondeado peinado hacia arriba, sujeto con horquillas y cintas pues era muy cómodo, pero echaba de menos su gorra blanca de puritana que lo mantenía sujeto y armado. Su señoría no había permitido que el suyo fuera sustituido, así que debía sujetarlo como podía, en ocasiones con un gorro con cintas que había encontrado en el baúl.

Todo estaba en su sitio excepto los bucles que llegaban a su mentón que siempre escapaban de las cintas por una razón incomprensible.

—Está usted muy hermosa señorita Amber. No se inquiete. El peinado está perfecto— dijo Molly.

La puritana se volvió sonrojada, vaya, era la primera vez que alguien la llamaba así. Y mirando a la doncella a través del espejo le preguntó:

—¿Por qué quiere verme su señoría, Molly?

—No lo sé, pero debe ser algo serio, rara vez cita a alguien en la biblioteca. Aunque él

suele pasar muchas horas cuando desea leer algún libro—le respondió.

La joven puritana siguió a la doncella sin decir nada más. A veces hablaba demasiado con esa joven, pero no podía evitarlo, ella le contaba cosas, tenían la misma edad y además no se sentía una extraña en la mansión cuando lo hacía.

Al entrar en la biblioteca la encontró desierta, estantes y estantes de libros apilados por tamaño y color, hasta que de pronto sintió su voz.

—Señorita Green.

Estaba algo lejos, sentado frente a una mesa oscura de madera y la miraba con fijeza. Sus ojos castaños brillaban al verla a pesar de que en ocasiones sus miradas le provocaban incomodidad.

—Acérquese por favor, tome asiento—dijo y la ayudó con la silla.

Cuando se hubo sentado él habló de la visita de esa mañana.

—Me he llevado una sorpresa. Su familia la está buscando señorita Green, temo que sufren porque creen que la bruja la tiene en su poder y tal vez la ha matado.

—¿De veras?

—Al parecer se han tejido toda clase de historias fantásticas sobre su desaparición.

—Pero eso no es verdad.

—No, no lo es, afortunadamente... sin embargo he decidido guardar silencio.

Esas palabras la intrigaron.

—Es decir... no les he dicho que se aloja usted aquí señorita Green. Será decisión suya si desea regresar a su casa o permanecer aquí como mi invitada.

Nerviosa, la joven movió sus manos y permaneció con la mirada baja cuando dijo que no quería regresar a su casa.

—Es que no estoy diciéndole que lo haga, señorita Green. Por favor, no piense eso. Respetaré su decisión. ¿Puedo preguntarle por qué huyó?

Ella lo miró con expresión desesperada, ¿qué pensaría ese caballero de que su propio padre la llamara bastarda?

—Mi padre perdió el juicio señor Wallace, hace tiempo que él cambió y no soporté que me insultara y me dijera cosas tan horribles. Por eso me fui.

—Comprendo... no se inquiete por favor. Sé que debió ser muy duro para usted. Sólo le pido que nunca más haga eso señorita, ese bosque no es seguro. Hay lobos y fieras salvajes que pudieron matarla.

—Lo sé señor Wallace, es que estaba desesperada. Pero si me ayuda a llegar a Boston, no volveré a molestarle.

—¿A Boston? ¿Y qué haría allí, señorita Green?

—Podría trabajar en una casa, sé cocinar, zurcir, si me diera una recomendación...

—Está bien, luego haremos ese viaje señorita ahora le pido que se quede unos días y permanezca en la casa. No quiero que esos aldeanos la encuentren aquí. Uno de ellos ha dicho que usted es su prometida.

Amber palideció.

—Eso no es verdad, señor Wallace.

—Sí, lo imaginaba. Descuide. Seguirán buscándola y luego pensarán que fue la niña fantasma quién la hizo desaparecer.

— ¿Entonces ha oído hablar de ese espectro?

—Sí, de la niña fantasma y de la bruja. Ignoro si hay conexión entre ambas leyendas, lo extraño es que siempre es una mujer la malvada que asola el bosque, me pregunto si no será una fantasía de esos puritanos tan obsesionados con las damas casaderas de la aldea. De todas formas, esa bruja siempre estuvo aquí, mi abuelo la mencionó una vez.

La joven no pudo entender lo que decía.

—Señor Wallace, no quisiera causarle molestias ni tampoco que mi padre descubra que estoy aquí y luego se enfade con usted—dijo entonces.

El caballero negó eso con un ademán enérgico.

—No piense eso por favor, no es ninguna molestia. Si desea dejar esta aldea estaré muy complacido en ayudarla.

—Gracias, señor Wallace.

—Un placer ayudarla. Recuerde lo que le dije. Debe quedarse unos días aquí para que nadie la vea. Además, el frío se hará intenso en las próximas horas, temen que tal vez comience a caer nieve.

—Así lo haré, señor Wallace.

Siguieron días grises de frío intenso, tanto que una mañana nevó, cumpliéndose las predicciones de su anfitrión. Amber tuvo la sensación de que la casa entera parecía congelarse a pesar de los denodados esfuerzos de los sirvientes por mantener encendidas todas las estufas de la mansión.

En vano los invitados procuraban matar el tiempo conversando durante las horas de reunión, pues el frío los obligaba a cenar en sus habitaciones. Uno de ellos comenzó a estornudar un día y luego otro se contagió y una noche la joven se encontró sola cenando con su anfitrión. Henriette no estaba presente y eso fue lo mejor de todo, la coqueta dama había tenido que regresar a Boston ese día pues al parecer una prima le había escrito una carta y quería verla con urgencia.

Amber se vio en el espejo del salón principal antes de acercarse a la mesa y no pudo evitar sentirse disgustada. No era ella misma, se veía como un perifollo adornado, ese vestido, el peinado y el gran crucifijo que llevaba en su pecho... si sus familiares la vieran en esos momentos jamás la perdonarían. Estaba prohibido adorar imágenes y en su cuarto había varias y ella misma portaba una cruz de oro y también la medalla de la virgen porque ese había sido el obsequio de su anfitrión además de los vestidos caros y lujosos que la obligaba a lucir día tras día, como si estuviera obligada a vestirse como una dama mientras fuera su invitada.

La joven puritana tembló al sentir su mirada tan intensa y de pronto se preguntó si sería verdad que el caballero buscaba una esposa.

—Señorita Green, acérquese por favor—dijo él sin dejar de mirarla.

Ella avanzó despacio y bajó la mirada.

—Buenas noches, señor Wallace—murmuró.

Se sentó a su diestra como de costumbre y él se disculpó por la ausencia notoria de sus huéspedes.

—Dos de ellos han caído—dijo bromeando—y el tercero acaba de escapar de la mansión esta mañana.

Los sirvientes llegaron poco después y sirvieron la comida en silencio y también un vino ambarino que el caballero dijo era francés.

Estar a solas creaba cierta intimidad y el vino hizo que la joven se volviera más locuaz de lo que hubiera deseado.

—Señor Wallace—dijo de pronto—ha sido muy amable al recibirme en su casa estos días, pero quisiera que... Mis ropas señor, mi vestido y mi gorra. No me siento cómoda con este atuendo, siento que no es para mí.

Él la miró indulgente, con una expresión muy serena, casi divertida.

—Le compraré vestidos cuando viajemos a Boston señorita Green, lo prometo—fue la inesperada respuesta.

La joven lo miró sorprendida.

—¿Entonces, me llevará a Boston? —repitió.

Él asintió despacio.

—En unos días me temo, ahora los caminos se volverán intransitables. Deberá tener paciencia y esperar aquí. Le agrada Boston, estoy seguro. Allí podrá escoger ropa más de su agrado, pero le pido que no escoja vestidos puritanos. Realmente no hacen justicia a su belleza y juventud señorita.

Amber se sonrojó al sentir la intensidad de su mirada.

—Pero es que soy una puritana señor Wallace, así fui educada desde niña.

—Bueno, entonces dejará de serlo mientras sea mi huésped señorita. Temo que ha sido criada con creencias heréticas y equivocadas.

Ella lo miró consternada.

—¿Por qué dice eso, señor Wallace? Una vida sencilla exenta de lujos y dedicada al trabajo, ¿acaso cree que eso sea muy malo?

—No, eso no me disgusta. Aprecio la honradez y el trabajo, son valores fundamentales aquí, no es eso a lo que me refería cuando llamé herejes a sus amigos puritanos. Es que verá, ellos niegan a Jesús y a su madre la virgen, entre otras cosas, no creen en los santos ni tampoco creen en los sacramentos de confesión ni en el perdón, los muy dementes creen que son los elegidos. El pueblo elegido que se salvará del infierno e irá directo al cielo. Porque Dios los ha elegido mucho antes de nacer. Ocurrencias no exentas de cierta arrogancia. ¿Son realmente tan perfectos los aldeanos puritanos? ¿Será que nunca son tentados por las tentaciones mundanas y carnales? Me niego a creer eso y por supuesto que no comparto sus absurdas creencias de que uno nace predestinado a salvarse o es condenado al infierno y no hay nada que pueda hacer para cambiar eso.

La joven no supo qué decirle al respecto.

—Los católicos creemos que todo ser humano tiene derecho a vivir libremente, a escoger el camino del bien o del mal, y que todos, todos nosotros podemos ser perdonados si nos arrepentimos de nuestros pecados. Porque Jesús dijo que llegará antes al cielo un pecador arrepentido que un justo.

—¿Un justo? ¿Qué es un justo señor Wallace?

—Es un término empleado en las enseñanzas bíblicas, pero claro, vosotros sólo leéis el antiguo testamento, no el nuevo. Justo significa una persona que nunca comete ningún pecado y que por ello cree agradar a Dios.

El caballero le dio una pequeña plática sobre vida y milagros de Jesús y Amber lo escuchó muy interesada. Nunca antes había oído esa historia y le pareció fascinante.

—Qué extraño, mi padre nunca me habló de Jesús—declaró la joven.

El caballero sonrió encantado de instruirla en la fe verdadera.

—Tampoco debes saber cómo surgieron los puritanos ni otras sectas protestantes, supongo.

La joven puritana negó con un gesto.

—Por supuesto, ellos creen ser los dueños de la verdad y ser la fe verdadera. Os sorprendería oír que muchos ministros y reverendos afirman que su religión es la única, la auténtica. Pero todas nacieron del Cisma, de la protesta por ciertas libertades que entonces tenían algunos prelados...

La historia era fascinante.

—¿Y cómo supo usted todo eso, señor Wallace?

—Bueno, es que me eduqué en Londres señorita Winston, como mi padre y mi abuelo. Luego viajé por Europa y regresé aquí, con un título en leyes del que nunca hice uso. Mi familia siempre ha estado del lado de la corona, pero en cuanto a religión siempre hemos sido católicos. Viví muchos años en Boston, tengo allí algunas propiedades, pero me agrada más el campo, la vida social de la ciudad puede llegar a ser agobiante a veces.

—¿Y sus parientes y amigos, viven en Boston? —le preguntó Amber.

Él asintió.

Comieron en silencio y de pronto la joven mencionó que le gustaría regresar a su país un día.

—¿Regresar a Inglaterra ahora? Pues no creo que sea prudente. He oído que ha regresado la peor plaga de la historia. Al menos aquí nos hemos mantenido alejados de la peste. Además, hay mucha inestabilidad, guerras, disputas.

La jovencita lo miró asustada.

—¿Qué edad tiene señorita Green?

—Dieciocho, señor Wallace.

—Es muy joven. Tengo casi diez años más que usted señorita. Y cuando la lleve a Boston creo que deberé buscarme una esposa, una joven educada y católica que sea dulce y compañera.

Esas palabras la hicieron sonrojar pues la había mirado con tanta intensidad.

—Espero encontrar trabajo en Boston, señor Wallace—respondió la joven visiblemente incómoda.

—Luego hablaremos sobre eso, ahora termine su plato por favor, no quiero que enferme como mis otros invitados.

Volvía a tomar distancia. A ser un anfitrión amable y respetuoso y ella agradecía que fuera así, pero en esos momentos se sintió apartada, ignorada. ¿Así que planeaba ir a Boston a buscarse una esposa? Demonios, ella podía ser su esposa. Si lograba soportar esos interminables ritos católicos y...

Rayos, ¿en qué estaba pensando? Necesitaba una colocación en la ciudad. Él nunca se casaría con una puritana de la aldea, necesitaba una dama que fuera fina y educada como él, perteneciente a una familia importante de Boston. Las bodas de esos caballeros eran siempre concertadas de antemano.

Amber vio el líquido oscuro y pensó que había bebido demasiado.

Sin saber por qué esa cena a la luz de las velas del candelabro le pareció la más triste de todas. ¿No habría sido mejor regresar a su casa y olvidar esa locura de irse a Boston? ¿Qué le esperaba en una ciudad extraña donde no conocía a nadie? ¿Terminaría convertida en la amante de un caballero adinerado criando sus bastardos en la cocina de alguna mansión oscura como había insinuado su padre una vez? Charles Green solía decir que esos caballeros sólo se divertían con las puritanas, saciaban su lujuria y luego le llenaban el vientre de bastardos.

Sin darse cuenta se sintió deprimida y dejó el delicioso plato de patatas y pollo en una salsa cremosa sin terminar y mirando al caballero le dijo:

—Discúlpeme señor Wallace, pero estoy algo cansada y... quisiera retirarme si me da permiso.

Él sostuvo su mirada sin responderle, hasta que dijo con cierto desgano:

—Por supuesto, vaya a descansar señorita inglesa, mañana comenzaremos las lecciones temprano.

—¿Lecciones? —repitió la joven perpleja.

—Sí... Creo que debo instruirla en la verdadera fe. Le agradecerá conocer vida y milagros de nuestro señor Jesucristo. Hoy la vi muy interesada en saber. Pronto tendremos un nuevo

capellán y podrá dar misa en la pequeña capilla de la mansión.

La jovencita recordó algo que había dicho su doncella el día anterior: al parecer el caballero tenía la costumbre de convertir a la “verdadera fe” a todos sus criados en la mansión. ¿Querría hacerlo mismo con ella?

Asintió en silencio, ¿qué otra cosa podía hacer? Pero cuando abandonaba el comedor escoltada por una criada tuvo la sensación de que su padre la observaba desde un rincón con gesto torvo como si desaprobaba su vestido y a ese hombre en particular. Él nunca había sentido simpatía por Patrick Winston. Sin embargo, comprendió que no era su padre sino una sombra que se deslizó con rapidez hacia el ala sur. Una figura espectral... ¿Molly? No, no podía ser Molly, su doncella... no estaba en ninguna parte. ¿Por qué estaría allí espiándola?

Sombras

El caballero cumplió su promesa y días después mataba el tiempo aprendiendo salmos y leyendo la historia de Jesús novelada. No podía creer lo que estaba haciendo, pero sabía la razón. Estaba angustiada, día tras día se decía que lo intentaría y allí estaba disfrazada de señorita rica portando una cruz y aprendiendo a rezar como los papistas. Si su padre la viera intentaría matarla y no se detendría hasta conseguirlo...

Sin embargo, eso no era lo que más la preocupaba en esos momentos, era su debilidad de quedarse y la forma en que obedecía a ese caballero sabiendo que debía ignorarle y escapar.

—Señorita Amber, le he traído el desayuno.

La voz de la criada Molly la asustó.

El día comenzaba y ella todavía no se había levantado. No tenía fuerzas, su cabeza era un torbellino de cosas que postergaba una y otra vez.

Comía sin entusiasmo un trozo de pan cuando de pronto notó que la doncella la observaba con cierta ansiedad como si quisiera decirle algo. Sus ojos se veían más saltones que de costumbre.

—¿Qué sucede, Molly? —se vio obligada a preguntarle mientras untaba un panecillo con mermelada de frutas.

La doncella parecía muy nerviosa, no dejaba de retorcerse las manos.

—Es que el señor me ha pedido que le avise que hoy debe asistir a misa, señorita Green.

—¿A misa? —repitió incrédula.

—Sí, es que acaba de llegar de Boston el padre Andrew y dijo que hoy dará misa.

—Pues yo no iré a misa, soy una puritana—declaró la joven—no soy católica para cumplir esos rituales tan extraños.

La doncella la miró asustada.

—No diga eso señorita, olvide que es puritana. Al señor no le agrada.

—¿Y por qué habría de olvidarlo? Es lo que soy y todos lo saben.

—Pero el señor Wallace detesta a los puritanos y nosotros... sabe que debimos convertirnos para servirle porque él no habría tolerado puritanos trabajando en su mansión—respondió la doncella nerviosa.

Sí, ya lo sabía. La doncella se lo había confesado en otra ocasión.

Amber saltó de la cama con pereza. No quería usar esa ropa ni tampoco convertirse en una papista. No entendía nada del credo ni de los misterios del rosario, los rezos eran tan complicados que le costaba mucho entenderlos y más aún memorizarlos.

—Por favor venga conmigo, si no lo hace el señor se disgustará.

La joven puritana se rindió.

—Una misa no me convertirá en papista—declaró.

La doncella la miró espantada.

Cuando entró en la capilla poco después vio a los invitados del caballero esperando impacientes en el altar sin embargo su anfitrión brillaba por su ausencia hasta que oyó sus pasos entrar en el recinto.

—Señorita Green, gracias por venir a la casa de Dios—le dijo en son de saludo mientras tomaba su mano con un gesto casi rapaz.

—Venga conmigo, todos la esperan—agregó.

—¿Me esperan? —Amber lo miró aturdida.

Él sonrió de forma extraña.

—Sí... Hoy será bautizada en la nueva fe. Es el primer paso.

¿Bautizada? ¿De qué hablaba ese hombre?

Allí estaba el joven prelado aguardando con gesto ceñudo, debía ser el padre Andrew y tenía cara de pocos amigos que dio un discurso en latín antes de mojarla con la pira bautismal cerca de allí.

Mojó su cabeza e hizo la señal de la cruz varias veces y antes de que pudiera abrir la boca para protestar ya la habían bautizado.

Luego los presentes la besaron y felicitaron provocándole aún más confusión.

—Listo, ya es una de nosotros, ha entrado en la verdadera fe y desde el día de hoy abandonará sus creencias heréticas señorita Green—dijo su anfitrión y la obligó a presenciar la misa. No, no escaparía tan rápido.

Ella se quedó dónde estaba, con la cabeza levemente húmeda por el agua del bautismo incapaz de hacer nada, aunque sintiera ganas de salir corriendo. Había sido todo tan rápido, tan precipitado. Ni siquiera le preguntó si quería ser bautizada.

Cuando todo terminó sintió deseos de correr, no creía en esa fe ni sería nunca una católica.

—Lo hizo muy bien señorita Green, ahora es una de nosotros—dijo el señor Wallace imperturbable mientras la miraba con fijeza.

Furiosa por tener que guardar silencio murmuró que ella nunca sería una católica, lo hizo en el momento en que abandonaban el sagrado recinto.

Pero sus palabras no fueron tomadas en serio por su anfitrión.

—Señor Wallace necesito hablar con usted en privado, por favor—le pidió entonces.

Sus ojos miraron sus labios, algo que hacía con cierta frecuencia.

—Por supuesto, acompáñeme.

Amber lo siguió sin saber a dónde la llevaba, pero entonces ocurrió algo inesperado, un sirviente con librea entró en el comedor y le habló al oído. Esa también era una costumbre que tenían sus criados, como si quisieran dar noticias que no podían ser oídas por nadie.

—Señorita, temo que debo atender unas visitas indeseadas. Por favor, regrese a su habitación y quédese al lado de la estufa, luego me reuniré con usted, en cuanto pueda—dijo su anfitrión visiblemente incómodo.

¿Visitas indeseadas? ¿Por eso la obligaba a esconderse?

Abandonaba la sala molesta cuando oyó las voces airadas de su hermano Louis.

—Deje de mentir señor Wallace, todos saben que usted mantiene cautiva a mi hermana. No permitiré que le haga daño y le juro que llamaré a las autoridades, diré lo que hizo.

Louis. Su hermano. Había ido a buscarla y al parecer no era la primera vez que lo hacía y

él negaba que ella estuviera en su casa. Amber aguzó el oído agitada.

Entonces oyó la voz de Winston muy calma.

—Cálmese señor Green, ¿podemos hablar en privado un momento?

Al parecer Louis aceptó pues lo siguiente que escuchó fue una puerta que se cerraba con estrépito.

Debió correr a su lado, pero de pronto sintió vergüenza de que supiera que había estado días en esa casa llevando vestidos lujosos y que acababa de ser bautizada. No la reconocería, ni ella podía reconocer a la joven puritana asustada que había sido rescatada esa noche del bosque. Sintió miedo, vergüenza y además no podía regresar.

Cuando entró en su habitación tiritó y se acercó a la estufa para extender sus manos.

En su casa no solía haber espejos sólo uno que ella mantenía escondido bajo su cama, pero en la mansión los había en abundancia y en esa habitación era oval e inmenso. El espejo le dijo que era una tonta, que debía acudir a su hermano y pedirle ayuda, ¿acaso no había ido a buscarla? Estaban preocupados y sabían que era huésped de ese caballero de pésima reputación.

Pero si la veía vestida así, si notaba ese cambio acusado pensaría lo peor.

Un golpe en la puerta la despertó de sus tristes reflexiones.

Era Lisa, la doncella que la ayudaba a peinarse y a vestirse, un lujo tan raro... en esa casa había tantos sirvientes que ninguno pasaba muchos trabajos y Lisa tenía las manos más cuidadas que ella.

—Señorita Amber, el señor envía buscarla, quiere verla ahora en su biblioteca.

La biblioteca era su santuario. Cuando se encerraba allí algo muy malo pasaba.

Siguió a la doncella temblando y vio al ama de llaves que la observó con esa expresión avinagrada de labios apretados. Esa mujer la odiaba, pero no sabía por qué.

Cuando entró en la biblioteca vio a su hermano y retrocedió asustada pues su mirada lo decía todo.

—Amber, ¿eres tú? —preguntó y observó su vestido costoso, el cabello peinado hacia arriba y la cruz que pendía de su pecho.

—¿Qué te ha hecho este hombre? —preguntó horrorizado.

—Señorita Green por favor acérquese, tome asiento. Tengo que hablar con usted.

Ella obedeció temblando, deseando correr más que quedarse.

—Su hermano ha venido a buscarla, pretende llevarla de regreso a la aldea. Dice que su padre se ha curado de esa enfermedad que lo había aquejado y quiere verla.

Louis lo interrumpió:

—Debo hablar a solas con mi hermana, señor Wallace. Es un asunto privado que no le incumbe.

Patrick se incorporó molesto.

—Me temo que no podrá ser, su hermana pronto será mi esposa señor Green y no guarda secretos para mí y conociendo la demencia que afectó a su padre y que presencié en otras ocasiones temo que eso pueda alterarle a usted—declaró.

Su hermano enrojeció.

—Jamás haría daño a mi hermana señor Wallace, ¿es que ha perdido el juicio? Amber por favor, ven conmigo. Este hombre no va a casarse contigo, te ha embaucado y nuestro padre quiere verte, sabe que fue muy duro y necesita que lo perdones.

Ella lo miró asustada, horrorizada de que dijera el motivo de su huida. Sintió la mirada de Winston y tembló. No sabía qué hacer, todo era tan inesperado.

—Papá me humilló frente a todos, Louis, no puedo volver—dijo en voz baja.

La expresión de su hermano cambió.

—Lo sé, papá perdió la cabeza, sufre de demencia y lo está atendiendo un doctor de Boston. Está muy enfermo, sus días están contados y dijo que lamenta mucho lo que te dijo, perdió la cabeza.

Tuvo un instante de vacilación ¿y si todo había sido una cruel mentira producto de su locura?

—Él no recuerda nada, luego de ese ataque sufrió un desmayo y al despertar no sabía qué había pasado. Preguntó por ti y lloró al saber lo que había hecho. Pero no era verdad, lo que os

dijo ese día, estaba fuera de sus cabales, eres su hija.

—¿Así y por qué inventaría algo tan cruel? ¿Algo tan horrible sobre mi madre? —la voz de Amber se quebró.

—Está enfermo y su enfermedad hace que sufra esas alucinaciones y confunda pasado y presente, historias que no tienen sentido. Pero lo peor ya ha pasado y ha vuelto a ser el que era y quiere verte y pedirte perdón.

La joven miró a su anfitrión, sabía que estaba pendiente de sus palabras, no dejaba de mirarla.

—Señorita Winston, déjenos a solas un momento por favor—dijo entonces sin esperar a que respondiera.

Ella obedeció sin vacilar, no podía regresar a casa y hacer que nada había pasado, ¿cómo enfrentaría a sus vecinos? ¿Y qué pasaría si su padre volvía a sufrir otros de esos ataques de locura? No se fiaba de las palabras de Louis.

—¿Cómo se atreve a darle órdenes a mi hermana? —dijo Louis.

El caballero permaneció impasible mientras le decía:

—La señorita Green es mi huésped y ella acudió a mí ese día en busca de su ayuda. No permitiré que nadie vuelva a lastimarla. Es mi prometida ahora y no permitiré que regrese a la aldea donde su padre perdió el juicio y quiso matarla no sólo a ella sino a todos ustedes.

Amber lo miró espantada, ¿entonces lo sabía todo? ¡Qué horror! ¿Cómo pudo enterarse? No había nadie más que el doctor y unos vecinos ese día.

—Usted no puede casarse con mi hermana, ese matrimonio no sería lícito. ¿Dónde está su esposa señor Wallace y por qué nadie la ha visto en meses?

—Mi esposa murió y está enterrada en el bosque junto a mis ancestros señor Green, puedo llevarlo hasta su tumba para que deje de decir que soy casado. No soy casado, soy viudo y puedo casarme cuando me plazca.

Louis se dio por vencido.

—Un caballero rico y de noble cuna jamás se casaría con una puritana de la aldea, no

pretenda embaucarme.

—Su hermana ya no es una puritana de la aldea, acaba de convertirse a la verdadera fe esta mañana, ¿ve la cruz y el relicario que tiene en su mano? Ahora comparte mi fe, es católica y la estoy instruyendo en nuestros ritos.

La joven se apartó aturdida, no podía creerlo, ¿ese hombre quería casarse con ella y por eso la había bautizado ese día y obligado a leer salmos y aprenderse oraciones?

—No puede ser... ¿qué le ha hecho a mi hermana? Ella jamás cometería esa traición a su familia, es una puritana y no puede aceptar esos ritos paganos, Amber si aceptas esa fe condenarás tu alma al infierno.

—Pues no toleraré que hable así en mi casa joven Green, retírese de inmediato. El alma de mi prometida está a salvo y también su vida, en cambio en su aldea reina la herejía y a la superstición, pero eso se terminará cuando se construya una iglesia. Bendeciremos este lugar pese a quién le pese y no permitiré que esta tierra se convierta en una colonia de herejes.

—¿Herejes? No somos herejes, somos colonos honestos y trabajadores, no vivimos en la opulencia como usted lo hace. Amber por favor, no puedes desposarte con este caballero, ¿lo has oído hablar? ¿Qué pretende señor Wallace? Este es un continente libre, nadie puede ser perseguido por sus creencias.

—Y sin embargo esos puritanos forman una congregación cerrada dónde cualquier cristiano o católico podría ser considerado el enemigo de la comunidad. Hace años quemaron a dos mujeres por brujería y luego escondieron sus cuerpos cuando llegaron las autoridades a investigar. Nadie está a salvo de esos locos fanáticos. El pastor Williams y el reverendo Thomas son personas peligrosas y curiosamente una de las jóvenes quemadas por brujería era la amante del pastor Williams. ¿Sorprendido? Es uno de los líderes de la aldea y planeaba pedir la mano de Amber para su hijo, afortunadamente vuestro padre se opuso.

—Vaya, al parecer estaba muy al tanto de todos nuestros asuntos.

Su anfitrión sonrió.

—Nada ocurre en ese pueblo sin que yo me entere, señor Green—respondió él y mirando

a la joven le ordenó que regresara a su habitación.

Amber obedeció sin oír las palabras de protesta de su hermano que la acusaba por haber abandonado a su familia y a su fe. Fue tan injusto. ¿Qué sabía él lo que había sufrido ese día a la deriva sola en ese horrible bosque y que su padre la llamara bastarda frente a todos?

No, no podía ni imaginarlo.

Permaneció en su habitación hasta que oyó un sonido en la puerta y se acercó. Su anfitrión estaba allí mirándola de esa forma intensa y posesiva como si ella fuera su cautiva, suya...

Pero esquivó su mirada al pensar que él lo sabía. Sabía que su padre la había llamado bastarda y sin embargo...

—¿Entonces todo tenía un propósito señor Wallace? El bautismo, sus lecciones de religión.

Él asintió despacio.

—Es que necesito una esposa, una compañera que comparta mi fe y mis costumbres. Temo que deberé educarla para que pueda desempeñarse en ese papel, porque necesito que se comporte como la señora de esta casa y no como una invitada. ¿Cree que podrá hacerlo?

La joven sintió que le tiraban un cubo de agua fría, helada.

—Señor Wallace... usted habla como si estuviera ofreciéndome un trabajo—se quejó entre molesta y desconcertada.

—Oh, perdone, temo que la he ofendido con mi franqueza. Pero hace tiempo que busco esposa, enviudé hace más de un año y a pesar de que mis parientes me aconsejaron viajar a Boston y cortejar a alguna señorita temo que ya no será necesario. Usted se convertirá en mi esposa, temo que no tiene otra alternativa ahora.

—Se equivoca, podría negarme y buscar una colocación en Boston.

Sus palabras debieron enfadarle, pero no lo demostró, su voz se oyó fría al decir:

—Hágalo si lo desea, pero no se engañe, que cuando entre usted de sirvienta en la mansión de algún caballero estará a merced de los caprichos del señor que la tomará las veces

que desee hasta dejarla preñada y entonces no tendrá un marido que cuide de usted, estará sola señorita Green y temo que no podré ayudarla. Eso es lo que le pasará, no me mire así, una mujer hermosa y joven, sin un hombre que vele por ella será presa fácil del primer sinvergüenza que aparezca. ¿Cree que estoy mintiéndole, señorita Green? Usted huyó de su casa ese día y cuando la encontré un grupo de mozalbetes la había encontrado, ¿no es así? Uno de ellos estaba pegado a usted.

La puritana se sonrojó intensamente.

—Y desde que llegó a esta aldea no ha hecho más que despertar pasiones y enamoramientos violentos.

—Eso no es verdad.

—¿Eso cree, señorita? ¿Y por qué fue ese grupo de imberbes a buscarla al bosque arriesgando su vida para encontrarla? ¿Uno de ellos quería casarse con usted o eran dos? ¿Pero ninguno le hizo daño no es así? ¿No sufrió ningún daño esa noche?

—No... ¿no comprendo por qué me hace esas preguntas?

Él se acercó un poco más sin dejar de mirarla.

—Porque mi esposa debe ser católica y virgen, señorita Green.

Ante semejante declaración Amber abrió sus ojos y lo miró espantada.

—No soy católica, señor Wallace—dijo con un gesto desafiante.

—Pero imagino que sí es virgen—sonrió levemente.

Ella abrió la boca para protestar, ¿cómo se atrevía a poner en duda su honra, acaso la creía una casquivana, una coqueta que tal vez había cometido una imprudencia en el bosque?

—Muy bien—dijo antes de que pudiera protestar—haré los arreglos para nuestra boda.

—No, aguarde... No me ha preguntado qué pienso de todo esto y ni siquiera me ha pedido que sea su esposa, lo ha dado por sentado y también que aceptaré.

—Sí lo hará, usted pertenece a este lugar y me pertenece a mí. Huyó de su casa y se expuso a peligros, pero no le importó pues sabía que no podría regresar.

—Usted sabía que mi padre... ¿cómo lo supo? No estaba presente.

—Tengo mis informantes señorita Green, pero no piense en eso, creo que hizo bien en escapar porque su padre pudo matarla ese día. Sufre una demencia peligrosa, me lo dijo el doctor Sanders cuando lo vi en la aldea ese día. Pero no piense en eso, yo cuidaré de usted, pero deberá abandonar su religión y olvidar que un día fue una puritana de la colonia.

—Pero no me conoce ni yo a usted señor Wallace y todo esto me parece tan precipitado. ¿Cómo puede estar seguro de que seré la esposa que necesita?

—Lo supe el primer día que la vi en ese lago señorita Green. Pero estaba casado y no podía pedir su mano.

Amber lo miró confundida. Estaba atrapada y lo sabía, ese hombre la asustaba y fascinaba y no podía creer que le hubiera pedido matrimonio, que realmente quisiera casarse con una joven puritana de la aldea.

No podía negarse, por más que la asustara parecía una respuesta a sus plegarias, no tenía hogar y la posibilidad de viajar a Boston y conseguir un trabajo le parecía una locura. No conocía a nadie, ¿a dónde acudiría?

—¿Y bien, señorita Green? ¿Puedo preguntarle si acepta ser mi esposa? —preguntó Winston.

Ella parpadeó inquieta y dijo que sí emocionada, que aceptaba ser su esposa. Se rindió sin vacilación como si estuviera segura de lo que hacía y su rendición le arrancó una sonrisa a su prometido quién de forma inesperada la tomó entre sus brazos y la besó. Un beso ardiente de amantes que la dejó tiesa, sin habla.

—No...—dijo entonces como si temiera que ese día pudiera llegar más lejos.

—Calma señorita, sólo es un beso, luego no tendrá excusas para negarse a mí...—dijo.

Esas palabras dichas casi al oído le provocaron un cosquilleo desconocido, algo celosamente reprimido en su cuerpo y en su corazón durante mucho tiempo y se alejó espantada, confundida y él parecía decidido a alejarse, a dejarla en paz, pero algo lo hizo cambiar de idea y de pronto regresó y la besó apasionado y a la fuerza sin importar su resistencia, disfrutando de ese momento de intimidad inesperada.

Luego se marchó dejándola mareada y excitada, con el corazón palpitando.

La había besado dos veces, pero la última había introducido su lengua en su boca de una forma atrevida y sensual, intentó apartarle de nuevo y ese forcejeo la dejó excitada pues su boca y su lengua estaban cautivas y comprendió por qué lo hacía. Su lengua estaba saboreándola, su lengua la provocaba y su sabor era suave, su tacto húmedo, despertando en ella sensaciones extrañas y excitantes.

¿A quién engañaba? Hacía tiempo que ese caballero la buscaba y todavía no podía creer que le hubiera pedido matrimonio y que fuera a convertirse en la señora de esa mansión. Era casi un cuento de hadas esos que tenían final feliz, tía Emma se los contaba cuando era niña porque sabía que le gustaban a pesar de que su padre decía que eran puras tonterías. Pero a ella le gustaban y de pronto tuvo la sensación de que estaba viviendo un cuento de hadas excepto por un detalle: todo parecía precipitado, casi forzado. Su huida y ese encuentro, casi un rapto y ahora, ahora iba a casarse con ese caballero guapo y distinguido que no era más que un perfecto extraño y eso la asustó. ¿Qué locura la había impulsado a aceptar ese trato? ¿Por qué había prometido que se casaría con Winston? No lo conocía, no sabía nada de su religión ni sus costumbres ni tampoco qué había pasado con su anterior esposa.

“Necesito una esposa virgen y católica, una compañera en mis horas más tristes y sombrías en este viejo caserío” le había dicho.

“Una compañera” antes que virgen y católica. Ese había sido el orden de sus palabras, pero luego dijo que había deseado convertirla en su esposa en la pasada primavera meses después de haber llegado a Nueva Inglaterra y eso tal vez fuera lo más romántico de esa historia. Sus miradas, su acecho... y la trampa en la que había caído.

Amber parpadeó inquieta al verle salir en su caballo al galope por la pradera, era tan guapo y seguía sin creer que ese hombre elegante y fino pronto fuera su marido. Era mucho más de lo que se había atrevido soñar un día y lo sabía, pero...

Debía agradecer su suerte en vez de pensar que algo pasaría.

Los días pasaron volando y tuvieron que postergar el viaje a Boston por el mal tiempo, pero Amber no echó en falta no realizar el viaje, anhelaba quedarse y aprender el manejo de la casa para ser una esposa digna del caballero Winston.

Molly y el ama de llaves estaban ayudándola en ello, aunque la joven notó que la señora Adams se las arreglaba muy bien con todo.

Era tan feliz de saber que pronto sería la esposa de Winston que casi contaba los días para que eso pasara.

Una mañana, sin embargo, mientras recorría las habitaciones en busca de Molly para preguntarle por su esposo sintió voces en el ala sur. Qué extraño, el ama de llaves dijo que allí no vivía nadie y que las habitaciones de esa parte de la casa siempre permanecían cerradas. Mientras se acercaba se hizo el silencio. Tal vez debió imaginarlo se dijo y bajó por las escaleras.

Molly apareció poco después como un fantasma, sin hacer ruido, provocándole un gran susto.

—Señorita Green, ¿me buscaba usted? —preguntó.

—Sí, quería saber si ha visto al señor Wallace.

—Salió muy temprano para cobrar los arriendos con su mayordomo y tres mozos.

No le sorprendió, el caballero solía desaparecer durante las mañanas y... miró con ansiedad a su alrededor preguntándose si ella sería la esposa adecuada.

“Sois muy afortunada señorita” le dijo Molly día después mientras recorrían la casa. “Y todos nosotros estamos felices de que el señor escogiera a una joven puritana y no a la señorita Van Ryn. ¿Imagináis lo furiosa que se pondrá cuando se entere?”

—¿Entonces ella esperaba ser la nueva señora de la mansión? —preguntó Amber con cautela.

La doncella sonrió.

—Es una presumida. Hizo planes y se anticipó, pero el amo de Winston no estaba interesado en la señorita Van Ryn.

Amber sonrió. Tenía razón, no estaría muy feliz.

Cuando pensó que el caballero la llevaría a Boston para encontrarle un empleo de repente la tomó entre sus brazos y le pidió que fuera su esposa. Parecía un cuento de hadas.

—Gracias Molly, quiero que todo sea como antes, que me ayudes con los vestidos y también... temo que no seré una buena anfitriona cuando vengan los familiares del señor Wallace para la boda.

—Oh, no se preocupe por eso señorita, todo saldrá bien. Además, no es una familia numerosa, sólo tiene un hermano vivo y primos.

Tres días después comenzaron a llegar a la casa los parientes de Winston con sus carruajes y caballos, ataviados con sus mejores galas para ser testigos de la boda del caballero.

Eran cerca de doce personas, o eso le advirtió la fiel Molly. De repente la mansión solitaria se llenó de risas, voces y colorido.

Ella se mostró tímida y afortunadamente su prometido fue quién se encargó de todo con la ayuda de criados y sirvientes.

Todas las damas, jóvenes o viejas reparaban en Amber con cierta ansiedad. ¿Quién era la joven que había podido atrapar al codiciado caballero Winston?

Oh, era muy hermosa por supuesto. Y católica. Educada y nadie sabía mucho de su familia, pero eso no importaba. El caballero la miraba con adoración. Y ella era tan tímida y encantadora, parecía ansiosa de agradar y ser la anfitriona perfecta pero ciertamente no tenía demasiada idea. Por fortuna su doncella la ayudaba y también el ama de llaves que era el alma de esa mansión pues cuidaba cada detalle.

La puritana tuvo la sensación de que no lo había hecho bien y que en vez de recibir visitas era como si diera un examen para pasar de año en la escuela de Nothingham, algo que sólo sus hermanos conocían pues siempre había recibido educación de una institutriz pues a su padre le desagradaban los internados para señoritas a pesar de que comenzaban a estar de moda. Pero la presencia del ama de llaves y Molly pendientes de que cada invitado encontrara sitio en la mesa, y luego fuera conducido a su habitación fue un gran apoyo. También Winston que

permaneció a su lado y respondió en su nombre preguntas que ni siquiera podía entender pues una de las emperifolladas damas hablaba una mezcla de inglés y francés que sólo él podía entender.

Si ella pensaba que lucía frívola con su vestido azul de terciopelo, que era en exceso lujoso pues era que no había visto a esa dama llamada Sophia Stevenson con un vestido de ajustadísimo corsé color borgoña, labios rojos pintados y pestañas larguísimas (tal vez no eran naturales) cabello muy rubio peinado hacia arriba que terminaba en un nido de rulos grandes y exuberantes demasiados tiesos para ser reales mientras sus pechos parecían a punto de explotar en el escote. Esa era la dama que además hablaba francés y todos parecían entenderla excepto ella.

Sus ojos oscuros miraban a Winston con excesiva frecuencia.

Amber no tardó en comprender que esa señora podría ser muy culta y sofisticada pero que en realidad era una ramera con todas las letras, esas mujeres de las que había oído hablar que estaban en Londres y se dedicaban al comercio carnal, de su propia carne por supuesto. Fornicaban por dinero y hacían de eso un oficio. ¡Libraos de pareceros a una de esas mujeres hija mía, vive siempre casta y temerosa de Dios! Solía decir su padre.

Y como si la dama en cuestión pudiera leer sus pensamientos la miró con cierta frialdad y disgusto, fue un instante, luego sonrió de forma forzada para preguntarle por su familia.

Ella la miró espantada, ¿qué debía decir para explicar su ausencia? Al parecer esa dama quería humillarla en público porque la detestaba tal vez por haberle robado al caballero Winston.

—La familia de mi prometida llegará el día antes de la boda, son puritanos de la aldea, Sophia—le respondió Patrick.

Amber lo miró agradecida. Sabía que nadie iría a su boda, ninguno de sus familiares a pesar de que sabía que el caballero Winston había enviado a un sirviente con la invitación. Louis estaría enojado por esa boda y su padre... no quería pensar en eso en realidad, sentía que su presencia arruinaría la dicha de ese momento tan especial.

—Oh, ¿entonces vas a casarte con una puritana de la colonia, mi querido Patrick? No

puedo entenderlo. Mi querido primo, sois realmente tan extraordinario y tan generoso—respondió Sophia hablando en inglés alto y claro para que todos los presentes la escucharan y entendieran.

Su prometido sentado en la cabecera de la mesa sonrió ante lo que consideró un cumplido.

—La señorita Green es una dama inglesa que llegó hace poco a las colonias, no podría ser considerada una puritana de la aldea—aclaró luego.

—Oh, es inglesa, eso explica sus exquisitos modales—dijo otra mujer.

Todos la miraron con cierta admiración. Al parecer valía más ser llamada inglesa que simplemente una colona. Y eso mismo había sentido cuando llegaron a la aldea, excepto aquellos que la miraban con desconfianza.

Sophia la miró con cierta envidia y la joven se preguntó por qué su prometido la había invitado pues era evidente que la dama estaba celosa y de mal talante. Claro que lo disimuló y durante el almuerzo ella dejó de ser el centro de atención (afortunadamente) y la conversación se centró en las últimas novedades de Europa y también de Boston. Parecían estar muy pendientes de lo que ocurría en Inglaterra y también en las colonias que lentamente comenzaban a intentar independizarse, pero era sólo una idea que su prometido llamó temeraria. “Todavía necesitamos la protección de la corona” dijo en algún momento.

El día de la boda amaneció oscuro y frío. El bendito invierno se negaba a marcharse, duraría hasta lo último.

Molly y sus otras criadas la esperaban con ansiedad.

—Despierte señorita Amber... es el día de su boda. Hay mucho para hacer—le dijeron.

La novia sonrió. No podía creerlo, al fin había llegado. El día que se convertiría en esposa de Patrick, el amo de la mansión Winston.

Salió de la cama temblando porque hacía frío y pensó que sería un día memorable.

La capilla de la mansión aguardaba con todos los parientes de milord. Y con él cerca del

altar esperando su llegada expectante. Fue algo extraño entrar en el sagrado recinto del brazo de su primo Alfred, y casi echó de menos ir del brazo de su padre.

Estaba nerviosa, sentía un montón de ojos sobre ella, no dejaban de mirarla, en especial el caballero Winston. Se preguntó si su vestido gris sencillo agradaría a su prometido, lo había escogido con la ayuda de Molly de uno de los armarios y estaba nuevo, sin uso. Era de fino terciopelo con encajes y escote discreto, apropiado para una novia puritana.

Al llegar al altar él tomó su mano y la apretó despacio sin dejar de mirarla.

—Estáis hermosa, puritana—le susurró.

Amber sonrió y bajó la mirada ruborizada.

El capellán comenzó la ceremonia que se le hizo eterna, a la cual respondió con balbuceos pues de los nervios olvidó las frases en latín que debía pronunciar. Fue un momento algo tenso en el cual ambos parecían estar sumidos en sus pensamientos.

Pero él no había dejado de tomar su mano y de pronto sintió la pregunta que debía responder.

—¿Aceptáis al caballero Patrick Joshua Winston como esposo? —preguntó el prelado en su lengua.

—Sí, acepto—dijo Amber con timidez.

Ahora fue el turno de tomar el juramento del caballero. ¿Juraba honrarla, protegerla y cuidarla en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte los separe?

El tono del caballero era firme.

Luego puso el anillo de zafiros que había pertenecido a su abuela paterna en la mano pequeña de su esposa.

Entonces el padre los declaró marido y mujer.

Amber se estremeció al sentir en su boca ese cálido beso y luego tembló como una hoja al oír su voz decir: “ahora me perteneces, hermosa puritana”. Y la abrazó, un abrazo cálido y amoroso. Lo necesitaba, estaba muy nerviosa.

Y así abrazados abandonaron la capilla.

—Ven preciosa, quiero que brindemos—dijo poco después llevándola hasta el salón.

No habría fiesta, sólo un banquete para agasajar a sus invitados.

Amber tomó la copa de vino que le ofrecía su esposo y vaciló. No debía beber, jamás lo hacía, pero era un brindis por los recién casados y perpleja bebió un sorbo ante la mirada atenta de su esposo.

—No has bebido nada, querida—le dijo él en un susurro.

Ella lo miró asustada.

—Nunca he bebido, señor Wallace.

Él sonrió.

—¿No te dejaba tu padre puritano? —preguntó.

—No—le respondió ella con sinceridad.

—Pues bébelo, te hará bien, te ayudará a no estar tan asustada—le respondió.

¿Asustada? Era feliz, acababa de convertirse en la esposa de un caballero guapo y fino, no tendría que ser la esposa de un granjero puritano fregando, zurciendo y cocinando todo el día. ¿Por qué debía estar asustada?

—Pero no estoy asustada, señor Wallace—le respondió altiva.

Él sostuvo su mirada y sonrió divertido.

—¿Y no cree que debería estarlo? —le preguntó a su vez.

Amber se sonrojó sin atreverse a pensar en lo que pasaría algunas horas después.

Los parientes de su esposo parecían ensimismados con la música y los confites mientras conversaban y se alejaban. Al comienzo los habían rodeado y brindado en su honor, pero ahora la reunión parecía dispersa.

La novia se acercó despacio a la estufa de leña en busca de calor, la habitación se había vuelto fría de repente y comenzó a tiritar. Tal vez ese vestido era muy elegante y bello, pero no la abrigaba.

—¿Qué tienes, querida? —preguntó Winston entonces.

Amber lo miró a los ojos y pestañeó inquieta.

—Es que hace frío aquí, señor Wallace.

Él se acercó y tomó su mano despacio y la llevó a sus labios besándolas con suavidad.

—Estáis helada, puritana—murmuró sin dejar de mirarla—Aguarda, os pediré un té caliente.

Una sirvienta entró poco después con una bandeja caliente y el té una bebida deliciosa que la ayudó a que sus dientes dejaran de castañear. Pero sus manos seguían frías y deseó meterse en la cama con una botella con una manta abrigada.

—Quisiera retirarme señor Wallace—dijo vacilando.

—Por supuesto, yo os acompañaré preciosa.

¿La acompañaría? ¿Eso significaba que...?

—Ven querida, yo os guiaré—dijo tomando su mano.

Cuando entraron en la lujosa habitación nupcial Amber suspiró extasiada. Nunca antes había visto algo tan hermoso ni en Nothingham, a pesar de que había sido una de las mansiones más lujosas del condado. Cuadros religiosos y tapices medievales, y una gruesa alfombra roja que les daba la bienvenida y esos muebles trabajados con arabescos en tono caoba. Y casi al final el lecho nupcial cubierto con un edredón rojo de terciopelo.

Estaba temblando cuando él tomó su mano y la llevó hasta la cama.

—Entonces sí estáis asustada, puritana—dijo su esposo con una leve sonrisa.

Amber se alejó unos pasos y se preguntó si ese caballero la obligaría a desnudarse con la luz prendida y luego, la obligaría a quedarse así el resto de la noche. Una esposa puritana no se desnudaba, los puritanos hacían el amor con la ropa puesta y sólo les estaba permitido subir la falda para poder introducir su simiente. No era tan ignorante de no saber lo que ocurría en la intimidad. Pero eso no la ayudaba ahora.

—Aguarda aquí puritana, ya regreso—dijo el señor Wallace y se alejó con paso rápido.

La puritana miró a su alrededor desesperada y entonces vio el espejo, un bello espejo con forma oval con un marco de plata y en él pudo ver reflejada su terror y desconcierto. Debía dominarse ya no era una jovencita ni tampoco era tan pacata como él la imaginaba...

Caminó por la habitación contemplando los adornos y las imágenes religiosas y le pareció algo extraño que en la cabecera de la cama hubiera una inmensa cruz como si se tratara de un monasterio.

Mientras recorría la habitación notó que el fuego estaba encendido en un rincón y sin embargo el cuarto seguía frío.

Winston llegó entonces con una botella de vino y dos copas que colocó en una mesa y comenzó a llenar lentamente.

—Señor Wallace, yo nunca bebo, no es correcto—dijo Amber observando cómo ese líquido oscuro y pecaminoso invadía una de las copas sin que nada pudiera impedirlo.

—Pero hoy beberás preciosa, es nuestra noche de bodas, ¿acaso lo habéis olvidado? —respondió su esposo.

—No puedo beber, es pecado señor Wallace, bebí hace un rato muy contra mi pesar—dijo ella desesperada.

—¿Y quién os dijo eso? ¿Vuestro padre puritano? Son tonterías. Beberemos a nuestra salud, ten preciosa. Aquí está tu copa.

Ella demoró en tomarla en un gesto de turbación y rebeldía.

—Está bien señor Wallace, pero sólo beberé un sorbo—dijo y se la llevó a los labios ante la mirada atenta del caballero.

—La beberéis toda preciosa, no dejaréis ni una gota. Os ayudará a no sentir miedo... sé que estáis asustada, no me engañáis.

Con la copa en la mano Amber bebió, sólo porque su marido se lo estaba ordenando y nada más. El líquido oscuro llegó a su garganta mientras él la observaba con atención.

—Bébelo todo preciosa—le susurró al oído.

Se había acercado sin hacer ruido y de pronto vio su sonrisa maligna y esos ojos mirándola con una expresión que no lograba entender mientras decía: “todo preciosa, no has bebido más que un trago”.

—Es que si me lo bebo todo sufriré un mareo señor Wallace, no estoy acostumbrada el

vino no... no me agrada.

—Eso no importa puritana, yo os quitaré el mareo y cualquier malestar que os genere, lo prometo.

Ella lo miró indignada.

—¿Acaso intenta embriagarme, señor Wallace? Pues no necesitáis hacerlo, sé bien cuáles son mis deberes de esposa.

Su acalorada respuesta lo sorprendió.

—Pero necesitaré esa copa para convertirse en mi mujer esta noche bella puritana y evitará que grite, llore, así que deje de perder tiempo y bébasela ahora.

Su tono altivo la espantó y en menos de lo que tardó en regañarla la copa de cristal estaba vacía.

—¿Lo ve, señora Wallace? No está ebria ni tampoco el señor la castigará por tan poca cosa.

Ella lo miró ceñuda y él rió divertido por su expresión al tiempo que la abrazaba despacio y le robaba un beso fugaz.

—Ven aquí, te ayudaré con el vestido.

Amber lo miró espantada, ¿entonces tendría que desnudarse a la luz de las velas?

Tembló al sentir que aflojaba su corsé y la liberaba de ese vestido inmenso y pesado para dejarla en ese otro vestido largo y transparente blanco que marcaba sus redondeces.

De pronto sintió su abrazo fuerte y posesivo mientras besaba su cuello y sus manos atrapaban sus pechos por detrás sujetándola con fuerza.

—Sois tan hermosa puritana, tan bella—le susurró.

La joven tembló al sentir sus manos recorrer su cuerpo despacio y lo miró asustada y desconcertada.

—No me haga daño señor Wallace, por favor—le rogó entonces.

De pronto sintió deseos de correr, pero un fuerte mareo se lo impidió. El vino...

—Mírame preciosa, no soy un demonio como te han contado. No lo soy y jamás os haría

daño—dijo mientras se quitaba la camisa despacio. —Os doy mi palabra, preciosa.

Iba a desnudarse y lo hacía con naturalidad.

Amber se incorporó y apoyó su cabeza en la almohada mientras luchaba contra ese mareo.

—Mírame puritana, ¿creéis que es pecado mirar a vuestro marido mientras se desnuda? —le preguntó.

Amber se sonrojó al ver que se quitaba el pantalón y se acercaba a ella despacio, completamente desnudo, tal como el Señor lo había traído al mundo. Tembló al ver esa virilidad rosada e inmensa, nunca antes había visto algo así y lo miró espantada, tanto que el efecto del vino desapareció.

—No temas preciosa, no muerde—dijo él leyendo sus pensamientos y se hincó frente a ella para que lo viera y tocara.

—Ven aquí puritana, esta noche os convertiréis en mi mujer y yo os instruiré en las delicias de la carne. Y la primera lección será perderle el miedo a mi virilidad.

Amber se quedó tiesa sin saber lo que decía, ¿tocar su miembro, ella? No... jamás haría eso.

Sintió deseos de correr cuando tomó su mano y la guió hacia esa inmensidad.

—Tócame preciosa, ven...así. No temas, todo estará bien.

Amber se quedó tiesa y cerró los ojos al sentir que su mano rozaba su miembro inmenso. Lo estaba haciendo, él la guiaba y ella obedecía por supuesto. Sintió que era suave, tan suave que se sorprendió.

—Abre los ojos preciosa, mírame. Nada debe asustarte, nada de lo que pase en nuestra alcoba te hará daño. Sólo placer y lujuria.

Ella obedeció y lo miró espantada. Estaba temblando pues él estaba quitándole el vestido con mucha calma.

La visión de su cuerpo desnudo la sonrojó y quiso cubrirse, no estaba preparada, sólo quería escapar.

—No por favor—le rogó—mi vestido...

—Vuestro vestido irá al suelo, no encuentro mejor sitio que ese.

Ella lo miró espantada sin dejar de soltar su vestido. Había esperado que fuera distinto que él se comportara como un puritano y no le exigiera desnudarse.

—No os cubráis, mi placer es contemplar vuestra belleza, déjame verte por favor—le pidió él y se deleitó mirándola un momento antes de atrapar su boca con un beso ardiente y apasionado.

—Ahora quitaos el vestido y dejad que observe esa perfecta obra de creación de nuestro señor pues no dudo que no ha de haber mujer más hermosa que vos en toda esa aldea—dijo luego y suspiró mientras se deleitaba mirándola y la atrapaba contra la cama.

Amber se quedó inmóvil mientras comenzaba a besar su cuello y se detenía en sus pesos apretándolos con sus manos.

—¿Estáis asustada, preciosa? —le preguntó de pronto.

—Sí...—respondió y lloró—Es que nadie me dijo que... nadie me habló nunca de la noche de bodas.

—¿Y vuestra madre no lo hizo?

—Mi madre murió cuando tenía dos años, señor Wallace.

Él se puso serio.

—Lo siento hermosa... yo seré tu familia ahora, tu esposo y tu amo.

La vehemencia con que dijo esas palabras la asustó.

—¿Mi amo? —repitió incrédula.

—Sí, seré vuestro dueño, hermosa... pero no me disgusta que os mostréis trémula, imaginé que sería así y os haré a mi manera, os convertiré en una esposa católica dulce y apasionada. Tranquila hermosa, no temas, no os haré daño...—le susurró y la abrazó y besó con tanta fuerza mientras entraba en su cuerpo y luchaba por vencer la estrechez de su vientre cerrado.

Ella tembló al sentir que esa inmensidad entraba en su vagina casi por completo y gimió

cuando comenzó a rozarla despacio, era maravilloso, estaba tan excitada que la molestia que sintió al comienzo se evaporó y se abrazó a él mareada por las sensaciones tan fuertes y placenteras. Estaban unidos, fundidos en ese apasionado abrazo, desnudos y no quedaba ni un milímetro fuera de su vientre, no sabía cómo ese miembro inmenso lo había conseguido, pero allí estaba rozándola mientras su boca la llenaba de besos y sus manos atrapaban sus caderas para que el roce fuera más fuerte e intenso. Hasta que sintió que la abrazaba con fuerza y caía rendido en sus brazos besándola con desesperación para luego decirle al oído: “hermosa puritana, sois tan bella, tan dulce, nunca os neguéis a mis brazos y seré un esposo ejemplar, no me privéis de vuestro calor, por favor” le susurró.

—No lo haría señor Wallace, sé bien cuáles son mis deberes de esposa—le respondió ella.

Él sonrió mientras acariciaba sus mejillas y volvía a besarla. Se moría por hacerle el amor de nuevo, oh sí, no la dejaría dormir.

El fuego de tus ojos

Fue un alivio que las visitas de Boston se marcharan una semana después, demasiado se habían quedado. Una a una decidieron partir y la joven los despidió con una sonrisa.

Ahora era la esposa de un caballero y debía ocupar el puesto de señora.

Excepto que no tenía nada qué hacer al respecto. La señora Adams y las criadas lo hacían todo y en realidad sólo la consultaban para decidir el menú de la semana. Pero como no tenía objeciones en cuanto al que escogía el ama de llaves...

Su único deber era ser la compañera y amante de su marido, pero no creía que fuera una obligación sino algo natural.

Amber pensó que su esposo era muy ardiente y por eso necesitaba de la intimidad casi a diario. Ella jamás se negaba y no le extrañaba verle llegar a media mañana luego de recorrer su propiedad, exhausto y sudado y ansioso de hacerle el amor, pero ese día fue más lejos y le pidió que se desnudara mientras entraba en la habitación y la miraba con deseo.

La dama se sonrojó y obedeció mientras él cerraba la puerta con llave. Nadie habría osado interrumpirles, pero por si acaso...

La visión de su cuerpo desnudo lo excitó tanto que se abalanzó sobre ella y comenzó a besar sus pechos mientras apretaban sus nalgas y seguía más allá.

Cuando sintió que sus labios atrapaban su vientre tembló, quiso apartarlo, pero otras veces lo había intentado y sabía que tarde o temprano lo haría.

Él se detuvo para decirle:

—Tranquila hermosa, sólo quiero acariciarte y besarte.

Amber se ruborizó porque le gustaba, verle inclinado sobre su pubis era terriblemente excitante pero cuando vio que jugaba con su lengua de fuego con los pliegues de su sexo pensó que se desmayaría de placer. Se arqueó hacia atrás y gimió de placer y casi quiso escapar, pero su esposo se aferró a sus caderas y hundió mucho más su boca jugando con sus labios y su lengua que parecía disfrutar devorar su rincón más íntimo. Él siempre la acariciaba y besaba

hasta sentir que estaba lista para recibirle pues su miembro era ancho y si se apuraba sentía dolor, por eso le dejó continuar, debía estar húmeda y ansiosa de que entrara en ella.

Pero esas caricias eran algo más que un juego de seducción o de preparación para la cópula eran un verdadero deleite y no pudo evitar gemir y disfrutar al sentir que succionaba de ella con tan fuerza que su cuerpo convulsionaba de placer y caía rendida a él.

Lo vio desnudarse con prisa, guapo y de pecho ancho su esposo era tan atractivo y viril. Sonrió y extendió sus brazos invitándole a que entrara en ella.

Chaleco y camisa cayeron al piso con rapidez y luego sus botas y pantalones de montar liberando con ellos esa inmensa virilidad.

—Dulce, hoy seréis mía el resto del día, suplicaréis piedad—le dijo con una sonrisa cayendo sobre ella y entrando en su vientre despacio conteniendo su deseo un poco más.

Sabía que le haría el amor hasta quedar exhausto, su bella puritana lo volvía loco...

Su esposo era un hábil narrador, y esa tarde se deleitaba contando algunas leyendas del viejo continente. Algunas eran realmente escalofriantes y una en particular había hecho estremecer a Amber, una que contaba la leyenda de la novia sangrienta. Una joven dama se dirigía a sus esponsales cuando fue atacada y muerta por un grupo de bandidos que asolaban los campos. Pero la dama no era una joven común, era bruja y juró vengarse...

—Su fantasma quedó atrapado en el bosque de Kerry y durante año hubo muertes raras, sin explicación, dicen que la novia fantasma era una especie de ángel de la muerte y quienes cruzaban ese bosque morían de forma extraña—dijo su esposo.

El teniente Stevenson intervino diciendo que en Inglaterra había leyendas similares.

—¿Cree usted en fantasmas, señor Wallace? —preguntó la esposa del teniente, una dama rolliza y muy parlanchina.

—En realidad no... Aunque los puritanos aseguran que en mis tierras mora un demonio irlandés. Una niña que es una especie de demonio que aparecer para vaticinar ruina y desgracia.

Los ojos de la señora Stevenson se abrieron de golpe.

—Oh... ¿de veras? Eso es muy interesante. ¿Y usted ha visto a ese espectro señor Wallace?

El caballero se apuró a negarlo.

—No, nunca le he visto, a decir verdad.

—¿Y usted señora, Wallace? —preguntó la dama con una mirada maliciosa.

Amber miró a su esposo y dijo la verdad.

—Sí, le vi una vez—confesó.

—¿De veras? ¿Y cómo era? —preguntó la señora Stevenson.

—Era una niña vestida de negro que parecía señalar un lugar, sin embargo, su aspecto no era exactamente el de una niña, la imagen que vi se veía difusa y muy maligna.

—¡Oh vaya! ¡Qué anécdota tan extraordinaria!

La anciana señora Harper también presente en la tertulia, quiso que contara más detalles del encuentro con la niña fantasma, pero Amber no tenía mucho que agregar. La experiencia había sido más que inquietante.

Su esposo la miraba sorprendido y cuando las visitas se marcharon a media tarde, le preguntó por qué nunca había mencionado ese incidente.

—Es que nunca se lo dije a nadie, temí que me creyeran loca o...

Él sonrió y besó su mano.

—No temas preciosa, aquí estaréis a salvo de los fantasmas—dijo.

—Pero esa niña... ¿es cierto que nunca la habéis visto?

Él la miró con fijeza y suspiró sentándose en un sillón mientras bebía una copa de oporto mientras Amber lo observaba con ansiedad.

—No, nunca la he visto pero en una ocasión, hace unos meses uno de mis primos presente dijo haber visto algo en el lago, pero en realidad siempre ha habido una bruja en ese bosque, desde que mi abuelo llegó a estas tierras y construyó esta casa. Por eso la cubrió de muérdago en la entrada, creía que ahuyentaba los malos espíritus del bosque.

—¿Entonces no creéis que exista esa bruja?

—No, no lo creo—respondió él tajante, luego sonrió al mirarla y tomó su mano besándola con suavidad.

—Ven aquí preciosa, todavía tenemos tiempo antes de la cena—le susurró.

Amber sonrió y él tomó su mano decidido, pero de pronto ambos escucharon pasos acercarse a la salita y se separaron al instante mientras veían acercarse al mayordomo con torvo semblante.

—Señor Wallace... Está aquí el granjero William, su hijo y otros colonos, dicen que les urge hablar con usted señor. Ha ocurrido algo muy grave—dijo con expresión consternada.

—¿El granjero Williams? Por los clavos de Cristo, ¿qué le pasa a ese hombre? —dijo acomodándose la chaqueta.

—No lo sé señor, pero le urge hablaros en privado un asunto de suma importancia. Y no me ha dado más explicaciones al respecto, lo lamento.

El caballero odiaba que interrumpieran así un momento de intimidad con su esposa y pensó que no era ni la mitad de grave que decían. Miró a su esposa con pesar y le dijo:

—Aguarda aquí preciosa, regresaré en un momento.

Amber lo miró perpleja, habría deseado acompañarle y se disponía a abandonar la sala cuando oyó los gritos desde el comedor.

—Tengo que hablar con el señor Wallace, él debe saber la verdad—dijo una voz airada.

Y sin más entraron en la salita y vieron a la hija del inglés vestida como una dama de mucha alcurnia.

Entonces vieron la mirada airada del caballero de Winston Manor y retrocedieron.

—Señor William, ¿cómo se atreve a irrumpir en mi propiedad?

El granjero soportó la reprimenda estoica.

—Mil disculpas señor Wallace, pero me urgía verle, sus sirvientes nos expulsaron como ganados la vez anterior, no nos permiten entrar aquí. Pero tenemos que advertirle, debe usted permitirnos entrar en ese bosque para exorcizar el demonio que mora allí. Esa maligna criatura enfermó a mi esposa y se ha llevado tres niños de la aldea y eso no es todo. Hay cerca de

cincuenta ovejas muertas sin ningún motivo y también...

La lista de calamidades era larga e incluía al padre de la señorita Bradley allí presente.

El caballero nada conmovido por lo que parecía una leyenda inventada por los aldeanos corrigió al granjero con aspereza.

—Os estáis dirigiendo a mi esposa señor Williams, la señora Wallace—dijo sombrío y luego le ordenó que se marchara de la sala que hablarían en privado.

—¿Qué le ha ocurrido a mi padre, señor William? —preguntó la joven señora.

—Vuestro padre ha muerto señora, lo lamento. Perdió la razón y estuvo días a la deriva en el bosque buscándola. Cuando lo encontraron ya era tarde... La bruja dio cuenta de él y....

—Cállese señor William, ¿no tiene usted modales? Está asustando a mi esposa. Querida, ve a tu habitación.

Amber lo miró aturdida. ¿Su padre había muerto y nadie le había avisado?

—Pero ¿cómo decís que murió?

El granjero se quitó el gorro apenado.

—Lo lamento mucho señor, era un buen hombre.

Ella sintió que se mareaba, no podía llorar, pero el dolor que sentía le apretaba el pecho. Su esposo la abrazó mientras le decía al granjero que esperara en la sala ahora.

—Calma preciosa, no puedes hacer nada...

La joven dama lo miró aturdida.

—Pero nadie me avisó... dijo que estaba buscándome y que lo mató la bruja. Es horrible —su voz se oía ahogada.

—Cálmate, ya pasó, no podías hacer nada, estaba loco, preciosa—insistió él mientras la llevaba a la cama despacio.

—Descansa, querida. Maldito puritano estúpido, pudo decirlo con más tacto, ¿por qué diablos entró en la casa?

Winston estaba indignado y pensó en no atender a ese granjero bruto y desconsiderado, pero Amber le pidió que fuera.

—Ve por favor, os necesitan—dijo.

Él acarició su rostro y la besó con ternura.

—Vos me necesitáis más preciosa y sois mi esposa—le respondió—Aguarda aquí, le pediré al granjero William que venga otro día, realmente no estoy de ánimo para conversar con esos puritanos ahora.

El granjero regresó al día siguiente con el reverendo Thomas y otras personas influyentes de la aldea: el doctor Sanders y la viuda Alison Cabot quien curaba empachos, mal de ojos y otros males espirituales con total libertad y sin ser considerada bruja como habría ocurrido en su país natal.

Amber no estuvo presente en la conversación, su esposo pensó que no sería prudente y le rogó que se mantuviera en su habitación mientras duraba la “indeseable” visita de los colonos.

La conversación estaba durando mucho más de lo esperado, así le dijo su doncella mientras le llevaba la bandeja con el almuerzo.

Amber miró a la criada con astucia.

—Oh Molly por favor, dime si has podido oír algo—suplicó.

Los ojos de la doncella se volvieron luminosos, pues nada le daba más placer que repartir chismes y escuchar otros tantos.

—Le han pedido ayuda al caballero Winston—declaró y de pronto pensó que no debía contar el resto pues sabía que la pobre señora acababa de perder a su padre y el amo le había evitado un dolor aún mayor si se enteraba de los detalles macabros de su muerte.

—Bueno, eso lo imagino Molly, pero ¿qué más habéis oído? —insistió Amber.

—Es que no pude oír demasiado—respondió la joven evasiva mientras se alejaba despacio.

—Mencionaron a la niña fantasma ¿no es así? —la dama no estaba dispuesta a rendirse.

Molly la miró de forma extraña.

—¿Una niña fantasma? ¿Acaso ha visto a la bruja de Winston señora? —preguntó

espantada.

La joven asintió despacio.

—La vi una vez en el bosque y otros colonos también.

—¿Y cómo era? —quiso saber la doncella.

Amber la describió.

—No es una niña, señora Amber y si vuelve a verla debe alertar a su esposo, debe decirle lo que vio ese día.

—Él ya lo sabe Molly, ¿por qué debería avisarle? ¿Qué estáis escondiendo? ¿Por qué decís que no era una niña?

—Es que esa criatura siempre aparece antes de una desgracia, señora y no es una niña. Pero el señor me dará una paliza si hablo de ese espectro, mejor olvídelo ¿sí?

Amber hizo la bandeja a un lado y decidió ir a espiar, no se quedaría todo el día encerrada esperando que su esposo le contara.

—Señora no puede ir por favor, quédese aquí.

La señora Wallace la miró desafiante.

—Entonces dime quién es la niña fantasma. ¿Por qué me estás ocultando lo que sabes, muchacha?

La criada palideció.

—No es una niña señora Wallace, es una bruja, una bruja que acecha el bosque y cada vez que aparece alguien muere de forma horrible. Está allí y muchos creen que es una leyenda, pero os ruego que llevéis siempre la cruz con vos porque es el único amuleto que os protegerá de esa criatura maligna.

No le dijo más que eso, pero fue suficiente para asustarla. Un demonio impío moraba en ese bosque y durante meses había estado allí dando paseos y jugando al escondite con sus hermanos.

De pronto recordó que poco después de ver a la niña fantasma su padre había enloquecido y la había llamado bastarda y el día que escapó de la aldea había sentido una

presencia maligna en ese bosque. Asustada regresó a su habitación y entonces recordó que su almuerzo iba a enfriarse. Las deliciosas patatas con un buen trozo de pollo asado calmaron parte de su angustia, pero sus pensamientos regresaban una y otra vez a la niña fantasma. ¿Por qué estaba en ese bosque? ¿Era un fantasma o una bruja maligna como le había dicho su doncella? Winston la había visto antes de que muriera su esposa.

Diablos, no creía en esas cosas, pensó que los colonos exageraban y no había visto nada maligno en esa niña excepto por la rara expresión de sus ojos.

Aguardó con ansiedad que su esposo regresara y al ver que demoraba fue a buscarle. De pronto sintió una mujer que tarareaba una canción y sintió que se le helaba la sangre. ¿Quién estaba en la casa?

Era tan extraño, pues no tenían visitas ese día.

Miró hacia la izquierda intrigada y avanzó a tientas, pero la misteriosa voz desapareció.

Regresó al salón y de pronto sintió voces airadas discutir.

—Debe hacer algo señor Wallace, durante muchos años les hemos servido y pagado la renta no puede permitir que esa bruja de cuenta de nosotros. Traiga un sacerdote papista, al menos sé que son muy buenos en el oficio de espantar demonios.

Su esposo parecía cansado y molesto.

—Vos tenéis un capellán.

—El anciano capellán es muy viejo no podría espantar ni una mosca—respondió el caballero—Escuchen, necesito tiempo para investigar esto, pero mientras lo hago quiero pedirles que se mantengan apartados del bosque. Señor Williams, pastor Thomas, vosotros informaréis a la aldea sobre esto y les pediréis que no se acerquen, no deseo que haya más accidentes en mis tierras. Nunca habéis respetado los cercos ¿no es así? Os agrada ir más allá e invadir mis dominios.

Los colonos murmuraron entre sí y el granjero William fue quién respondió a esa acusación.

—Señor Wallace le doy mi palabra de que no volverá a ocurrir, pero le ruego que espante

al demonio que tiene en su bosque pues me temo que cada vez se vuelve más maligno y atrevido. La han visto en la aldea maldita sea, por eso estamos aquí. La niña fantasma se le apareció a Anne la partera y la pobre anciana casi muere del susto. Eso nunca había pasado antes. Es como si esa cosa maligna se fortaleciera.

El caballero miró a su alrededor inquieto y de pronto vio a su esposa escondida en un rincón escuchando todo aterrada.

—Lo haré, pero quiero que entiendan que esto llevará tiempo. No puedo hacer venir al primer cura que quiera venir a expulsar a ese fantasma. Os mantendré informado con mi mayordomo. Id en paz amigos.

Los puritanos se alejaron satisfechos. Winston dijo algo en latín que sólo él pudo entender y escuchar y de pronto vio entrar a su esposa y se preguntó si acaso habría oído la conversación, esperaba que no lo hubiera hecho, lo que menos deseaba ahora era asustarla.

Ella se acercó y lo abrazó despacio preguntándole si era cierto lo de la bruja. ¿Realmente existía y era capaz de hacer tanto daño?

Él la miró con expresión cansada.

—No existe tal bruja querida, es sólo una fantasía histórica de esos puritanos. Sus historias no coinciden, las descripciones son distintas. Tengo la impresión de que uno de ellos inventa una historia y otro le cree como un tonto.

—No es verdad, yo vi a esa bruja Patrick, la vi en el bosque y era algo siniestro y aterrador. También estaba la noche en que escapé de la aldea, todos sentimos su presencia.

—¿La habéis visto de nuevo?

—No, pero la he visto antes. Debéis hacer algo Winston, alguien debe espantar a esa siniestra criatura, sea bruja o demonio. Temo que necesitaréis ayuda de un sacerdote católico, he oído que ellos pueden, que algunos pueden exorcizar y espantar espíritus malignos.

—Es verdad, lo he oído, pero no os dejaré sola aquí en la mansión, pediré al mayordomo que viaje a Boston en busca de un padre católico capaz de lidiar con demonios del bosque. Espero que sea persuasivo, a mí me parece una locura toda esta historia. Los puritanos locos

inventan fábulas hasta que terminan dando vida a las siniestras criaturas de sus cuentos y terminan convenciéndonos de actuar.

La canción de la bruja

Siguieron días grises y fríos, y una mañana Amber despertó sintiendo la risa de una niña y pensó que era un sueño, no podía ser, no había ninguna niña en esa casa. A menos que fuera la hija de alguna criada, pero... Las hijas de las criadas jamás entraban en la casa, solían usar los compartimentos de la servidumbre.

¡Qué extraño! Se dijo y entonces sintió que la cama estaba fría. Vaya, su esposo tampoco estaba.

Salió de la cama y fue a investigar.

La risa se oía cada vez más lejana, pero estaba allí.

¿Tal vez habían recibido visitas de Boston y su esposo no le había avisado? ¿O serían sus vecinos los Stevenson que habían ido a visitarlos?

Intrigada fue a investigar y descubrió a una joven vestida de negro como si fuera una puritana de la colonia. La imagen resultaba incongruente pues sabía que su esposo odiaba a los puritanos y por eso tuvo que cambiar su religión y también la forma de vestir. Y sin embargo a veces en tono cariñoso cuando le hacía el amor la llamaba mi bella puritana.

Todos esos pensamientos llegaron como un torbellino de celos y duda. ¿Qué hacía esa joven en la casa y por qué nunca la había visto? ¿Acaso su esposo tenía una esposa escondida o...?

Era demasiado horrible, pero...

Envuelta su capa fue a investigar porque la joven se alejaba tarareando una canción y nadie parecía percatarse de su presencia, caminando despacio rumbo al ala sur.

Allí estaban las habitaciones cerradas, Molly se lo había dicho una vez cuando sin querer quiso recorrer la mansión a sus anchas, al parecer había peligro de derrumbe y por ello... era riesgoso recorrerlas.

Pero ese día sí lo haría porque al parecer había una dama que vivía en esas habitaciones y temblaba de pensar que fuera su esposa que él declaró muerta y que tal vez no lo estuviera en

absoluto.

Aturdida y espantada, no se detuvo hasta llegar al final del corredor guiada por la voz que no dejaba de tararear.

Había algo terrible y macabro en esa voz, algo que helaba la sangre. Eso pensó la joven cuando la oscuridad la envolvió, la oscuridad de los aposentos cerrados a los que nunca había entrado y que ahora parecían sumidos en la penumbra.

Los muebles antiguos cubiertos con sábanas parecían fantasmas, retratos y otros objetos yacían rodeados de oscuridad, pero mientras avanzaba notó que había una habitación con una inmensa cama al final y la misteriosa dama la guiaba hasta allí.

Por una extraña razón no dijo palabra, no se atrevió a decir nada sumida como estaba entre la intriga y el terror, pues sólo quería saber si era la esposa del caballero o una de sus antiguas amantes encerradas allí. ¿O acaso alguna parienta, prima, hermana enferma?

Envuelta de oscuridad ella aguardaba como si hubiera notado su presencia y quisiera ser vista. La misteriosa dama la había atraído con su cántico casi infantil, pero ahora ya no cantaba, sino que la miraba con fijeza. Con malignidad y locura, era una mirada que helaba la sangre. Amber ahogó un grito al ver a la jovencita que un día vio en el bosque, la misma que...

No podía ser verdad. La bruja del bosque de Winston estaba en la mansión, estaba allí observándola, vestida de negro y tan pálida que parecía una muerta fresca.

Parecía sentir placer al provocar su terror y sin quitarle los ojos de encima sonrió levemente pero su sonrisa era más aterradora que su mirada oscura y maligna.

No podía ser, se dijo, debo estar soñando, esto es una horrible pesadilla. Pero ella tiene mis ropas, las ropas que esa noche me quitaron y que no volví a ver jamás y también, es la misma niña que vi en el bosque, pero no es una niña. Su baja estatura y cuerpo menudo desconcertaban, pero debía tener su edad o más, y el vestido le iba grande, pero lo llevaba... hasta el gorro blanco de puritana.

Se quedó inmóvil absorta en la tétrica imagen y quiso correr, pero la horrible criatura habló, salió de la penumbra y lo que hizo a continuación la desconcertó. Abrió las cortinas para

que pudiera verla.

—Buenos días, Amber—dijo luego.

Sabía su nombre y llevaba sus ropas, las ropas que su esposo aseguró haber tirado. Y tras vencer el terror que sentía en todo su ser decidió interrogarla.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué llevas mis vestidos?

La joven sonrió mostrando una sonrisa pérfida y cruel. Notó que su cabello era de un castaño opaco y lo llevaba muy peinado y sujeto en la cofia y sus ojos eran inesperadamente oscuros en ese rostro pequeño y redondo.

De pronto sus gestos se endurecieron.

—Soy la esposa de Patrick Winston. La verdadera esposa y señora de esta mansión—le respondió ella con rabia y soberbia. Pero había algo que no era muy normal, no sólo porque estaba disfrazada de puritana sino por la mirada.

—Su esposa murió y tú no puedes ser ella—le respondió Amber retrocediendo.

Se negaba a creer que Winston la hubiera engañado así, que hubiera inventado la historia de la esposa que murió al dar a luz.

—¿Eso crees? Él ha traído a otras damas, mi esposo es un demonio lujurioso. No serás la única Amber. Por más que te disfraces de señora no eres más que una ramera, como las otras—le respondió. Había dejado de ser la niña fantasma del bosque, la esposa loca encerrada en las habitaciones prohibidas, ahora era la esposa engañada que ansiaba deshacerse de la esposa ilegítima. Ella.

Y de pronto le mostró algo en la ventana.

—¿Ves ese rincón del bosque? —señaló—Allí yacen su otra esposa Adeline, de la colonia. Era rubia y muy hermosa y le había robado el corazón a mi esposo. Creo que fue la única a la que amó de verdad... Por eso la asesiné luego de que dio a luz un niño muerto. Estaba débil y sólo tuve que asfixiarla con una almohada con ayuda de mi fiel doncella Molly. Cuando Patrick lo supo quiso deshacerse de mí, de la esposa loca de Boston y ordenó a sus criados que me llevaran de regreso con mis padres a la ciudad con una carta, pero el carruaje sufrió un

accidente y todos murieron. Estuve días a la deriva, muerta de miedo, enterrada en ese maldito bosque hasta que mi fiel Molly me encontró. Me llevó a una cabaña abandonada y me mantuvo escondida, llevándome alimentos y ropa, día tras día esperaba con ansiedad su llegada, a veces temía no despertar por el frío y humedad que había en esa horrible casa de madera. “Debes quedarse aquí señora, Winston no debe saber o la enviará a Boston” me decía la criada. Estuve enferma, sufrí mil tormentos sola en esa horrible cabaña hasta que un día me rebelé. Debía regresar y vivir en Winston, este era mi hogar yo era la única esposa de Patrick. Él me encerró para poder desposar a esa tonta puritana rubia llamada Adeline, no era justo.

Amber retrocedió buscando algo para defenderse, sabía que esa mujer estaba loca y en cualquier momento la atacaría, ahora parecía muy concentrada en la conversación. La historia continuaba, la triste historia de su vida. La esposa loca y asesina encerrada por su marido primero y luego abandonada a su suerte en ese bosque. Sus ojos eran tan oscuros que parecían dos brazas de carbón, pero brillaban y se agrandaban por momentos al evocar el pasado.

—Tuve que insistir porque esa cobarde no quería ayudarme, ¿qué pretendía? ¿Dejarme encerrada en esa cabaña horrible de por vida? —se quejó—Entonces vine aquí muy temprano y desde entonces ha cuidado de mí, a escondidas, me traía ropa y alimentos. Mi fiel y querida amiga. Pero nadie debía saberlo, me dijo. Esta casa es tan inmensa y nadie entra en el ala sur porque aquí murieron todas las esposas del abuelo Winston. Ese irlandés era un viejo ruin y malvado, que engañaba a su esposa trayendo jovencitas de la colonia como Patrick... Entonces llegaste tú, otra puritana hermosa de la colonia, en realidad eres rolliza como una ramera fina de Boston. No eres hermosa ni él te ama, me lo ha dicho Molly.

Amber se estremeció al pensar en su fiel doncella, ¿por qué había escondido a ese monstruo en Winston? ¿Tanto odiaba a su amo, a ella? ¿Por qué? Siempre había sido amable y la había ayudado a convertirse en la señora de la mansión. ¿Es que no veía el peligro de mantener escondida a esa malvada y loca mujer en la mansión? Ahora entendía muchas cosas, los silencios de su esposo, su reticencia a hablarle del pasado y la sensación de que había algo maligno en esa casa, pero jamás habría imaginado que él tenía una esposa escondida eso era demasiado.

—Tú estabas en ese bosque ¿no es así? ¿Eras la bruja del bosque? —le preguntó entonces.

Ella asintió con orgullo.

—Sí, me encantaba aterrorizar a esos estúpidos puritanos. Malditos cerdos ignorantes. Me gustaba verles desnudarse en el lago durante el verano y luego causarles espanto. Disfrutaba sintiendo sus gritos, viendo sus caras. Molly dijo que era peligroso pero necesario, para que nadie me viera aquí, ella temía que el Winston me descubriera y la expulsara. Pero no lo hice por eso, quería que Winston creyera que era el alma torturada de su esposa muerta de frío en ese bosque, ese maldito cobarde debía pagar, pero... cuando tú llegaste esa noche lo vi mirarte con tanto deseo y lujuria que sentí odio. Sólo a veces iba al bosque para alejar a esas perras de Winston Manor, esas puritanas ramera de la colonia perseguían a mi marido como perras en celo. ¿Crees que eres la única? No lo eres. Él no te ama, sólo quiere saciarse...

La joven puritana notó el odio y a locura que encerraban sus palabras. Era una cabeza y media más baja, era menuda y se veía ridícula, pero si la había atraído a esos aposentos aislados era por una razón. Una razón funesta. Había asesinado a esa pobre joven puritana, su marido era un mujeriego perdido y lo que era imperdonable era que tuviera en su casa a esa criatura maligna del infierno...

Sabía que nada bueno planeaba hacer con ella, pero decidió que ya había oído suficiente y corrió. Corrió desesperada hasta llegar a la puerta mientras gritaba pidiendo ayuda. Alguien debía oírla, alguien la escucharía. Pero las puertas estaban cerradas, alguien las había cerrado y no podía ser la bruja del bosque sino otra persona del otro lado. ¿Acaso Molly?

—¿Te irás tan pronto, pequeña ramera puritana? —dijo Elspeth acercándose a ella despacio.

Tenía algo en su mano, lo vio a la distancia, un puñal escondido y lo alzó despacio.

—Molly me mintió—dijo entonces—Winston está loco por ti, pasa encerrado contigo en su cuarto, los he visto y tú llevas el anillo de bodas que era mío. Él me lo quitó antes de internarme en el bosque. Tú no eres su esposa, no eres más que una ramera con la que se divierte

—chilló.

La joven retrocedió espantada y buscó algo en su habitación para defenderse, nunca antes había visto tan cerca la muerte como en esos momentos, pero no pensaba rendirse, debía repeler ese puñal como fuera y sólo encontró un jarrón para lanzárselo y otros objetos que tomó al azar mientras gritaba pidiendo ayuda. Pero esa mujer tenía fuerza, a pesar de su tamaño, se defendió como una gata y no tardó en herir uno de sus brazos con un corte profundo.

Amber chilló de dolor, pero no se rindió, pelearía hasta el final y desesperada la empujó y golpeó con todas sus fuerzas, pies y puños, hasta que cayó inconsciente al lanzarle un jarrón a la cabeza. Aterrada corrió hasta la puerta y comenzó a golpear con los puños pidiendo ayuda, girando el picaporte desesperada hasta que oyó una voz del otro lado.

—¿Señora Wallace?

Era el ama de llaves y parecía sorprendida.

—¿Qué hace aquí, señora? ¿No puede abrir la puerta?

—Elspeth está aquí, me ha encerrado, quiere matarme. Molly me encerró, cerró la puerta —las palabras entrecortadas no tenían mucho sentido, pero el ama de llaves dijo que intentaría abrir con una de sus copias de las llaves.

—¿Elspeth? Pero no puede ser. La señora murió hace más de cinco años años—declaró la criada mientras se oía el tintinear de las llaves, al parecer estaba buscando afanosamente la llave que abriera esa puerta.

—No, no murió, está aquí. Y Molly la ayudó a regresar y me encerró.

—¿Molly? Ay dios mío... Señor Wallace, aguarde, ya casi la tengo.

Amber sintió algo extraño y se volvió.

Allí estaba esa maldita con la cara ensangrentada, pero sin el puñal mirándola con odio. Iba a matarla, lo haría con sus manos, no la dejaría escapar con vida.

La señora Richard se estremeció al sentir ese grito desgarrador y entonces apareció el señor Wallace hecho una furia.

—Amber, maldita sea Amber—chilló y apartó al ama de llaves de la puerta que acababa

de abrir.

Entonces vio a su primera esposa Elspeth golpeando sin piedad a su hermosa puritana que se defendía ya sin fuerzas, aterrada y en shock.

—¡Elspeth! Maldita bruja del demonio voy a matarte, te mataré —gritó.

Al ver a su amado e idolatrado esposo la bruja soltó a su presa al instante. Amaba a ese hombre sin importarle nada, así había sido desde el principio, desde que le fue presentado en Boston por una prima de su padre y supo que estaba destinado a ella.

—Patrick—murmuró.

Pero él no la miraba con afecto sino con un odio atroz. Esa loca y maligna criatura había sido su cruz y su desgracia desde que la desposó. La aborrecía a la par que ella lo adoraba. Su padre lo obligó a esa boda en castigo por su vida libertina en la ciudad y el castigo lo fue desde el comienzo. Se había casado con ella obligado, pero no la tocaría. Poco le importaba no tener herederos. Sentía tal aversión por ella que se alejó y la dejó sola en Winston por tres años.

Al regresar las cosas no mejoraron, no soportaba su presencia ni tampoco era capaz de tocarla. Ni siquiera besarla.

Entonces uno de sus criados le contó en privado que su esposa solía ir al bosque a espiar a los puritanos y que estaba encinta como consecuencia de sus escapadas.

Él se enfureció e interrogó a otros sirvientes, pero estos confirmaron la historia de su fiel mayordomo. “Su esposa está loca señor, azota a los criados y sufre rabietas por cualquier cosa, debería internarla”.

Cuando la interrogó sobre ese hijo ella negó estar encinta y dijo que eran calumnias, pero tiempo después no pudo disimular su avanzado estado embarazo. Meses después nació un niño deforme que murió un mes después. Molly lo había cuidado hasta el fin y tal vez fue la única que lloró su pérdida.

Pero la malvada bruja no había muerto como esperaba, estaba viva y lo miraba con adoración cubierta de ese ridículo atuendo de puritana.

Tuvo deseos de matarla, pero no era un asesino, lamentaba haber sido tan débil la primera

vez, no haberla hecho desaparecer como se merecía por matar a su segunda esposa Adeline. Su muerte lo perseguiría siempre pero no perdería a Amber maldita sea, no la perdería, era la joven más dulce y buena que había conocido en su vida, era su amor, su presente, su esperanza de encontrar un poco de dicha en su condenada existencia.

Pero la bruja enloqueció al ver la mirada de adoración de su esposo para con la puritana de la colonia, no pudo soportarlo y se lanzó sobre él golpeándole.

Entonces entraron los criados y la sujetaron, se necesitaron más de cuatro para lograrlo, era un demonio fuera de sí, nadie podía creer que una mujer tan menuda tuviera tanta fuerza.

—Encerradla y atadla, creo que esta vez no escapará de ir a prisión—dijo el caballero.

Amber abrió los ojos y vio a Patrick y tembló.

—Molly, Molly la ayudó a regresar, ella está aquí. Elspeth—murmuró.

—¿Molly hizo eso? —repitió él.

—Sí, ella me encerró aquí, quiso que su ama me matara. Por favor... quiero regresar a casa, no puedo quedarme aquí. No quiero morir.

Él acarició su cabello y besó sus labios con suavidad, pero notó sus labios fríos y esquivos.

Había sufrido unas heridas y golpes, pero se pondría bien, era una joven fuerte.

—Nunca te dejaré ir puritana, por favor... cálmate. Ya pasó. Se la han llevado a Boston, pero ordenaré que busquen a Molly también. Perdóname Amber, yo no sabía que estaba aquí... la creí muerta. Su tumba en el jardín, tuvo un accidente hace más de un año y todo esto es una horrible pesadilla que no logro entender, un sueño horrible macabro. Pero calma, todo esto ha terminado, ya no está aquí...

La joven miró a su alrededor aturdida y vio que estaba en su habitación y tenía una venda en su cabeza y en el brazo, se sentía débil y mareada pero lo peor lo llevaba en su corazón pues tuvo la sensación de que nunca olvidaría ese horrible momento en que estuvo tan cerca de la muerte.

Se estremeció al pensar en esa joven encerrada durante años en el ala sur que apareció en

el momento menos esperado para atraerla a su horrible destino. Tal vez lo planeó mucho antes y Molly la había ayudado, todo el tiempo la ocultó y ese día... Las habitaciones cerradas del ala sur, las voces que escuchó una vez y esa sombra oscura y siniestra deslizándose hacia allí. Ahora entendía... su doncella la había ayudado, era su cómplice.

Winston besó sus manos y dijo que se pondría bien.

—Tranquila, Molly también será enjuiciada, se las llevó el alguacil y fueron llevadas a la prisión de Boston. No podrán escapar, al menos Elpheth no podrá escapar de la horca por haber matado a mi segunda esposa—declaró.

Ella lo miró con rencor.

—Pero Elspeth es tu única esposa Patrick, deja de fingir.

—Tú eres mi esposa ahora Amber, la única esposa que amo, por favor... Sé que no debí llevarla a ese bosque, debí enviarla a prisión, pero entonces estaba furioso y desesperado, pensé que todos me acusarían de haberme casado sin haber tenido la anulación. Nunca quise esa boda, mi padre me obligó, fue un castigo.

Amber supo la historia de Elspeth, su embarazo y las maldades que comenzó a hacer en Winston Manor, síntomas de su creciente locura.

—Cuando supe de la bruja del bosque creí que era el fantasma de Elspeth, pues ella murió en un accidente en el carruaje y no le di importancia, no pensé que fuera real no le di importancia, pero escucha debes oír toda la historia. Me casé muy joven obligado por mi familia y ella, me fue infiel, mi matrimonio fue un tormento y la encerré en el ala sur, no la soporté más y desposé a una joven bella y dulce de la colonia llamada Adeline. Quería ser feliz, olvidar a esa loca.

Otra puritana que había sido menos afortunada pues al parecer Elspeth la había asesinado en un ataque de celos.

La joven lloró, estremecida por la horrible experiencia. No dejaba de temblar y su esposo fue en busca de una copa de coñac. La necesitaba.

Cuando ella vio la copa con el líquido color caramelo se negó a beberlo.

—No quiero beber, quiero irme de aquí, por favor. Regresaré a mi casa. Pediré ayuda a mis hermanos, sé que no me dejarán desamparada—dijo.

—No puedes salir así, olvida eso. Necesitas descansar, recuperarte.

La joven lloró y él la abrazó y se quedó a su lado hasta que se durmió.

La historia de la bruja del bosque salió a la luz y fue muy comentada desde Boston a la tranquila aldea de Maine. El alguacil logró verificar la historia del caballero Winston, pero una dama de alcurnia no podía ser sentenciada a la horca y al padecer de locura fue indultada y conducida a un asilo de locos recientemente inaugurado.

La justicia no fue tan benevolente con su criada Molly quién fue condenada a la horca tres meses después. Una macabra coincidencia tuvo lugar ese día pues la bruja de Winston sufrió un ataque de locura cuando intentó escapar del asilo la cual culminó con su muerte casi instantánea cuando se golpeó fuertemente la nuca al caer sobre un mueble de roble.

Los puritanos por su parte celebraron la captura y muerte de la bruja del bosque en una liturgia especial dónde un apasionado reverendo Thomas dio gracias al señor por haber atrapado a tan maligna criatura quién en su infinita sabiduría había deseado llevársela.

Ya no podría hacerles daño ni a ellos ni a nadie. Su maldad había sido su ruina y todos agradecieron en silencio.

La paz había regresado a la colonia de los elegidos, de ahora en más podrían recorrer los bosques en busca de venados y bellotas. La sombra maligna que los había atormentado ya no estaba, se había ido para siempre.

Sin embargo, Amber tardó un tiempo en recuperarse y durante días y semanas sufrió horribles pesadillas con Elspeth. Temía que regresara como lo había hecho en el pasado, que de repente llegara y le clavara un puñal en el corazón como había intentado esa vez.

En vano su esposo le dijo que eso no pasaría, él estuvo a su lado para cuidarla y calmarla.

Pero una mañana la joven puritana anunció que regresaba a la aldea junto a su familia.

Él la miró asustado.

—No lo hagas por favor, preciosa. Es que no puedes irte, eres mi esposa Amber.

—No soy tu esposa, tu esposa es esa bruja malvada de Boston, ella está encerrada, pero lleva tu anillo, estás atado a ella y me habéis engañado.

Él la miró con fijeza y de pronto se arrodilló frente a ella.

—No me abandones hermosa, sois todo para mí, sois mi amor y mi vida entera, sois la esperanza en la negra noche en que se ha convertido mi existencia.

Amber lloró al oír esas palabras pues sintió que su dolor también era el suyo. ¿Cómo sería su vida sin Patrick? Había sido su amor, su amante, su marido, aunque su boda fuera precipitada, aunque no fuera legalmente su esposa fue su mujer mucho antes y ahora se moría por sentir sus besos y caricias. ¿Cómo podría resignarse a vivir una vida en el frío y la soledad de su ausencia? ¿A vivir esos días sin su esposo? Winston era su hogar, él era su familia, su hogar, su vida, su esposo y lo sería siempre.

Lloró al sentir que no podía dejarlo, no deseaba hacerlo, lo amaba con locura y desesperación y sintió que una vida sin él no valía la pena ser vivida.

—Amber, por favor—le suplicó y la atrapó envolviéndola entre sus brazos sintiendo como un deseo ardiente y desesperado lo recorría como un rayo, a él, a ella...

Su vestido cayó al suelo mientras él la llenaba de besos y caricias. Un hondo gemido salió de sus labios al sentir que entraba en su cuerpo y la llenaba con su miembro. Días sin compartir la intimidad, sin besarse, sin tocarse, llenado sus noches de horribles pesadillas... Lloró emocionada y un estremecimiento intenso de placer la hizo gritar, nunca había sentido un placer semejante, nunca había sentido tanta dicha y plenitud como en esos momentos en que la llenaba con su simiente apretándola contra la cama diciendo su nombre en un suspiro y un te amo Amber que salió de su corazón. Fundidos en un abrazo, sintiendo los latidos fuertes de su corazón sintió que el terror se esfumaba.

Él la miró fijamente.

—Te amo Amber, siempre te amaré nunca antes sentí esto por una mujer, nunca...

—Nunca más vuelvas a mentirme Winston, nunca porque si lo haces me iré, si descubro

que me engañas o...

—Jamás te engañaría preciosa, nunca, eres la única para mí y te amo puritana, ven aquí, me muero por hacerte el amor.

Amber sonrió emocionada.

Un mes después, mientras disfrutaba un paseo del brazo de su esposo disfrutando una hermosa mañana de sol de primavera Amber le dio la noticia a su esposo.

—Creo que estoy esperando un hijo—le confesó.

Él la había notado algo pálida últimamente y había insistido en llamar al doctor, pero saber que estaba embarazada lo llenó de alegría y la abrazó efusivo.

—¿Estás segura? —preguntó.

Ella sonrió de forma misteriosa.

—Hace tres meses que no tengo la regla querido, creo que ya ha pasado un tiempo prudente para sospechar que... tú me dejaste preñada la noche de bodas y creo que el bebé nacerá en seis meses.

Él tomó su rostro entre sus manos y la besó.

—Qué maravillosa noticia, Amber, debes cuidarte y no... No debes dar largas caminatas.

Ella sonrió diciendo que estaba bien y miró hacia Winston Manor la mansión que había sido su hogar todos esos meses y que había guardado en su interior secretos tan terribles. Ahora la luz del sol iluminaba su fachada quitándole las sombras de maldad que largo tiempo había la habían ensombrecido.

Y una luz iluminaba su alma y era ese minúsculo ser fruto de la pasión que crecía lentamente en su vientre, cuidarle siempre sería su desvelo.

—Regresemos querida, ven... no debes caminar tanto—insistió su esposo.

Amber sonrió y él la besó.

“Gracias por quedarte, por no abandonarme preciosa” le susurró.

El verano llegaba a su fin y comenzaban a sentirse los primeros fríos del otoño. Todos

aguardaban con inquietud la llegada del heredero de Winston y un médico de Boston y una partera se habían instalado en la mansión en espera del gran acontecimiento.

Pero el bebé se hizo esperar tres semanas y cuando llegó Amber dio a luz a un hermoso y robusto niño sin demasiado esfuerzo. Allí estaba ese minúsculo ser que era el vivo retrato del hombre que amaba prendido a su pecho mamando desesperado mientras de vez en cuando lloriqueaba porque al parecer su leche no había bajado y debía conformarse con ese líquido que no lo saciaba.

Amber lo observó emocionada, su hijo, el pequeño Frank Winston, en honor al abuelo irlandés de su esposo, era tan parecido a su padre, pero tan chiquitino y vulnerable.

Su esposo llegó entonces para tenerlo en brazos y lo sorprendió encontrarle prendido de su pecho.

—Tiene hambre—dijo ella disculpándole y tan hambriento estaba que su padre tuvo que esperar a que se durmiera para tenerlo en brazos.

—¿Estáis bien? Descansad ahora, debéis dormir—dijo él.

—Estoy bien—respondió ella.

Patrick la besó y luego tomó a su hijo entre sus brazos, era hermoso y tan pequeño y parecía mirarle con una expresión de malhumor por despertarle. Tenía sueño y no estaba muy cómodo allí, echaba de menos el calor de su madre.

No tardó en llorar para que lo devolviera a ese lugar cálido del cual había sido apartado. Amber lo recibió con los brazos abiertos y él pensó que siempre recordaría esa imagen tan tierna de su esposa sosteniendo a su hijo. Sintió que una vida nueva comenzaba para ambos dejando atrás tantas sombras y secretos.